

12. LA DOCUMENTACIÓN CERÁMICA

12.1. INTRODUCCIÓN. PAUTAS GENERALES DEL COMPORTAMIENTO CERÁMICO DE LA SPANIA BYZANTINA

Posiblemente, se trata del criterio a partir del cual podemos realizar una más fácil caracterización arqueológica de las zonas bajo control bizantino (fig. 88). No obstante, dicho factor varía en función del territorio a analizar, pues, como venimos insistiendo, los distintos territorios comprendidos en la *Renovatio Imperi*, presentan comportamientos materiales diversos.

Por cuanto se refiere a Italia, se ha podido hablar de dos horizontes cerámicos diferenciados, o dicho de otra forma, de una Italia ceramológicamente bipartita, cuya razón de ser parece radicar en los mecanismos extramercantiles que regulan la producción y distribución. Así, mientras que la organización estatal bizantina contribuye a la continuidad de las instituciones reguladoras de la circulación, producción y distribución de, especialmente, los alimentos esenciales, teniendo como reflejo material la amplia presencia de cerámicas importadas; la otra entidad estatal, la lombarda, se ve incapaz de asegurar este sistema hasta tan sólo una última fase, cuando logra alcanzar un nivel organizativo comparable. En función de dichas premisas, también parece desprenderse que la personalidad económica de la Italia bizantina, se encuentra dictada por una síntesis entre economía mercantil y dirigística¹.

Otro es el caso de España, donde la existencia de una «frontera comercial» ha de matizarse². Aquí, en gran medida, la presencia bizantina sólo perpetúa una diferenciación entre costa e interior peninsular, gestada al menos ya desde el siglo II, momento en el que si este último, en lo que se refiere a la vajilla de mesa, ha de recurrir a las producciones narbonenses o a las propias locales (*Terra Sigillata Hispánica*), el otro ámbito sigue plenamente inserto en la koiné mediterránea, sobre todo basculando hacia el norte de África³. Con ello, queda patente el ma-

1 ZANINI, 1998, p. 332.

2 Refieren ésta OLMO ENCISO, 1988, p. 161-162 y VALLEJO GIRVÉS, 1993a.

3 Sobre la importación de cerámica norteafricana en *Hispania*, destacamos para las producciones de vajilla de mesa, JÁRREGA, 1991; y para el material anfórico, KEAY, 1984. Un estudio regional de conjunto, REYNOLDS, 1993. Respecto al comportamiento cerámico del interior peninsular, *vid.* entre otros, CABALLERO ZOREDA, 1989, p. 75-108; y ORFILA, 1993, p. 125-147.

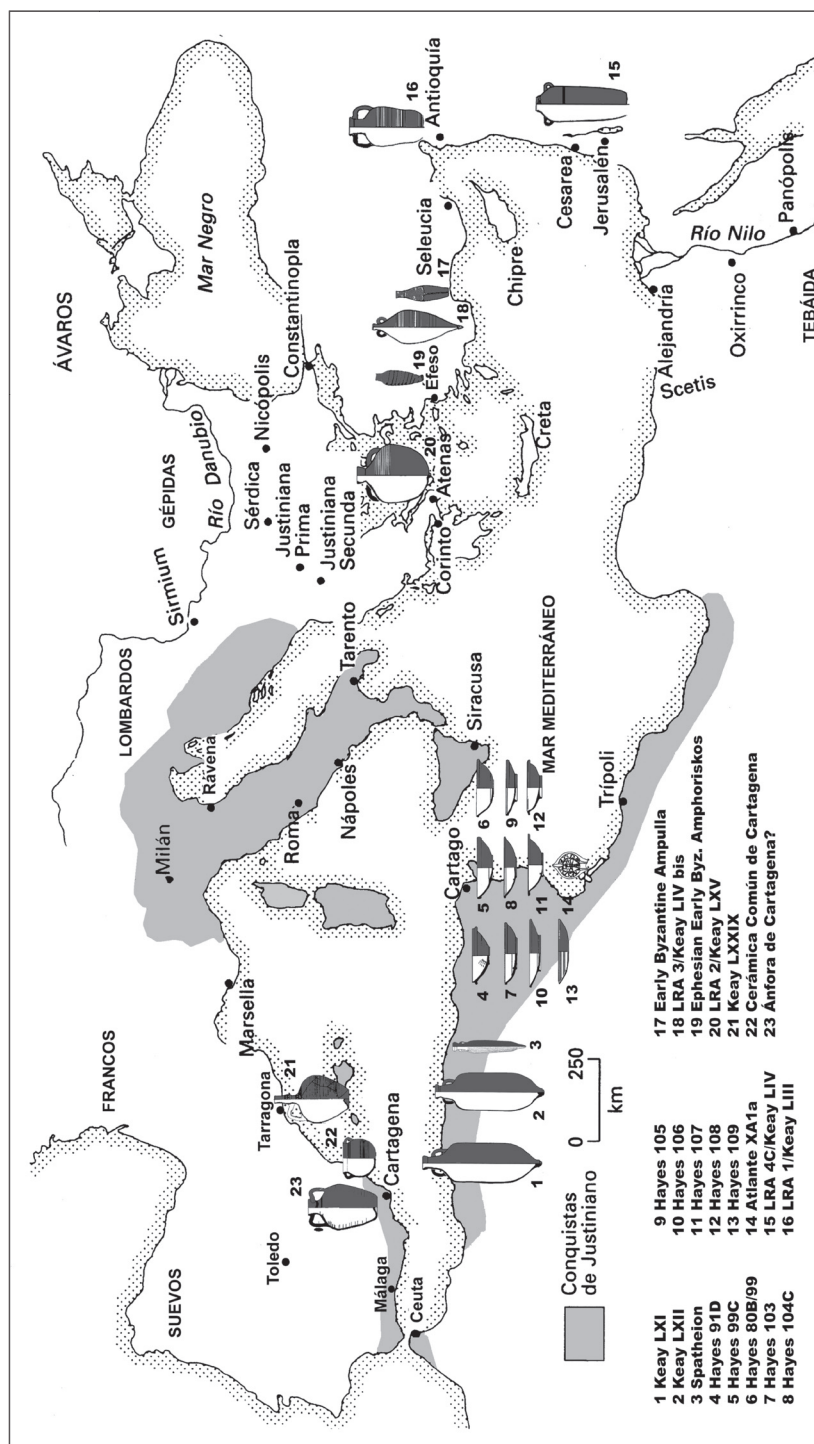


FIGURA 88: Relaciones comerciales de la España bizantina

yor peso de los factores geográficos sobre los políticos, como también pone de manifiesto la continuidad del comercio mediterráneo en otras zonas costeras ajenas a la soberanía imperial, como el *Midi* francés⁴.

Ahora bien, la cuestión estribaría en determinar si, dentro de una sustancial homogeneidad, se puede establecer un comportamiento diferenciador en esta franja mediterránea, entre la zona que comprende la presencia bizantina y el área costera visigoda, o dicho de otra forma, entre los territorios litorales de la Bética y la *Carthaginense*, con respecto a los de la *Tarraconense*.

En un principio se pensó en la existencia de una neta diferencia. La escasez de evidencias hacía sugerir un cese total de las importaciones en la *Tarraconense*, que se suponía además motivada por la rivalidad entre visigodos y bizantinos⁵.

Hoy, sin embargo, el avance de la investigación matiza estas ideas, señalando que la diferencia en el comportamiento de ambas áreas estribaría no tanto en la composición de sus depósitos cerámicos, como sí en la cantidad en la que se dan las distintas formas, es decir, en la existencia de distintos ritmos en la intensidad de la importación. Este distinto ritmo tampoco es del todo explicable desde el supuesto de la mencionada rivalidad, puesto que el mantenimiento de una activa importación de ánforas africanas en la *Tarraconense*, confirmaría lo contrario. De hecho, la llegada a la misma ciudad regia visigoda de Recópolis, de algunos de estos contenedores, como los *spatheia* o las ánforas tipo Keay LXI, insiste en desmentir el aislamiento comercial visigodo como consecuencia del conflicto greco-godo⁶.

Antes que remitir a motivos de tipo político-militar, el distinto comportamiento de las zonas nos informaría de crecientes dificultades de índole económica, también visibles en la escasa capacidad de penetración que estas cerámicas presentan hacia el mismo interior de los territorios bizantinos peninsulares. De este modo, las formas más tardías apenas se documentan más que en unos pocos núcleos interiores como *Begastri* o el Tolmo de Minateda. Dichas dificultades podrían ser tanto de orden interno, bien por el empobrecimiento de algunas poblaciones, su desplazamiento fuera de las tradicionales vías de comunicación o la misma interrupción de éstas; bien externo, reflejando la progresiva desarticulación del sistema económico de mercado⁷.

Así las cosas, a partir de la consideración de los depósitos cerámicos, no se puede mantener la idea de una frontera comercial entre bizantinos y visigodos⁸. Política y comercio parecen seguir distintos caminos. La diferenciación entre ambas áreas, que sí sería neta comparando los datos de la *Spania* bizantina con los del interior del Reino de Toledo, se atenúa cuando se confrontan aquellos con los procedentes del territorio visigodo mediterráneo. Ello no supone negar tampoco una especificidad al comportamiento cerámico de cada uno de estos ámbitos, que, como hemos señalado, reside más bien en cuestiones de porcentajes y no tanto de composición de los depósitos materiales.

4 Así, se ha destacado la continuidad para el reino franco, incluso más allá de la costa mediterránea, BONIFAY, 2000, p. 36-39.

5 KEAY, 1984, vol. II, p. 428. En el mismo sentido, VALLEJO GIRVÉS, 1993a, p. 486, señalando que «el área costera en manos visigodas no conocía prácticamente ningún elemento cerámico africano u oriental».

6 Para *Tarraco* y Recópolis, *vid.* respectivamente, REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 300-307; y C.E.V.P. p., 1991, fig. 8, n° 19-23. Incide en la existencia de una redistribución comercial terrestre de productos alimenticios, GUTIÉRREZ LLORET, 1997.

7 Para el entorno de *Carthago Spartaria*, RAMALLO ASENSIO *et alii*, 1996, p. 151; y RAMALLO ASENSIO y RUIZ VALDERAS, 2000, p. 316-321. En general, JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 1991; y PANELLA, 1993, p. 613-702.

8 RIPOLL, 1996, 259-261.

En efecto, más que en la presencia/ausencia de tipos concretos característicos de una zona u otra, la discriminación ha de tener en cuenta la amplitud del repertorio de cada producción, así como la cantidad que dentro de éste experimenta cada tipo. No en vano, la difusión de los tipos cerámicos se encuentra también condicionada por las preferencias relacionadas con el consumo, o el funcionamiento de circuitos de aprovisionamiento de pequeña entidad y relativamente autónomos, bifurcados a partir de los flujos principales, todo lo que acaba imponiendo una marcada heterogeneidad, frente al panorama estandarizado de los repertorios cerámicos y los modelos culturales durante el Alto Imperio⁹.

Con todo, de forma amplia, podemos señalar pautas generales para las ciudades litorales del Mediterráneo occidental durante los siglos VI-VII, en función de la compleja combinación de factores socioeconómicos, culturales y políticos. Así, las mismas necesidades estratégicas de Bizancio, con su dispositivo *annonario* para abastecer los enclaves puestos bajo su soberanía, contribuye a acercar a los distintos puntos, las mercancías norteafricanas y orientales. También importante es la continuidad de las formas culturales y las estructuras de la sociedad tardoantigua, manteniendo una amplia demanda de todo tipo de productos, así como haciendo que las ciudades, a pesar de los cambios socioeconómicos e ideológicos, sigan siendo el escenario del poder político y social, entre las que va actuar el Mediterráneo como medio de comunicación. Se comprende así, desde esta perspectiva, que las fronteras políticas tengan una importancia relativa, y antes bien podamos hablar de una *koiné* que integraría buena parte del occidente mediterráneo¹⁰.

En este espacio cultural común, las líneas de investigación se han centrado en clarificar la diferenciación y puntos de conexión entre las zonas bizantinas y las sometidas a la soberanía de los estados germánicos, determinando el grado de permeabilidad de los límites políticos entre ambos; o en el análisis de las producciones importadas y la constitución de redes de comercio a media y largo alcance para otras producciones, indicador de la persistencia de una economía de mercado o el mayor peso de la autosuficiencia¹¹.

Por nuestra parte, pensamos que una de las posibles diferencias entre *Spania* y los dominios costeros del reino toledano, radicaría en la drástica disminución que en estos últimos experimenta el repertorio tipológico de la vajilla de mesa en *Terra Sigillata* Africana D, frente a momentos precedentes. Reducción, además, que de forma especial afecta a estas *sigillatas*, y no tanto a las ánforas, que siguen llegando con una variedad y abundancia no tan diferentes¹². Ilustrativo

9 Lo señalan así a propósito de las diferencias entre las dos localidades catalanas, CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 360.

10 REYNOLDS, 1995, cap. 5, en especial 118ss; MURIALDO, 2001b, p. 306; e igualmente, CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 396-397.

11 Vid para las cuestiones claves del período, RAMALLO ASENSIO; RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 135-190; y GUTIÉRREZ LLORET, 1998, p. 549-567. Destacamos igualmente la reciente celebración del *Simposio Internacional de Mérida, Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad (7-9 noviembre de 2001)* (2003) cuyo objetivo fue la definición de las tipologías cerámicas regionales que permitan evaluar el cambio operado entre los siglos VI-VII y VIII-IX; así como el *1r Congrés internacional sobre ceràmiques comunes, de cuina i àmfores de l'Antiguitat Tardana a la Mediterrània: Arqueologia i Arqueometria (Barcelona, 14-16 de març de 2002)* (2003), donde las producciones comunes jugaron un papel central.

12 Así en yacimientos catalanes como Puig de les Muralles la TSA-D llega a ser prácticamente inexistente, en tanto en otros como la carretera de Sant Martí d'Empúries también se revela escasa. Vid. sobre estas ideas, JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 478.

es así el caso de *Tarraco*, donde para el siglo VI, en contextos como el de torre de l'Audiència, mientras la circulación de contenedores africanos es fluida, ya no lo es la de la vajilla fina norteafricana, lo que provoca un uso prolongado de los envases¹³.

Por otro lado, aún más nítido que el citado descenso, es la reducción tanto del repertorio como del porcentaje de las cerámicas comunes norteafricanas, registrado en ambas zonas. No obstante, la comparación de contextos situados en *Spania* y su área de influencia como puede ser Valencia, y otras ya en plena zona visigoda, pero aún en la costa mediterránea, como puede ser *Iluro*, muestra que la caída es más pronunciada en este último ámbito, mientras que en el primero no lo es tanto¹⁴.

En relación a este hecho, la necesidad de cubrir la demanda origina otra de las notas características del momento, como es la diversificación de las fuentes de aprovisionamiento, que ahora darán cabida tanto a las producciones ebusitanas, como a las de producción regional y local¹⁵.

En el mismo sentido, cabe comentar la práctica desaparición de las cerámicas de cocina africana, cuyo hueco es ahora cubierto por las producciones toscas realizadas a torno lento o a mano, y con una cocción mayoritariamente reductora. En los dos ámbitos políticos, éstas son especialmente de producción local o regional en la línea de un creciente autoconsumo. No obstante, tampoco hay que exagerar este último, en tanto vemos como las producciones de Pantelleria, Cerdeña, Islas Eolias o regiones orientales, son objeto de comercialización a larga distancia, y circulan no sólo por el territorio bizantino sino también por el visigodo, aunque en porcentajes modestos y en progresiva reducción¹⁶. Por lo demás, tampoco hay que olvidar que el territorio bizantino peninsular, y concretamente el área de Cartagena, distribuye a media distancia sus producciones toscas de cocina¹⁷.

Por otra parte, cuando hablamos de la diversificación de las fuentes de abastecimiento, hay que matizar que ésta no atañe por igual a todas las categorías cerámicas. En efecto, por cuanto se refiere al material de almacenamiento, a las ánforas, dicha diversificación, por el contrario, decrece respecto al período anterior, debido a la desaparición de los envases sudhispánicos, así como los de otras procedencias.

13 De este modo, en el caso de las ánforas, las norteafricanas suponen un 88% del total de ánforas occidentales, cantidad nada despreciable, dado que éstas representan el 86% de la totalidad del contexto (REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 302). Acerca del uso prolongado de las sigillatas, y su interpretación como síntoma de carestía, AQUILUÉ, 1992a, p. 419.

14 A este respecto, *vid.* PASCUAL *et alii*, 2003, p. 77ss, fig. 1-10; y CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 362, señalando su reducción a algunas jarras.

15 RAMÓN y CAU, 1997, p. 269-311; PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 75 ss, fig. 8 y 11; MURCIA y GUILLERMO, 2003, p. 176, fig. 5.

16 Así en contextos como el de *Iluro*, dichas cerámicas importadas se mueven en unos porcentajes mínimos, con apenas el 0,6 y el 0,1%, dejando también un porcentaje similar a otras producciones semejantes como las de mica plateada (0,9%). *Vid.* CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 362.

17 Acerca de todo ello, FULFORD y PEACOCK, 1984; PANELLA, 1993, p. 615; GUTIÉRREZ LLORET, 1998a, p. 168 y 171 e *Idem*, 1998b, 549-567; MACIAS, 1999, p. 352. Respecto a la zona visigoda, podemos destacar el caso de *Barcino*, donde, en el yacimiento de Plaza del Rey, con un contexto de la segunda mitad del siglo VI y principios del siglo VII, junto a la muy extendida TSA-D, también se documentan cerámicas comunes importadas de Lípári, Pantalleria, Italia o Ibiza, como recoge BELTRÁN DE HEREDIA, 2005. Respecto a la comercialización de las cerámicas cartageneras, se han documentado en las Baleares (CAU, 1995, p. 101-106; e *Idem*, 2003; y RAMALLO ASENSIO, 2000a, p. 601).

Con ello, y el parejo recurso a la importación de aceite, vino o salazones, se ponen de manifiesto las dificultades de tipo productivo que sufre el marco peninsular, así como la desarticulación de los lazos entre ciudad y territorio¹⁸. En este sentido, dicha simplificación del repertorio, causada por la desaparición de las ánforas sudhispánicas, sólo es matizada por la presencia de las ánforas/jarras ibicencas y las debidas a la manufactura local o regional. Éstas, por otro lado, privilegian un módulo dimensional pequeño, en tanto resultado de una economía agrícola regional capaz de proporcionar únicamente pequeños excedentes, así como un mercado cada vez más reducido, en donde, al tiempo, los consumidores tampoco están en condiciones de adquirir mayores cantidades de estos productos¹⁹.

Estas dinámicas de desarrollo de procesos productivos de variado alcance, cuyo radio es fundamentalmente local y regional; o de imbricación o simple vinculación a las corrientes de intercambio y los modelos de consumo mediterráneo, puesta de manifiesto en la variedad de importaciones y, conectando con el primer proceso, la adopción e imitación de tipologías y módulos propios de las grandes regiones exportadoras, también permite diferenciar los contextos bizantinos²⁰.

La intensidad con la que se reflejan cada uno de los mencionados factores, así como el mayor grado de predominio de uno sobre otro, parecen reflejar las circunstancias de cada uno de estos ámbitos. Así, mientras que el imperial mantiene una activa importación, que suple una tenue vocación productiva; en la zona visigoda se da la situación inversa, fruto de una imbricación menos intensa en el mercado mediterráneo.

A este respecto, también son necesarias ciertas matizaciones, en primer lugar, por cuanto se refiere al desarrollo de procesos productivos, pues, se trata de una diferenciación no extrapolable al análisis del comportamiento de otras regiones bizantinas y sus respectivos territorios vecinos sometidos a distinta soberanía.

Comoquiera que sea, mientras que en la zona bizantina la pertenencia a este ámbito político parece garantizar un intenso abastecimiento, con independencia de factores como la demanda, en la zona visigoda tan sólo este último estímulo económico actúa como motor de aquel. Es así como pequeños castros del tipo de San Antonino di Perti puede participar de las mismas corrientes que las grandes urbes, mientras que en la zona visigoda, sólo estas últimas y núcleos que se mueven en su órbita, consiguen acceder a las mismas²¹.

En el mismo sentido, el predominio africano que caracteriza a los depósitos cerámicos de este momento, parece acentuarse en las zonas que escapan al control bizantino, al parecer único garante de un suministro regular, si bien modesto, de los productos orientales. Lo vemos así claramente con los *Late Roman Unguentaria*, cuya difusión prácticamente se limita a *Spania*. Otro tanto cabe decir respecto a la vajilla de mesa, como ilustran casos como el de *Iluro*, donde las formas importadas proceden exclusivamente de África. En cualquier caso, tampoco hay que magnificar la presencia de las importaciones orientales en *Spania*, pues, algunas producciones,

18 RAMALLO ASENSIO *et alii*, 1996, p. 153. Con todo, se ha matizado esta crisis productiva al menos para el caso de la industria oleícola, señalando su continuidad en unos niveles modestos, GARCÍA MORENO, 1980, p. 301-309.

19 CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 393-394.

20 Lo señalan así, para el caso de la tarraconense *Iluro*, CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 397.

21 En la zona valenciana, lo vemos por ejemplo con el caso de Valencia la Vella, que a pesar de su limitada entidad, registra una nada desdeñable variedad de formas de mesa africanas, que incluye los tipos 99C, 103, 104B-C y 105 (RAMALLO ASENSIO, 2000b, p. 594).

caso de la Late Roman C, son muy minoritarias, en su mayoría incluso residuales²². Así las cosas, desde el registro cerámico es posible hablar de una «africanización», no nueva sino continuadora de dinámicas precedentes, e intensificada en su representación, aún más en la zona visigoda, no capaz de acceder sólidamente a otros productos importados²³.

En los siguientes subapartados seguiremos insistiendo en estas cuestiones. Para ello, las excavaciones desarrolladas en Cartagena, Málaga, Algeciras, Ceuta o Alcudia (Mallorca), nos ayudan a analizar los depósitos materiales propios de la *Spania* bizantina²⁴.

12.2. LAS ÁNFORAS

Frente al período anterior, como ya hemos señalado, cabe comentar que el panorama es menos diversificado, tanto por lo que se refiere a las procedencias como a las tipologías (fig. 89-93). Respecto a lo primero, la desarticulación del tejido productivo hispano hace que el abastecimiento quede confiado casi de forma exclusiva a dos fuentes, el norte de África y el Mediterráneo oriental. Por cuanto se refiere a lo segundo, de cada uno de estos focos se importarán, además, escasos tipos. De esta forma, el África bizantina canalizará a *Spania* sobre todo los grandes contenedores cilíndricos Keay LXI/LXII, así como los pequeños *spatheia*. En el caso de Oriente, el fósil director es el tipo LRA 1/Keay LIII.

Así las cosas, únicamente la zona bizantina puede contar con estas mercancías en unas cantidades importantes, y sólo ella puede acceder de forma significativa a otros tipos, si bien dados con menor intensidad, sea el caso, por ejemplo, de otros contenedores orientales como el ánfora LRA 2/Keay LXV.

Comoquiera que sea, esta simplificación del repertorio anfórico queda matizada por el incremento de los contenedores ibicencos, así como por la aparición de nuevas producciones de ámbito regional.

De la misma forma, en correspondencia con la reestructuración geográfica, también se detectan cambios de tipo morfológico, muy especialmente en el siglo VII, de tal forma que a los tipos africanos de grandes dimensiones propios del siglo VI, se unen ahora recipientes de origen diverso, tanto africanos como también de otras procedencias, caracterizados por su capacidad reducida y por responder a módulos diferentes a los tradicionales.

22 Con todo, al principio se pensó que la desaparición de esta producción se encontraba directamente ligada a la llegada de los bizantinos a las costas peninsulares (NIETO, 1984, p. 547). Acerca de su difusión limitada en *civitates* imperiales como *Carthago Spartaria*, vid. MÉNDEZ, 1983-1984, p. 147-156; y RAMALLO ASENSIO *et alii*, 1996, p. 153; sobre el caso de *Iluro*, CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 348 y 360.

23 Sobre la marcha de estas importaciones africanas en los ámbitos bizantino y visigodo, vid. KEAY, 1984, vol.II, p. 428; TORTORELLA, 1986, p. 211-225; ZANINI, 1996, p. 677-688; y JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 467-483.

24 Entre los contextos más significativos, para Cartagena, RAMALLO ASENSIO *et alii*, 1996, p. 146-154, y 1997, p. 203-228; y MURCIA y GUILLERMO, 2003, p. 169-223. Para Málaga, NAVARRO LUENGO *et alii*, 1997, p. 79-93; y BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 233-259; así como ACIÉN ALMANSA *et alii*, 2003, p. 411-454, 411-414, fig. 1-3. Para Algeciras, NAVARRO LUENGO *et alii*, 2000, p. 223-227. Para Ceuta, BERNAL CASASOLA y PÉREZ RIVERA, 2000, p. 121-133. Para Mallorca, GUMÀ *et alii*, 1997, p. 249-264. Por último, en cuanto a la naturaleza del material a estudiar, queremos también destacar que se ha prestado una diferente atención a cada una de las categorías de materiales. En este sentido, debemos recordar que se produce la coexistencia entre producciones industriales, elaboradas en verdaderas manufacturas situadas fuera del área estudiada e importadas, en las que centramos de modo preferente nuestra atención, y producciones de semejantes características técnicas pero fabricadas en talleres especializados locales, así como otras a mano, fruto de sistemas productivos más elementales, en las que no se ha podido profundizar.

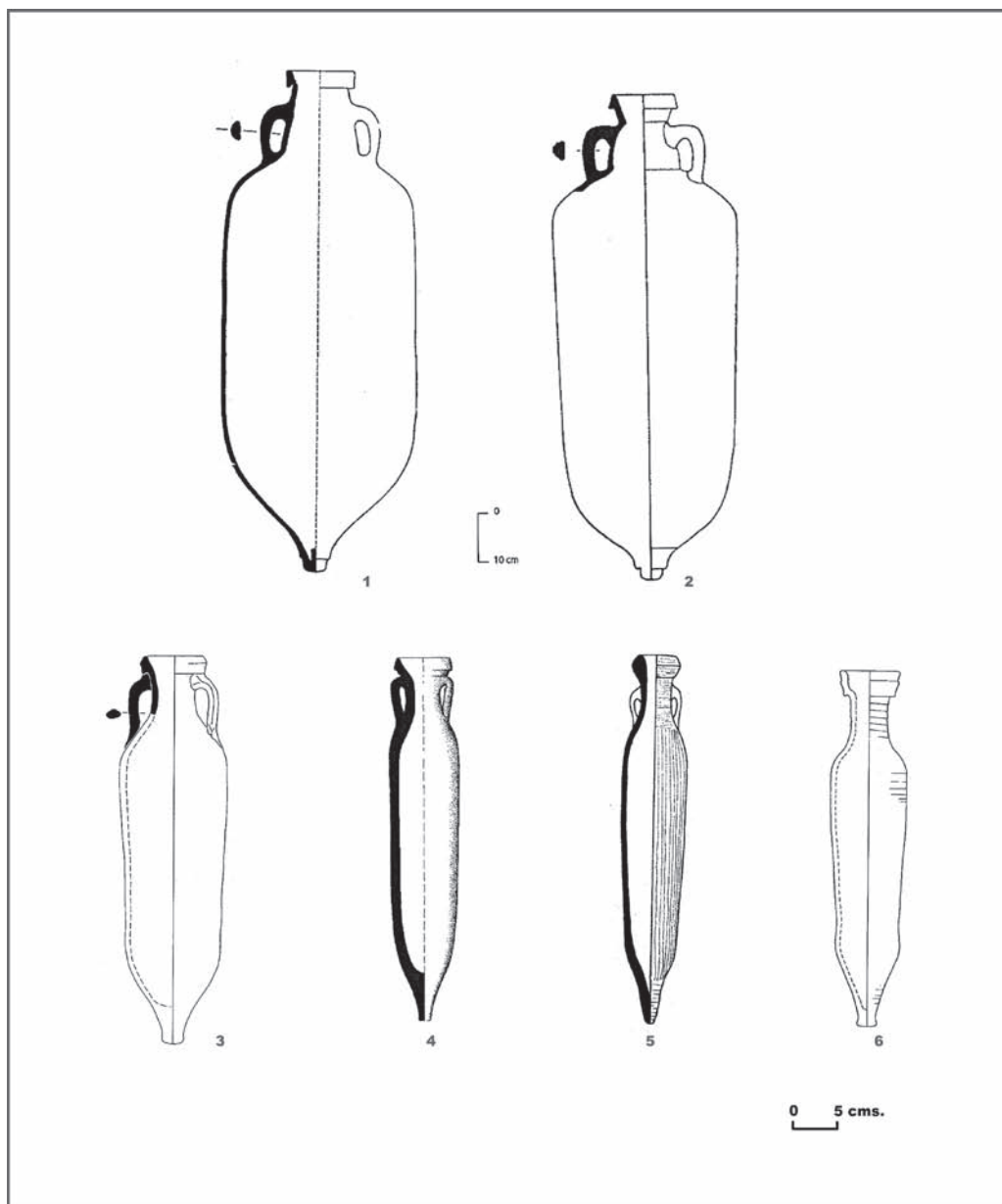


FIGURA 89: Ánforas norteafricanas de registro más frecuente en la Spania bizantina (a partir de Bonifay, 2004). (1) Keay 61. (2) Keay 62. (3) Spatheion Bonifay 3.A. (4) Spatheion Bonifay 3.B. (5) Spatheion Bonifay 3.C. (6) Spatheion Bonifay 3.D.

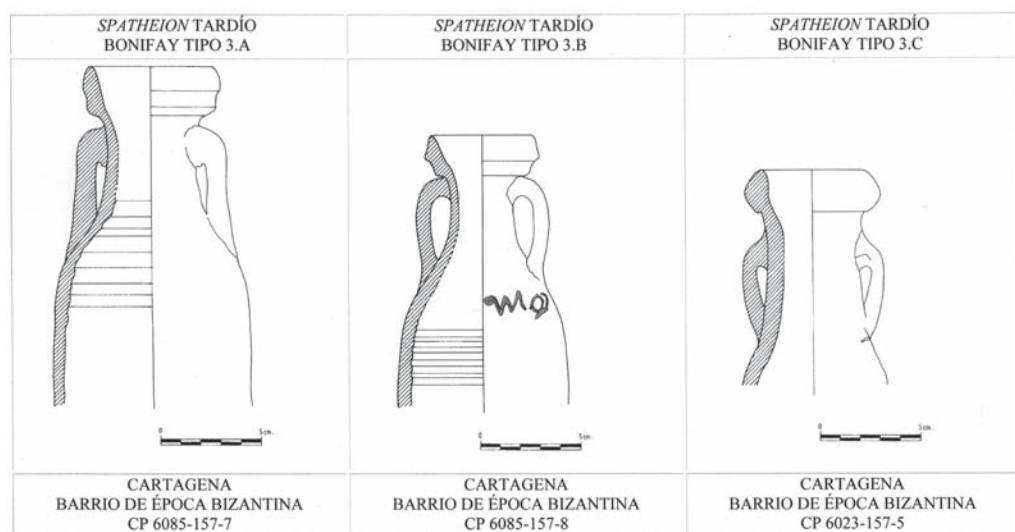


FIGURA 90: Variantes de *spatheia* tardíos documentados en el barrio de época bizantina de Cartagena

Vistas estas pautas generales, es necesario detenerse en el análisis de las distintas producciones.

12.2.1. Las ánforas africanas

También a partir de éstas podemos establecer cierta diferenciación entre los territorios sometidos a soberanía imperial y su área de influencia con respecto a los visigodos.

En efecto, si en los primeros la suerte de estos contenedores parece correr pareja a la de la vajilla de mesa también norteafricana; en los segundos, éstos ocupan el lugar que poco a poco, va perdiendo la última, ahora ciertamente minoritaria. De esta forma, mientras que en la citada zona visigoda, el volumen de TSA-D decae con respecto a los períodos precedentes, sin embargo, el volumen de ánforas africanas se mantiene o aumenta²⁵. Con ello, igualmente, si en ambas áreas los contenedores africanos son hegemónicos, en la visigoda prácticamente ejercerán también un monopolio, por las mayores dificultades para acceder a los envases orientales. Así, para el siglo VI, en *Tarraco* las ánforas africanas suponen el 88% del total de las ánforas, cantidad similar al predominio que también ostentan en núcleos como *Iluro* o *Valentia* y lugares próximos. En el caso de Cartagena, en los rellenos constructivos del barrio de época bizantina la representación de ánforas africanas y orientales es prácticamente pareja, con una ligera mayoría a las primeras,

²⁵ Así lo señala JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 479-480. Por nuestra parte, volvemos a insistir en esta cuestión en el apartado dedicado a la vajilla de mesa.

pero posteriormente, en los niveles de destrucción del primer cuarto del siglo VII, el material africano dobla al oriental²⁶.

Por lo demás, dicho predominio africano sería aún más importante si se consideran las capacidades, y con ello, la representatividad de los productos, pues, salvo en el caso de los *spatheia*, los contenedores africanos superan en mucho a los orientales, de módulos dimensionales más reducidos.

En cualquier caso, ambos territorios, *Spania* y el reino de Toledo, se ven afectados por la simplificación operada en el repertorio africano, que limita a dos módulos con sus concretos referentes tipológicos, uno grande y otro pequeño, prácticamente monopolizados por los envases Keay LXI y Keay XXVI/*spatheia* (fig. 89). Sólo en un último momento, apenas dentro ya de nuestra etapa, como fósil director de los cambios que suceden a ésta, aparecerá el módulo intermedio, representado por los contenedores de fondo umbilicado²⁷.

De un modo u otro, éste, junto a unos pocos tipos más que iremos citando, sería así el repertorio «característico», mas no «exhaustivo», en tanto no contempla eventuales perduraciones, que en su mayoría se pueden considerar «residuales», ni tampoco tipos «esporádicos», de impacto mínimo.

En este sentido, esa intensa y prolongada circulación, podría explicarse por su inclusión en la distribución *annonaria* de soporte del aparato militar bizantino²⁸.

Dichos envases canalizarán la riqueza olearia africana, si bien tampoco hay que descuidar la producción salsaria o vinícola, esta última incluyendo caldos de especial calidad, como los que rivalizan en la mesa imperial con los afamados vinos palestinos (Coripo, *In laud. Iust.*, III, 91-92).

En el caso de los *spatheia*, en nuestra etapa se encuentra en circulación una tercera generación, marcada por un tamaño más reducido, con una longitud entre los 40 a los 44cm, y un diámetro entre los 8-9 y 12-13 cm (lám. 74). En Cartagena, de las cuatro variantes individualizadas, salvo la D, salida de talleres tunecinos como el de Moknine, se registran abundantemente todas las demás (fig. 90)²⁹.

A este respecto, si bien todavía no se ha podido afinar con total exactitud las cronologías para cada subtipo, es claro el carácter más tardío de los B y C, de hecho bien documentados en los niveles de finales del siglo VII, en *Crypta Balbi* y Nabeul, yacimiento éste último que registra un ejemplar de la variante C quizá postbizantino. En el mismo sentido, en relación a este problema cronológico, se ha señalado la sugestiva ausencia de dicha variante en la necrópolis de Nocera Umbra, compensada con su presencia en la posterior de Castel Trosino³⁰.

26 En el caso de Tarragona, con todo, la hegemonía africana se matiza en un segundo momento, ya en el siglo VII, cuando al parecer la representación de los contenedores africanos es similar a la de los orientales (REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 302-303; y MACIAS Y SOLÈ y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 495). Para Iluro y zona levantina, *vid.* CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 363; y ROSSELLÓ, 1995, p. 157 y fig. 13; PASCUAL, RIBERA, ROSSELLÓ y MAROT, 1997, cuadro de la pág.182 y fig. 6. En el caso de Cartagena, extraemos los datos de la cuantificación de material cerámico que realizamos con objeto de nuestra tesis de licenciatura. Por lo demás, similar hegemonía se da en otros puntos, como Marsella, donde las producciones africanas suponen entre el 30 y el 68% en los niveles del siglo VI, y entre el 40 y el 50% en los del siglo VII (Bonifay, 1986, p. 269-305; BONIFAY, CONGES y LEGUILLOUX, 1989, p. 660-663; BONIFAY, CARRÉ y RIGOIR, 1998, p. 371-372; y BONIFAY y PIÉRI, 1995, p. 116).

27 Acerca de ese proceso de simplificación, *vid.* KEAY, 1998, p. 148.

28 MURIALDO, 2001b, p. 302.

29 Respecto al tipo, *vid.* BONIFAY, 2003a, p. 566; *Idem*, 2004, p. 127-129; y 2005, p. 452.

30 BONIFAY, 2005, p. 453.



LÁMINA 74: *Spatheia* hallados en el barrio de época bizantina de Cartagena (VV.AA., 2005)

De forma coherente, en Cartagena los subtipos se documentan en los niveles destrucción y abandono, si bien el caso del B aparece ya en el relleno constructivo de la fase fundacional de la habitación 30, junto a la variante A, propia de finales del siglo VI. Con ello, parece necesario admitir una circulación algo más temprana para éstos. Insisten en la misma dirección otros contextos hispanos como los de la Málaga bizantina, que también registra ambas variantes B y C, tanto en la Calle Molina Larios, como en el Teatro Romano³¹.

De la fortuna del envase, cuyo módulo pudo imitarse en otros ámbitos, da cuenta su difusión en el marco hispano, que inundando lugares bajo soberanía imperial, como *Septem*, alcanza incluso el interior peninsular, como mostrarían los casos de Recópolis o algunos lugares de más difícil acceso³².

31 En el caso de Molina Larios, *vid.* TIA, 2001, p. 688, y NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82, fig. 23, 25 y 27, señalando una procedencia africana para el primero y una posible fabricación siciliana para los dos últimos. Sobre los ejemplares del teatro, *vid.* BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 248, señalando igualmente la presencia junto a los ejemplares norteafricanos, de otros de producción indeterminada.

32 Así, para otras piezas caracterizados por su borde de engrosado externo triangular, algunos autores manejan una posible fabricación argelina, o saliendo incluso del territorio norteafricano, también siciliana (REYNOLDS, 2003, p. 578, fig. 7.15-16). En el mismo sentido, la intensa distribución de este tipo por el ámbito mediterráneo, también ha llevado a proponer por otras posibles producciones regionales, que podrían radicar en el sur de las Penínsulas Ibérica o Italiana, o también en el área pontico-danubiana (MURIALDO, 1993, p. 443). Incluso parece servir de referente tipológico para contenedores orientales, como uno manufacturado en Gortina (PORTALE y ROMEO, 2000, p. 426, tipo TRC 11, p. 417-426). Para *Septem*, *vid.* BERNAL y PÉREZ, 2000, p. 130. En el caso de la ciudad regia visigoda, el contenedor se documenta en su variante G, junto con el ánfora Keay 61 D, *vid.* CEVPP, 1991, fig. 8, n°19 a 23. Respecto a los restantes yacimientos, *vid.* JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 477, quien lo cita en el pre-Pirineo catalán, en la iglesia de Sant Vicenç del Rus, en Castellar de n'Hug.

Con bibliografía; MACIAS I SOLÉ y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 495; y GUTIÉRREZ LLORET; GAMO PARRAS y AMORÓS RUIZ, 2003, p. 134, fig. 9.7 y 8.

Con todo, parece que a partir de mediados del siglo VII, su presencia habría de verse recortada, al menos en el marco peninsular, a juzgar por depósitos de este momento, como el emplazado en *Tarraco*; si bien ello no es óbice para que se siga documentando en otros yacimientos incluso del interior, como vemos en el caso del basurero extramuros del Tolmo de Minateda, datado en un momento avanzado del siglo VII³³.

Por lo demás, no se conoce el contenido de estos *spatheia*, aunque dada su elevada presencia en multitud de contextos, se piensa que debería ser una mercancía accesible a sectores no privilegiados, quizá salsas de pescado, aceite, vino, olivas, ungüentos o sustancias para la conservación de alimentos, como pimienta o especias. A este respecto, a pesar de que su registro en ambientes religiosos, como *Crypta Balbi*, depósito ligado al monasterio de San Lorenzo in Pallacinis, o el complejo eclesiástico de Piscino de Vibo Valentia, ha llevado a pensar en la posibilidad de que sirviesen de contenedor a algún ungüento o bálsamo para fines litúrgicos, su difusión en contextos domésticos lo desaconseja³⁴. De hecho, entre las diferentes propuestas, no habría que desechar la tradicional, que contempla la contención de *garum*, aún muy considerado, como sabemos a través de los testimonios de Casiodoro, Isidoro de Sevilla, o textos merovingios que mencionan la llegada de ánforas de *liquamen* a Fos o a Marsella³⁵.

Pasando al módulo grande, el otro fósil director es el ánfora Keay LXI (lám. 75), cuya difusión se ha puesto en relación con la reconquista bizantina del norte de África (533) y con la reorganización de los recursos agrícolas de la provincia que a ella siguió. Se trata de un contenedor cilíndrico de grandes dimensiones, unido al cuello, de perfil cilíndrico o cónico, a través de asas de sección oval. Con borde ligeramente exvasado y engrosado cuadrangular externo, el tipo se remata en su fondo con pivote macizo de engrosamiento anular³⁶. Probablemente producido también en el mismo ámbito que las ánforas Keay LXII, el área costera de la Bizacena, cuenta con buena difusión en *Spania* y su más directo ámbito de influencia, no faltando tampoco en lugares más excéntricos como Sant Martí d'Empúries o Puig de les Muralles en Roses³⁷. Parece que su contenido habitual, al igual que el del ánfora Keay LXII, fue el aceite, si bien los restos de resina documentados en algunos ejemplares, muestran la posibilidad de que canalizara también otras mercancías³⁸.

33 MACIAS I SOLÉ y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 495; y GUTIÉRREZ LLORET; GAMO PARRAS y AMORÓS RUIZ, 2003, p. 134, fig. 9.7 y 8.

34 Sobre las distintas propuestas, MURIALDO, 1995, p. 444; e *Idem*, 1993-1994, p. 226; CARIGNANI, 1989, p. 79; ARTHUR y PEDUTO, 1989, p. 869; PANELLA, 1993, p. 674; SAGUI, 2001c, p. 283; y BONIFAY, 2005, p. 453.

35 Isid., *Etym.*, XX, 3, 19: «*El garum es una salsa líquida a base de pescado. Antiguamente se elaboraba con un pez al que los griegos denominaban gáros; aunque hoy día se utiliza en su preparación una infinita variedad de peces*». Vid. también NERI, 1988, n. 112 y p. 254; y BEN LAZREG *et alii*, 1995, p. 132.

36 KEAY, 1998, p. 141-155; y BONIFAY, 2003a, p. 562.

37 Acerca de su difusión, *vid.* para *Spania*, (Cartagena), RAMALLO ASENSIO; RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 146; BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 122; y MARTÍN CAMINO y ROLDÁN BERNAL, 1997a, p. 45, fig. 8.1; (Depresión de Vera), MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 215; (Málaga), NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 83, fig. 54-55; y BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 236 y 243; (Ceuta), BERNAL y PÉREZ, 2000, p. 130; (Alicante), REYNOLDS, 1993, p. 23, plate 106.967-972.978; (Sóller), COLL CONESA, 1996, p. 396. En el caso de la zona visigoda, *vid.* (Cerro de la Almagra) GONZÁLEZ FERNÁNDEZ; FERNÁNDEZ MATA LLANA y CRESPO ROS, 2005, p. 268; Tolmo de Minateda (GUTIÉRREZ LLORET; GAMO PARRAS y AMORÓS RUIZ, 2003, p. 126, fig. 5.7; y p. 134, fig. 9.2); (Cullera), ROSSELLÓ MESQUIDA, 1995, p. 157; (Recópolis), CEVPP, 1991, fig. 8, n° 19 a 23; (Cataluña), JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 473-476.

38 SAGUI, 2001c, p. 284.

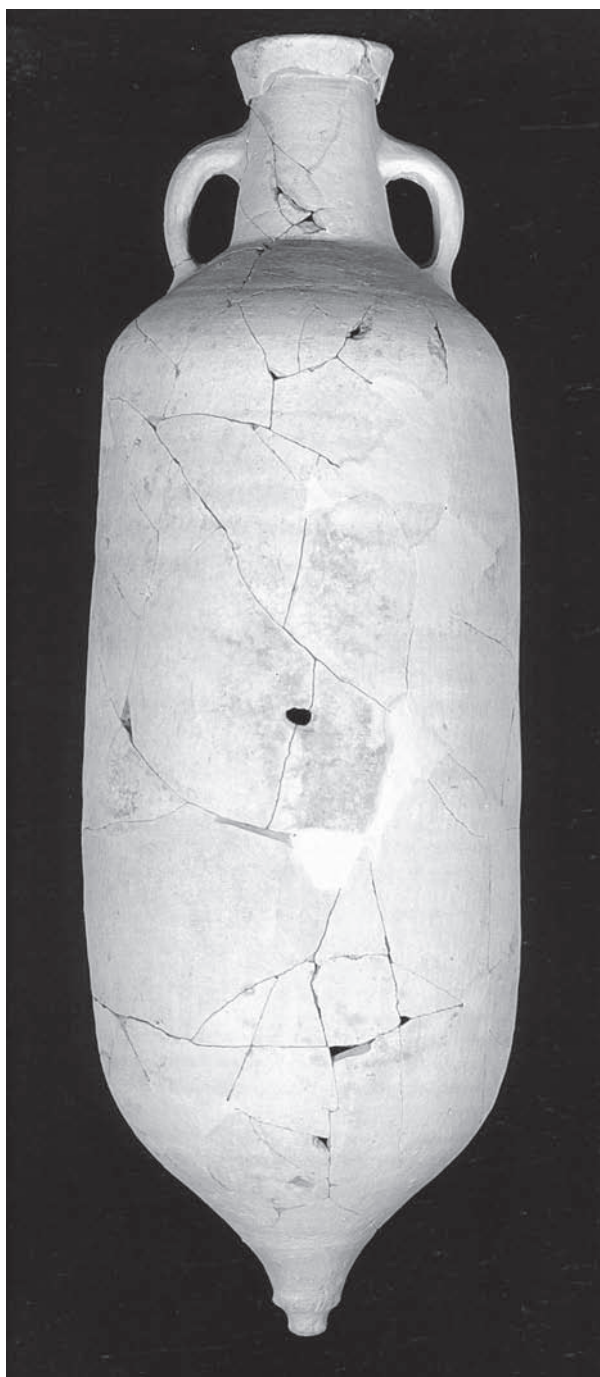


LÁMINA 75: *Ánfora norteafricana Keay LXI hallada en el barrio de época bizantina de Cartagena (VV.AA., 2003b)*

Muy similar es el ya citado tipo Keay LXII, en este caso ya en circulación de forma previa a esta etapa, si bien sólidamente sólo a partir de ésta. No en vano, su manufactura tanto en la costa como en algunos lugares del territorio tunecino interior, mostraría una especial conexión con la reorientación de la organización agrícola de la provincia, que ha de ligarse a la administración imperial³⁹. Su distribución también fue intensa en nuestro territorio⁴⁰.

Existe otro tipo emparentado morfológicamente con estos envases, el ánfora Keay VIII A, que se considera evolución tardía de los mismos, como pondrían de manifiesto toda una serie de ejemplares híbridos. Entre ellos, por ejemplo, hemos de citar la presencia de uno en Cartagena, a la que habría que sumar también otros de la costa visigoda mediterránea, tanto de ciudades como *Tarraco* o *Valentia*, como de pequeños núcleos de menor entidad como Sant Martí d'Empúries. No en vano, aun siendo característico de la segunda mitad del siglo VII, los ejemplares hispanos parecen mostrar que estaría ya presente desde mediados del siglo VI⁴¹.

Un ánfora que ha generado cierta controversia es la que se ha emparentado con el tipo Keay XXXII (lám. 76), gran contenedor cilíndrico con cuello cónico de escaso desarrollo, unido al cuerpo por medio de asas con tendencia triangular, y rematado por borde engrosado de sección triangular ligeramente moldurado. A pesar de que ese prototipo se considera residual para estos momentos, dada su datación entre los siglos IV y V, un ánfora asimilable se registra de forma muy significativa en los contextos bizantinos de Cartagena y Málaga, así como de forma puntual, en algunos otros lugares del entorno⁴². La presencia de ejemplares completos en el nivel de destrucción del primer yacimiento mostraría una circulación efectiva durante la etapa. Recientemente, se ha propuesto su manufactura ibicenca⁴³.

Menor vigencia tendría el tipo Keay LV, que en virtud de su ausencia en niveles del siglo VII, como el castro ligur de San Antonino di Perti, quizá sólo se mantendría en circulación durante la centuria precedente. En Cartagena, de hecho, falta en el contexto de destrucción del barrio de época bizantina, o en Ceuta se documenta asociado a tipos de cronología temprana,

39 KEAY, 1998, p. 147. La heterogeneidad del tipo es manifiesta, de tal forma que, se han propuesto 21 variantes de bordes y 15 de puntales. Acerca de los talleres de producción, *vid.* PEACOCK; BEJAOUÍ y BELAZREG, 1989, p. 179-222; BONIFAY, 2003a, p. 562; y GHALIA; BONIFAY y CAPELLI, 2005, p. 495-508.

40 *Vid.* así, (Cartagena), LAÍZ REVERTE y BERROCAL CAPARRÓS, 1995, p. 170; ROLDÁN BERNAL *et alii*, 1996, p. 246, fig. 3; BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 122, e *Idem*, 1997, p. 69; ANTOLINOS MARÍN y VICENTE SÁNCHEZ, 2000, p. 329, fig. 10.5; MURCIA MUÑOZ, 2000, p. 376; (Cabrera), RIERA, 2005, p. 198; (Málaga), NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82, fig. 26; BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 236 y 243; (Benalúa-San Miguel), REYNOLDS, 1993, p. 22-23; (C. de la Almagra), GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, FERNÁNDEZ MATA LLANA, y CRESPO ROS, 2004, p. 412; (T. de Minateda), GUTIÉRREZ LLORET; GAMO PARRAS y AMORÓS RUIZ, 2003, p. 134; (Valencia), BLASCO *et alii*, 1994, p. 195; y PASCUAL *et alii*, 1997, p. 194, fig. 5, nº 1-14 (Cullera), ROSSELLÓ MESQUIDA, 1995, p. 157; (Cataluña), JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 475-477.

41 *Vid.* así por orden de cita, RAMALLO, RUIZ y BERROCAL, 1997, fig. 11.3 considerándolo tipo 61, y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 158-159, insistiendo en la conveniencia de identificarlo como tipo 8A; así como MACIAS I SOLÉ y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 487; PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 78; y LLINÁS POL, 1997, p. 149-169, fig. 6.2. Sobre el tipo, MURIALDO, 1993-1994, p. 222-223; y BONIFAY, 2003a, p. 562.

42 Por orden de cita, *vid.* RAMALLO ASENSIO; RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1997, p. 208, fig. 5.1; TIA, 2001, p. 687; GUTIÉRREZ LLORET; GAMO y AMORÓS, 2003, p. 138; y ROSSELLÓ MESQUIDA, 1995, p. 157, fig. 13.5-7.

43 RAMON, 2008, fig. 7. Queremos agradecer al arqueólogo D. M. Rosselló Mesquida la comunicación de esta nueva propuesta, que desconocíamos.

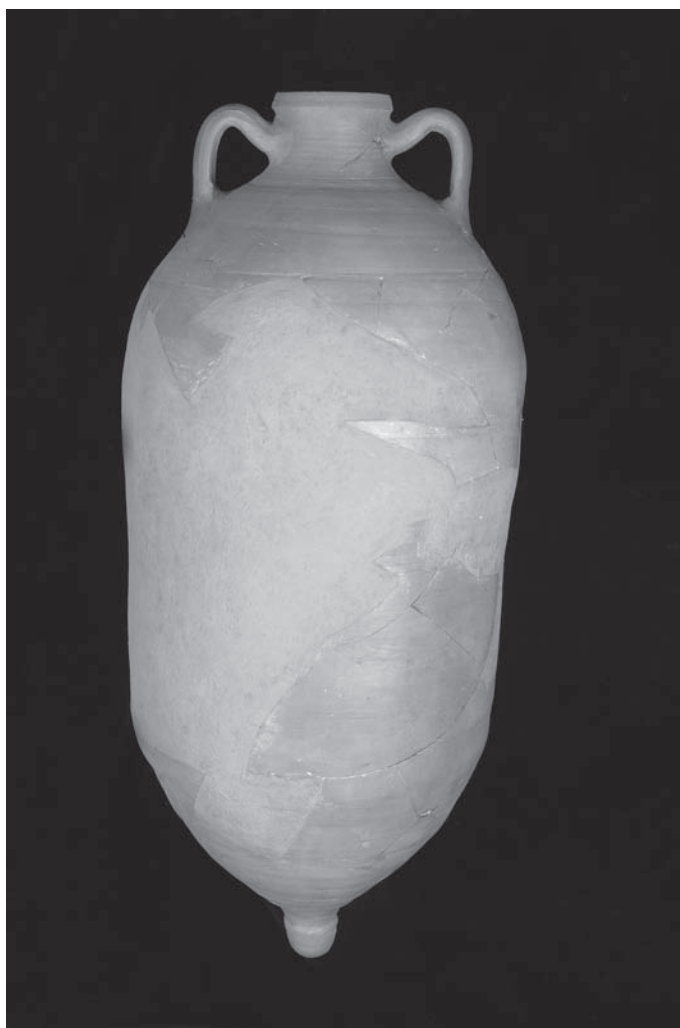


LÁMINA 76: *Ánfora norteafricana similar al tipo Keay XXXII hallada en Cartagena (VV.AA., 2005)*

como el LVII. En cuanto a la mercancía transportada, en principio se creyó aceite, aunque la documentación de ejemplares con resinado interno abre paso a otras alternativas⁴⁴.

Otros tipos característicos de esta etapa, por el momento, apenas se conocen en *Spania*. Ocurre así con el envase Cartago 58, caracterizado por su perfil cilíndrico, y un borde definido

44 Sobre los yacimientos citados, MURIALDO, 1995, p. 433-453; y BERNAL CASASOLA, 2004, p. 75. También se registra en la Depresión de Vera (MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 215) o Cabrera (RIERA, 2005, p. 198). Sobre su contenido, Keay, 1984, p. 290; y BONIFAY y PIERI, 1995, p. 100. S. KEAY (1998, p. 145) señala que tendría su origen a finales del siglo V, fecha en la que se documenta en la Tarraconense (REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 155).

por ligero engrosamiento del labio. Éste aparecería en la metrópoli africana ya en estratos posteriores al 530, si bien su importancia en contextos de mediados del siglo VII, sugiere que su máxima difusión se situaría entre finales del siglo VI y mediados de la siguiente centuria, fecha en la que aparece en núcleos bizantinos como el mencionado castro ligur⁴⁵.

Otro tanto ocurre con las ánforas globulares de fondo umbilicado, que en lugares como el castro de San Antonino di Perti, son los recipientes característicos del siglo VII avanzado y del siglo VIII⁴⁶.

En este sentido, al parecer nos encontramos ante un tipo morfológico que pudo alcanzar cierta fortuna, asumido quizá por diferentes focos productivos, que pudieron radicar en África, Oriente, Sur de Italia o Cataluña. Entre ellos, hasta ahora, la producción más clara parece la africana, cuya composición de cuarzo eólico y cal, a veces asociado a calcita, ha hecho considerar su origen tunecino, tal vez tripolitano⁴⁷.

A este respecto, se ha señalado que este tipo de ánforas, cuyo cambio morfológico se ha tildado de «bizantinización», parece reflejar una transformación radical en la actividad productiva y en la modalidad de transporte de las mercancías norteafricanas, implicando el progresivo abandono de las ánforas cilíndricas de grandes dimensiones, y la adopción de modelos globulares de probable derivación oriental, pues, es clara la analogía respecto al tipo LRA 2⁴⁸.

Por cuanto a nosotros nos interesa, en el marco hispano presenta una amplia difusión, que cubre tanto el litoral visigodo, con puntos como Valencia, Tarragona, o *Iluro*, como igualmente la zona bizantina, donde la documentación es algo más incierta. Así, en el caso de Baleares, quizá sería posible señalar su presencia en Sanitja, donde se indica la aparición de ánforas de perfil globular, asociadas al tipo Keay LXII. Igualmente, contamos con fondos umbilicados umbonados en Benalúa, en un principio tomados como pertenecientes a jarras, pero, con posterioridad, considerados propios de este tipo anfórico. Del mismo modo, parece registrarse en la Depresión de Vera⁴⁹.

Otra evidencia la encontramos en el barrio de época bizantina de Cartagena, donde se documenta un ejemplar completo, que creemos perteneciente a este tipo o a su familia tipológica. Éste se caracteriza por cuerpo globular y fondo umbilicado, unido al cuello cilíndrico a través de sendas asas, así como rematado por un borde de engrosado externo. Su cuerpo estriado insiste en sus afinidades con los contenedores que en San Antonino se tienen por africanos, individualizados como tipo 47. En este caso, a pesar de que el envase es sobre todo propio de la segunda mitad del siglo VII, la documentación en el barrio cartagenero, cuya secuencia se cierra con el episodio destructivo identificado con la destrucción visigoda (c.625), unido a su registro en el

45 PEACOCK, 1984, 133, fig. 41, num.84-6; MURIALDO, 1995, p. 437; *Idem*, 1993-1994, p. 224; e *Idem*, 2001 A, p. 267, lám. 10, 44-47. Por el contrario, sí tenemos documentada su aparición en la zona visigoda mediterránea, en puntos como Tarragona (REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 161, fig. 46.6) o *Iluro* (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 363 y 393).

46 MURIALDO, 2001a, p. 289ss, lám. 18-19.

47 MURIALDO, 1993-1994, p. 229; y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 168.

48 MURIALDO, 1993, p. 444; y BONIFAY, 2003a, p. 566.

49 Sobre estos yacimientos, *vid.* por orden de cita, PASCUAL *et alii*, 2003, p. 75, fig. 5; REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 234ss; CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 363 y 393; RITA, 1994, p. 321-332; REYNOLDS, 1993, p. 120, W1 tipo J, plate 39; MURIALDO, 2001a, p. 290, fig. 25.6; y MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 215.

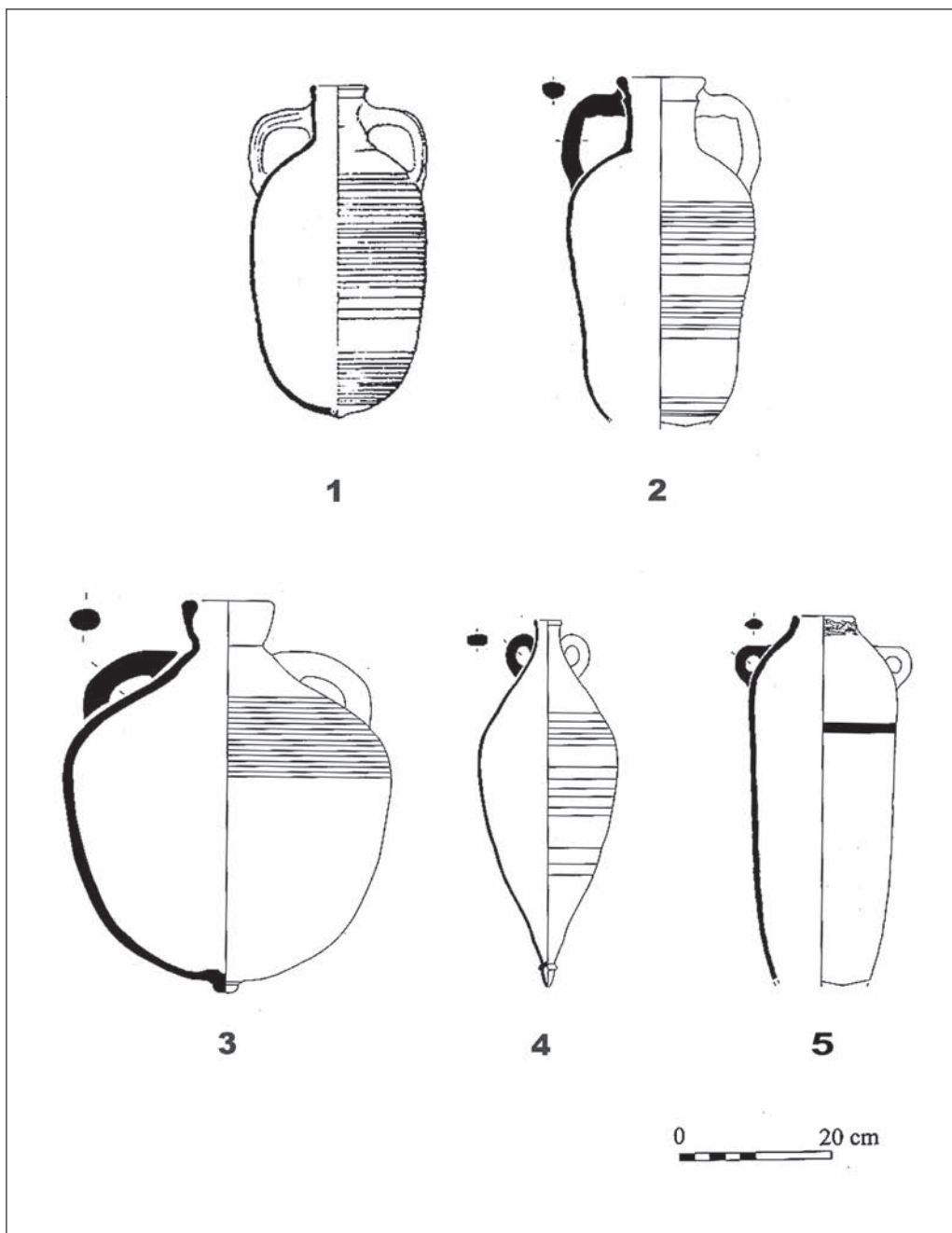


FIGURA 91: *Ánforas orientales de registro más frecuente en la Spania bizantina (a partir de Remolà, 2000). (1) LRA 1 / Kellia 164. (2) LRA 1 tardía. (3) LRA 2 / Keay 65. (4) LRA 3 / Keay 54 bis. (5) LRA 4 / Keay 54 a.*

castro ligur o en el pecio de Yassi Ada, insistiría en la necesidad de contemplar su circulación ya en la primera mitad de esa centuria⁵⁰.

12.2.2. Las ánforas orientales

Oriente es el área exportadora que tuvo mayor capacidad de rivalizar con los productos norteafricanos⁵¹. Con todo, salvando excepciones como Tarragona, donde en un contexto de la segunda mitad del siglo VII su representación es paritaria a la de las ánforas norteafricanas, su difusión es bastante modesta en la zona visigoda⁵². De este modo, la singularidad de *Spania* en este campo viene dictada por una mayor diversidad del repertorio anfórico de procedencia oriental (fig. 91), frente al resto del territorio hispano, en el que, quitando el caso de las grandes ciudades, la presencia de ánforas orientales aparece como un fenómeno de consecuencias económicas y culturales muy limitadas, expresión de las preferencias de algunos elementos bien situados de la comunidad, como deja ver el testimonio de las fuentes⁵³.

En cualquier caso, en la misma *Spania*, la importancia de las mercancías orientales -nunca tampoco desmesurada-, fue decayendo con el paso del tiempo, de forma pareja al incremento de la supremacía de los envases africanos. Lo muestran así contextos como los de los barrios de época bizantina de Cartagena y Málaga, en cuyos niveles de destrucción, estos doblan aquellos, como ocurre en el primer caso, cuando no incluso directamente los suplantán, como vemos en el segundo⁵⁴.

El fósil director de la etapa es el ánfora LRA 1 / Keay LIII (lám. 77). Se trata de un ánfora de cuerpo ovoide y ligero acanalado de densidad e intensidad variables, así como fondo no diferenciado, cuello recto, y borde ligeramente engrosado, más o menos exvasado. Se han

50 MURIALDO, 2001a, p. 290-291, tav.18. A la misma dirección apuntan los otros yacimientos hispanos. Así, mientras que en el caso del área bizantina sólo se puede señalar una genérica datación en el siglo VI, a partir de la evidencia de Benalúa o Sanitja, los yacimientos visigodos ayudan a ver algo más esta cuestión. En el caso de Valencia, la encontramos en el relleno de amortización de un pozo datado a fines del siglo VI o principios del siglo VII (PAS-CUAL *et alii*, 2003, p. 75, fig. 5). En Tarragona la cronología no está tan clara, pues, uno de los contextos donde se documenta, la parte baja extramuros (PERI-2), se ha datado exclusivamente a partir de material anfórico y cerámica común, destacando la aparición de la oriental *Cooking Pot Ware 3B*, perteneciente al siglo VII avanzado; en tanto en otro yacimiento donde se registra un posible ejemplar, reconocido sólo por un fragmento, lo hace en la primera mitad del siglo VII (REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 97, 168). También a partir de finales del siglo VI, parecen situarse los contenedores de *Iluro* (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 363 y 393).

51 Sobre esta distribución, *vid.* PACETTI, 1986, p. 278-284; y REYNOLDS, 1995, p. 80-82. Igualmente sobre el panorama anfórico oriental, *vid.* el nuevo trabajo de REYNOLDS, 2005, p. 563-611.

52 Con todo, no faltan pequeños núcleos en donde también se documentan otros tipos, sea el caso del yacimiento gerundense de Puig de les Muralles, en donde encontramos un ánfora oriental asimilable a la forma Yassi Ada 2, contenedor globular semejante al tipo LRA 2/ Keay LXV (JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, con bibliografía).

53 Así lo señalan a propósito de *Iluro*, CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 394. Entre los testimonios sobre el valorpreciado de los productos orientales, contamos con el Gregorio de Tours, *Hist.* VII,29, «...Envió a sus servidores, uno detrás de otro, a comprar los vinos con mejor cuerpo, a saber, los de Laodicea y Gaza».

54 TIA, 2001, p. 689. De hecho, las ánforas palestinas son bastante más escasas que otras importaciones orientales, rompiendo dicha tónica tan sólo las ánforas gaceas (REYNOLDS, 2003, p. 576). Por lo demás, hay que insistir en que la llegada de contenedores orientales comienza de forma previa al desembarco de los *milites*, ya sólidamente durante el siglo V, momento en el que aparecen en puntos como Valencia, ánforas del tipo de la de Icaria Adamsheck RC 22, que precisamente ya no volveremos a encontrar en el período bizantino (PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 75, fig. 4,131).



LÁMINA 77: *Ánfora oriental LRA 1 variante tardía / Keay LIII procedente de Tarragona (VV.AA., 2003b)*

destacado tres variantes, una más temprana, LRA 1 Kellia 169, y otras dos más tardías, LRA 1 Kellia 164 y LRA 1 tardía. Producida en las regiones de Isauria, Cilicia, y Norte de Siria, parece que también pudo serlo en Chipre, en el marco de los siglos IV-VII. Conocemos incluso una producción imitadora en ámbito cretense, concretamente en Gortina, donde tan sólo se reproducen las versiones de pequeño formato, durante los siglos VII-VIII⁵⁵.

Esta ánfora sirioanatólica, sobre todo en su versión estándar de cuello ancho y cuerpo cilíndrico, se documenta especialmente durante los siglos V-VI, pero continúa también en el siglo VII,

⁵⁵ REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 215-225, fig. 71.5-6 y 77-82; PORTALE y ROMEO, 2000, p. 422, tipo TRC 9; y ELTON, 2005, p. 691-696.

como deja ver su registro entre los materiales del pecio de Yassi Adda, o los datos procedentes de Italia, donde, en contextos como el de *Crypta Balbi*, en el que aparece con la variante más tardía Kellia 164, su presencia resulta moderada⁵⁶.

Su contenido pudo ser aceite o, atendiendo al resinado interno de algunos ejemplares, vino⁵⁷.

En la zona de presencia bizantina la encontramos abundantemente, si bien no hay que perder de vista que las publicaciones rara vez recogen las variantes del tipo, lo que, habida cuenta de la amplia cronología de éste, nos muestra a prudencia a la hora de considerar su difusión poniéndola en relación con la presencia imperial.

A este respecto, es importante señalar que también la variante temprana Egloff 169 se pudo mantener en circulación durante los primeros momentos de la presencia bizantina, coexistiendo con la otra variante, a juzgar por evidencias como la procedente de Barcelona, donde, en la Plaza del Rey, en una trinchera de fundación bien datada por una fuente Hayes 105 y una moneda visigoda de Leovigildo perteneciente al año 570, se documentaron dos ejemplares de este tipo⁵⁸.

Resulta imposible cubrir todo el mapa de difusión peninsular de este contenedor, pues, las excavaciones más recientes demuestran que llegó hasta puntos muy alejados de la costa mediterránea. Así, prueba de esa distribución, que no sólo tuvo lugar a través del circuito mediterráneo, sino también de la vía atlántica, debemos citar el hallazgo de un ejemplar de la variante Kellia 164 en Gijón⁵⁹.

Para *Spania*, en cualquier caso, su presencia es notable en Cartagena y la zona levantina, Málaga, o Ceuta⁶⁰.

También hay que destacar el tipo globular LRA 2 / Keay LXV, que se convertirá incluso en referente tipológico para otras producciones orientales o incluso africanas. Aunque su lugar de origen no se ha establecido con certeza, se han señalado Quíos, algunos puntos del Mar Negro, o igualmente, la Argólida. En cuanto a su contenido, teniendo en cuenta la tradición económica-productiva de la citada isla egea, pudo ser vino, lo que concuerda con el revestimiento resinoso de algunos ejemplares, aunque no se descartan otras mercancías, como la miel ática, productos que, si tenemos en cuenta la distribución del tipo, se destinan frecuentemente a establecimientos militares⁶¹.

Al igual que señalamos respecto al otro contenedor, también éste goza de una difusión capilar, gracias a su inserción en las rutas mediterráneas y atlánticas. En las posesiones imperiales, su

56 Respectivamente, BASS y VAN DOORNINCK, 1982, p. 156, fig. 8-1; PAROLI, 2003, p. 590; y SAGUI, 1998, p. 318, nota 49.

57 PANELLA, 1993, p. 665, nota 220; y PIERI, 1999, p. 26-27. En este sentido, recientes estudios efectuados sobre los ejemplares del pecio de Yassi Ada, indican la existencia de una precisa estandarización metrológica en función del contenido, ya fuese este aceite, vino rojo o vino blanco (SAGUI, 2001c, p. 287, citando a VAN ALFEN, 1996, p. 189-213). Se ha señalado asimismo, la paulatina pérdida de capacidad que va experimentando el tipo, pasando de los hasta 26 litros que puede alcanzar a principios del siglo V, a entre los 15 y 19 que contendría a mediados de la misma centuria (PIERI, 1999, p. 20).

58 JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2005, p. 153.

59 AZKÁRATE, NÚÑEZ y SOLAUN, 2003, p. 325.

60 *Id.* así, REYNOLDS, 1993, p. 22, plate 92.181; POVEDA NAVARRO, 1996, p. 117-118; GONZÁLEZ BLANCO y AMANTE SÁNCHEZ, 1997, p. 231-239; ROSSELLÓ MESQUIDA, 1995, p. 157; BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 244, fig. 21 y p. 236, tabla 2; y BERNAL y PÉREZ, 2000, p. 130.

61 Sobre estos distintos aspectos, STECKNER, 1989, p. 65; ARTHUR, 1994, p. 435; SAGUI, 1998, p. 315 y 317; e *Idem*, 2001c, p. 287-289; PIERI, 1999, p. 21; y SODINI, 2003, p. 525.

presencia es algo abultada en Cartagena, zona levantina y Málaga, destacando también en las grandes urbes visigodas de la costa mediterránea como Tarragona y Valencia⁶².

También se mantuvo en circulación, al menos hasta el siglo VII, el ánfora LRA 3 / Keay LIV bis, si bien su impacto en *Spania* fue inferior⁶³. Se trata de un ánfora vinaria caracterizada por una arcilla muy micácea y jabonosa, que presenta un cuerpo piriforme acanalado de pequeñas dimensiones, con estrecho cuello troncocónico.

En cuanto a su lugar de procedencia, los análisis petrológicos confirman la existencia de, al menos, tres variantes regionales: la de la región de Kusadasi, la del valle de Kaystros y la del valle del Meandros, donde surgen las ciudades de *Sardis* y Éfeso, y posiblemente alrededores de Mileto. Su escasa capacidad, que no excede los 6/8 litros, hace pensar en que contuviera vino preciado, quizá el *caroenum Maeonium* que aparece en el *edictum pretis* diocleciano, perfumes o ungüentos⁶⁴.

En similares cotas se movería el ánfora LRA 4 / Keay LIV, quizá a causa de su contenido igualmente preciado, que a juicio de algunos autores, pudo ser el célebre vino de Gaza⁶⁵.

Ésta se diferencia del resto de envases orientales por un cuerpo acanalado más largo y estrecho, que acaba en una base formada por la propia inflexión de las paredes. Cuenta con pequeñas asas anulares, cuello apenas diferenciado, y borde caracterizado por aplicaciones de arcilla.

Su presencia en los mercados occidentales se iniciaría a partir de mediados del siglo IV, pero sigue estando representado durante los siglos VI-VII, tanto en *Spania*, en lugares como Cartagena, Málaga o Ceuta, como en su entorno y zona visigoda⁶⁶.

62 Vid. así para su difusión, (Cartagena), RAMALLO ASENSIO *et alii*, 1996, p. 145-146; (Málaga), NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82, fig. 24; (Granada), ADROHER AUROUX *et alii*, 1999, p. 219 y 226; (Alicante), POVEDA NAVARRO, 1996, p. 117-118; (Almería), MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 215; (Valencia), PASCUAL *et alii*, 1997, p. 194, fig. 5, n° 1-14; PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 90; (Gijón), AZKÁRATE, NÚÑEZ y SOLAUN, 2003, p. 325.

63 Su mantenimiento hasta la séptima centuria queda patente a través de la presencia en contextos italianos como el de *Crypta Balbi* (SAGUI, 2001c, p. 289, IL3.152; y PAROLI, 2003, p. 590). En el caso de *Spania*, la encontramos, entre otros sitios, en Cartagena y lugares que se mueven en la órbita de la provincia, como Vistalegre (REYNOLDS, 1993, site 134, p. 71).

64 Sobre las áreas de producción, *vid.* BEZECZKY, 2002, p. 22; y LADSTÄTTER, 2002, p. 50; en torno a los contenidos, KEAY, 1984, p. 287; y PANELLA, 1993, p. 663, nota 213.

65 A este respecto, su fama es exaltada por diversas fuentes, como el hispano Isidoro (*Etym.*, 20, 3, 7). De su calidad, da cuenta el hecho de que incluso esté presente en la misma imperial, como sabemos a través del testimonio de Coripo referente al reinado de Justino II, que nos habla de los «*regios manjares, de los gratos dones de Baco, que provenían de la fértil Sarepta y de Gaza*», cantando las virtudes del «*vino palestino, blanco por su color de nieve y muy ligero por su suave sabor*» (*In laud. Iust.*, III, 90-98). Acerca de su procedencia, si bien se suele situar en torno a Gaza y Askelon, también existen evidencias de su producción en la zona egipcia, principalmente en las cercanías de Alejandría (PANELLA, 1993, p. 664, nota 218; y ARTHUR, 1998, p. 161-162). En cualquier caso, también se han propuesto contenidos alternativos, como el aceite de sésamo o las conservas de pescado (REMOLÀ, 2000, n. 373).

66 Para las evidencias más tempranas de su registro, sobre todo sólidas a partir del siglo V, *vid.* (Marsella), BONIFAY, 1986, p. 281; (Cartago), HAYES, 1976, p. 50; (Cartagena), RUIZ VALDERAS y GARCÍA CANO, 2001, p. 203; (Sant Martí d'Empúries), AQUILUÉ, 1997, p. 86; (Tarragona), REMOLÀ VALLVERDÚ y ABELLÓ I RILEY, 1989, p. 284-285; y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 226-228. Acerca de su documentación en la etapa bizantina, *vid.* (Málaga), BERNAL y PÉREZ, 2000, p. 130; (Ceuta), BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 244; (C. de la Almagra), GONZÁLEZ FERNÁNDEZ; FERNÁNDEZ MATALLANA y CRESPO ROS, 2005, p. 268 y 269; (Alicante), POVEDA NAVARRO, 1996, p. 117-118; (Cataluña), JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 475-478; (Valencia), PASCUAL *et alii*, 1997, p. 194, fig. 5, n° 1-14.

A pesar de continuar en circulación hasta fechas avanzadas, el tipo palestino globular LRA 5 / Keay LXVI, no registra una presencia destacada en *Spania*, de tal forma que incluso en algunos yacimientos, como el barrio de época bizantina de Cartagena, su documentación parece residual. Aparte de la zona bizantina, donde lo encontramos también de forma esporádica en Benalúa o Málaga, tampoco cubre con solidez la costa visigoda, dándose en *Tarraco* de forma discreta. Al parecer, pudo transportar el vino blanco palestino, muy apreciado en época tardoantigua⁶⁷.

Tampoco sabemos prácticamente nada acerca del contenedor egipcio LRA 7, que aunque sigue presente en contextos bizantinos de fecha avanzada, como San Antonino di Perti o *Crypta Balbi*, en la Península se registra poco más que en *Tarraco*. Lo cierto es que, este envase, que transportaba vino producido en el valle medio del Nilo, entre las localidades actuales de Minia y Assiut, no fue objeto de una comercialización consistente fuera de Egipto⁶⁸.

Lo mismo ocurre con el *Samos Cistern Type*, cuya distribución en el Mediterráneo occidental fue escasa, a juzgar por su ausencia en lugares bien abastecidos como el mencionado castro ligur. En el caso de la Península Ibérica, tenemos constancia de su presencia en la zona costera visigoda, como muestra *Tarraco*, pero es poco lo que se sabe para la zona imperial, en donde sólo lo hallamos aisladamente en sus dos principales urbes, *Carthago Spartaria* y *Malaca*⁶⁹.

12.2.3. Ánforas de otras procedencias

Como dijimos, el abastecimiento de *Spania* descansa mayoritariamente en los focos africano y oriental, de tal forma que la presencia de ánforas de otra procedencia es muy reducida. Ocurre así, por ejemplo, con las ánforas itálicas, de forma opuesta a cuanto llevan a pensar las estrechas relaciones en otros campos entre la *Spania* e Italia bizantinas. De este modo, a pesar de que sí está presente durante el siglo V, no nos consta para esta etapa un registro regular del principal contenedor de aquella zona, el tipo Keay LII, procedente de la Italia meridional, que transportó vino quizá comercializado por la Iglesia⁷⁰.

Las ánforas de producción regional/local hispanas no suplantaron el vacío dejado por estas otras mercancías, o los envases sudhispánicos, ya en desaparición en el primer cuarto del siglo VI. La única iniciativa más consistente fue la baleárica, focalizada sobre todo en torno a los tipos

67 Vid. para los distintos lugares, LAÍZ REVERTE y BERROCAL CAPARRÓS, 1991, p. 335-336, lám. 6.1; REYNOLDS, 1993, p. 22, plate 93.203; TIA, 2001, p. 693, tabla 2; y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 228-229. Acerca de su circulación tardía, cabe destacar su registro en contextos de la segunda mitad del siglo VII, como *Crypta Balbi* (SAGUI, 1998, p. 318, fig. 9.1), continuando incluso durante el período islámico temprano (USCATESCU, 2003, p. 547). Sobre su contenido, SAGUI, 2001c, p. 291.

68 Sobre el tipo, SAGUI, 2001c, p. 292; y GAYRAUD, 2003, p. 558. Acerca de los yacimientos mencionados, ZANINI, 1998, p. 301; SAGUI, 2001c, p. 292, II.3.164; y MACÍAS SOLÉ y REMOLÀ VALLVERDU, 2005, p. 126.

69 Para las características del tipo, REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 215. En el caso de Málaga, se registra un probable ejemplar en niveles del siglo VI (NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82, fig. 30). En Cartagena aparece únicamente en los rellenos constructivos del barrio de época bizantina. Sobre su presencia en Roma y *Tarraco*, PAROLI, 2003, p. 590; SAGUI, 2001c, p. 289-290, II.3.153-156; y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 215, fig. 71.4 y 76.8-9; Destaca su ausencia en el arco ligur, MURIALDO, 2001b, p. 302. Se ha señalado, igualmente, su vinculación al abastecimiento estatal, SAGUI, 2001c, p. 289.

70 Sobre este tipo, cuya producción se centra en a zona de Calabria y Sicilia, y se mantiene en circulación hasta el siglo VII avanzado, como muestran contextos como el de *Crypta Balbi*, SAGUI, 2001c, p. 289-293, II.3.165-174. Acerca de su documentación hispana en lugares como Tarragona o Málaga, vid. REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 202-204, fig. 54.10 y 70.5-8; y BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 250.

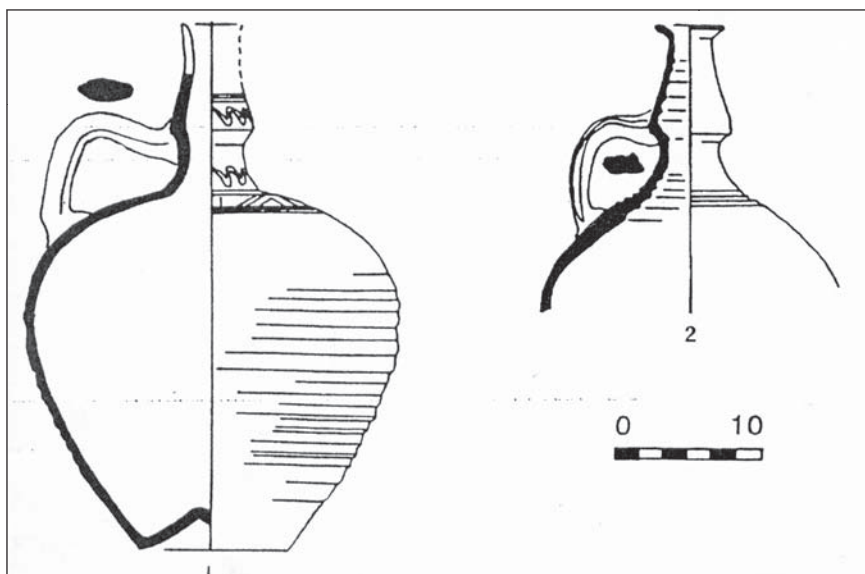


FIGURA 92: *Ánfora ibicenca Keay LXXIX*

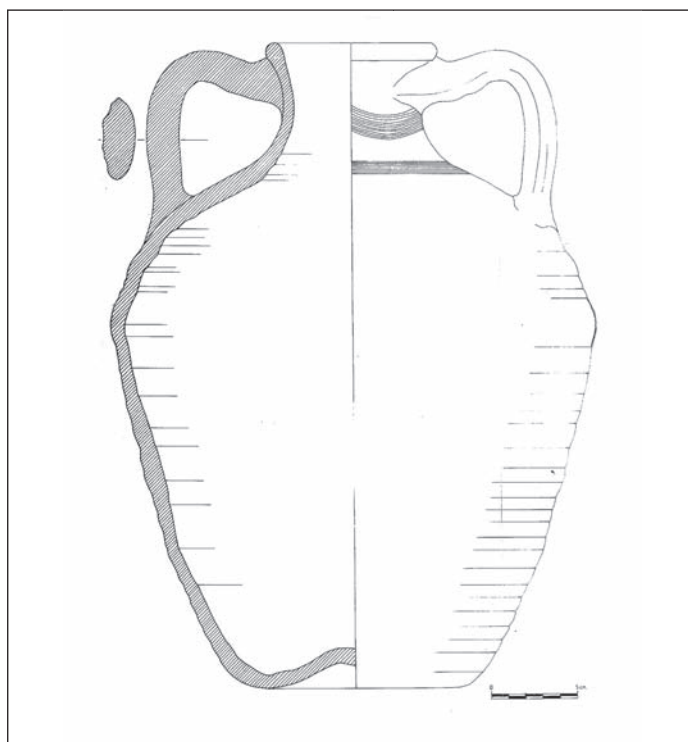


FIGURA 93: *Ánfora de posible manufactura local (CP3648-159-1) recuperada en el nivel de destrucción de la habitación 12 del barrio de época bizantina de Carthago Spartaria*

Keay LXX y LXXIX/RE-0314b (lám. 78, fig. 92), de módulo reducido, por lo que consideran jarras/ánforas⁷¹.

En el caso de *Spania*, no parece que cubriera de forma sólida la Bética, registrándose poco más que en Málaga y su entorno, para centrar su distribución en la costa oriental hispana. En Cartagena se documenta ya en los niveles de la primera mitad del siglo VI, y lo seguirá haciendo, aun de forma modesta, durante toda la etapa bizantina, hasta los niveles de destrucción y abandono del barrio enclavado sobre el teatro⁷².

Se puede hablar de cierto éxito, dado que es objeto de una más amplia exportación, como muestra su presencia en el territorio norteafricano, en Cartago y Sétif, o igualmente en Córcega, concretamente en Castellu. Precisamente, en el ámbito del Tirreno septentrional se localiza en otros puntos como San Antonino di Pertì, Caverna delle Arene Candide, Luni o Génova⁷³.

Aún existe otro envase ebussitano, también de módulo reducido, el tipo Keay LXII, dado tanto en las mismas islas, como en otros lugares peninsulares, sobre todo visigodos, del tipo de Valencia, o *Iluro*, sitio este último donde su documentación experimenta un fuerte incremento a finales del siglo VI⁷⁴.

Con mucha menor envergadura debió contar otro contenedor manufacturado en *Spania*, quizá en el ámbito de *Carthago Spartaria* (lám. 79, fig. 93). Documentado en un principio sólo en los niveles de destrucción del barrio de época bizantina, parece que su producción comenzó antes de la llegada de los *milites*. Morfológicamente, el tipo presenta relación con las ánforas orientales Keay LIII, si bien su composición es distinta. A semejanza de otras producciones cerámicas locales, se caracteriza por la abundante presencia de esquistos, así como también de pequeñas partículas micáceas. Los ejemplares se encuentran decorados a peine, mediante franjas horizontales y onduladas, formando trenzados. Presentan cuerpo de tendencia globular, cuello corto y poco marcado, así como borde exvasado y engrosado⁷⁵. Por ahora, sólo tenemos cons-

71 Mientras que algunos autores mantienen la diferencia tipológica, (REYNOLDS, 1993, p. 130-131, quien las engloba en su ware 4, form 3; y BERNAL CASASOLA, 2000, p. 308-309), considerando zonas de producción diversas, que radicarían en Ibiza y Mallorca, respectivamente, (REYNOLDS, 2003, p. 576); otros apuestan por su asimilación (VILLA, 1994, p. 372, fig. 6.1-3; Murialdo, 2001b, p. 304; y JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2005, p. 154). Sobre su carácter de jarras o ánforas, VEGAS, 1973, p. 99-101; y KEAY, 1984, p. 369-371 y 374, fig. 170. Por lo demás, a pesar de haberse defendido una hipotética producción bética (LUSUARDI y MURIALDO, 1991, p. 123-146), ésta no parece darse (REYNOLDS, 1995, p. 63-64; BERNAL CASASOLA, 2000, p. 309).

72 Acerca de los yacimientos donde se registran estos contenedores baleáricos, (*Pollentia*), REMOLÀ VALL-VERDÚ, 2000, p. 201; (Torreblanca y Málaga), BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 236, tabla 2; NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82-83, fig. 28-29 y fig. 57; TIA, 2001, p. 690; (Montroy, Almería), SIRET, 1906, lám. XXIX; (Cartagena), MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, lám. 5.31,34 y 37; (Los Villares), GARCÍA BLÁNQUEZ y BELLÓN AGUILERA, 2005, p. 360; (Levante), REYNOLDS, 1993, p. 130-131; (Cullera), ROSSELLÓ MESQUIDA, 1995, p. 157; (Valencia), PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 75; (Tarragona), REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 201; (*Iluro*), CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 375, lám. 167, núm. 22-23; (Barcelona), JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2005, p. 153-154.

73 Respectivamente, RILEY, 1981, p. 109, fig. 104; REYNOLDS, 1993, p. 130-131; PERGOLA y VISMARA, 1989, p. 84; y MURIALDO, 2001b, p. 304-305.

74 Sobre el tipo, *vid.* KEAY, 1984, p. 397; habiéndose destacado recientemente una variante norteafricana (PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 95). En cuanto a los yacimientos donde podemos destacar su presencia, COLL CONESA, 1996, p. 396, citando su registro en las variantes A y D; PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 72 y 75, fig. 5, señalando que el tipo K. LXXII aparece tanto a principios como a finales de esta centuria, en tanto que las ánforas similares a dicho tipo, lo hacen a finales del siglo VI y principios del siglo VII; y CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 374-375, lám. 167, núm. 2-21.

75 RAMALLO ASENSIO; RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1997, p. 210, fig. 10.1.



LÁMINA 78: *Ánfora ibicenca Keay LXXIX hallada en el barrio de época bizantina de Cartagena (VV.AA., 2005)*



LÁMINA 79: *Ánforas producidas en el entorno de Carthago Spartaria (VV.AA., 2005)*

tancia de su presencia en la ciudad portuaria, aunque el hecho de que las cerámicas de cocina producidas en ésta se exporten a las Baleares, lleva a pensar en una posible comercialización en esa dirección.

12.3. LA VAJILLA DE MESA

En un momento en el que se produce una marcada simplificación del repertorio de formas, únicamente la pertenencia a la administración bizantina parece garantizar un mayor número de ellas (lám. 80). Fuera de este ámbito político, sólo ciudades mediterráneas cuya sólida demanda sigue atándoles al mercado mediterráneo, gozan de un panorama similar, mientras que el resto de núcleos apenas acceden a algunos de los envases más populares, que incluso se mantienen en uso de forma más dilata, explicando así la aparente residualidad que caracteriza sus contextos⁷⁶.

Por otra parte, otra de las diferencias entre *Spania* y el territorio visigodo radica en el diferente grado de predominio africano, de forma que, si en la primera éste es importante pero acompañado de producciones de otras procedencias, en el segundo es mucho más neto, cuando no exclusivo. En cualquier caso, se trata de fenómenos cuyo origen hay que situar previamente, sirviendo ahora la presencia imperial para modular sus efectos. Todo ello compone un panorama diverso, que contrasta con los modelos de consumo estandarizados que se dan hasta la fecha⁷⁷.

12.3.1. La *Terra Sigillata* Africana D (TSA-D)

Mientras que las formas Hayes 87 A, B y C, Hayes 88, 99, 103, o 104 A, caracterizan el último período del reino vándalo, otro es el repertorio propio del momento de presencia bizantina. En efecto, las formas Hayes 80B/99, 91 C, 99B, 103, 104B en el siglo VI; las 99 C, 104 C, 105, 106, 107, 108, también para este siglo y principios del siglo VII; y las 91 D y 109, muy especialmente para este último, son las producciones de mesa que hallamos en los contextos mediterráneos de estas fechas. Igualmente, aunque no tan difundidas, pertenecen a esta etapa los tipos Hayes 100, 101 y 102 (fig. 94).

Como ya dijimos, sólo las zonas situadas bajo soberanía imperial, pueden acceder a un repertorio más amplio y, de forma especial, a los tipos más tardíos. Lo vemos claramente en el caso de Italia, donde regiones que pasan a manos longobardas, ven suspendido de forma pareja el suministro. Con ello, también se ha hablado de dos Italias ceramológicas, una septentrional y otra bizantina, caracterizadas, respectivamente, por el predominio de la cerámica tosca de

76 Sobre estas pautas, *vid.* TORTORELLA, 1986, p. 211-225; *Idem.*, 1987, p. 279-327; PANELLA, 1993, p. 613-697; GELICHI, 2000a, p. 115-139; AQUILUÉ, 2003; y CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 348. Ambos fenómenos son apreciables en ciudades de entidad modesta del tipo de *Iluro*, donde el repertorio de vajilla se limita con seguridad a los tipos 91 D, 101 y 109, en tanto otros cuya cronología final se sitúa en momentos previos, sea el caso de los tipos 94 y 99 A y B, en las fosas de finales del siglo VI gozan de una representación privilegiada. A propósito del citado «retardo», puede deberse también a otros factores tales como las preferencias del consumidor, como señalan a este respecto, CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 392. En cualquier caso, núcleos de entidad modesta como el gerundense Ciudadella de Roses, siguen presentando algunas de las formas más tardías, como la Hayes 91 D o 109 (JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 470-472).

77 De nuevo, podemos considerar paradigmático el caso de *Iluro*, donde sólo llegan de forma esporádica algunas piezas chipriotas o egipcias, que desaparecen ya a finales del siglo VI. La dinámica, por otra parte, ya se detecta desde el siglo V (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 361). En estos lugares, tampoco la importación de DSP gris suple estas ausencias, pues, parece detenerse ya a mediados del siglo VI (JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 468).

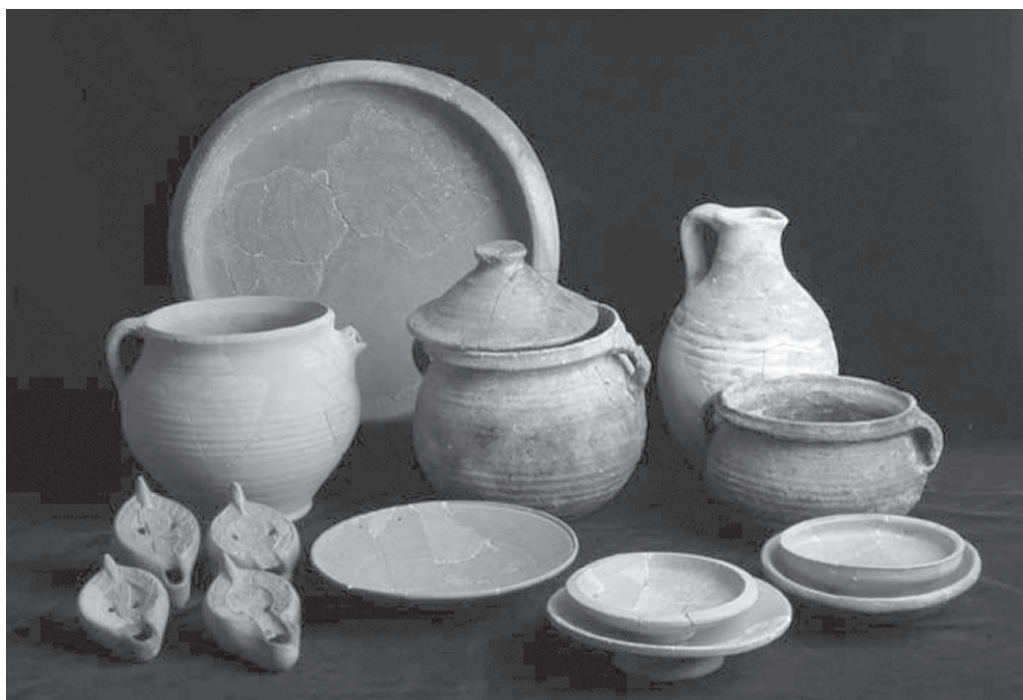


LÁMINA 80: *Principales tipos de la vajilla cerámica presentes en los contextos domésticos cartagenos de época bizantina* (VV.AA., 2005)

producción local en un caso, y por la continuidad de las importaciones y la distribución a media distancia de las manufacturas propias, en otro. En este cuadro marcado por una frontera política que lo es también comercial, las escasas mercancías que superan esas barreras pasan a tener un valor muy superior al original⁷⁸.

En el caso de España, aunque las diferencias no son tan nítidas, si permiten observar comportamientos diversos. De forma genérica, sólo en *Spania* hay algo parecido a los modelos estandarizados propios de épocas anteriores, mientras que en el territorio visigodo encontramos una disparidad de casos, en la que sólo las grandes ciudades pueden acceder al repertorio mencionado. Lo usual, por el contrario, es la ausencia de algunos de los tipos que integran éste, a pesar de que en algunos casos, el abastecimiento anfórico africano sigue siendo importante⁷⁹. En cualquier caso, insistimos, parece pesar más el factor geográfico que el político, de forma que

78 ZANINI, 1998, p. 303-330.

79 En el caso de Iluro, por ejemplo, faltan tipos que son relativamente frecuentes en otros lugares del litoral peninsular, caso de las formas Hayes 99 C, 104 C, 105 o 107 (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 361). En este panorama dispar mientras núcleos reducidos como Ciutadella de Roses cuentan con un repertorio diverso, otros como el de Puig de les Muralles, carece prácticamente de sigillatas (JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 474). Por lo demás, las ausencias se multiplican para el siglo VII, ya incluso en ciudades como Tarragona (MACIAS I SOLÉ y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 493). De forma genérica, acerca de la distribución de la TSA-D en suelo hispano, *vid.* JÁRREGA, 1987, p. 337-344; e *Idem*, 1991; o más recientemente, AQUILUÉ, 1998, p. 11-19; e *Idem*, 2003, p. 11-20.

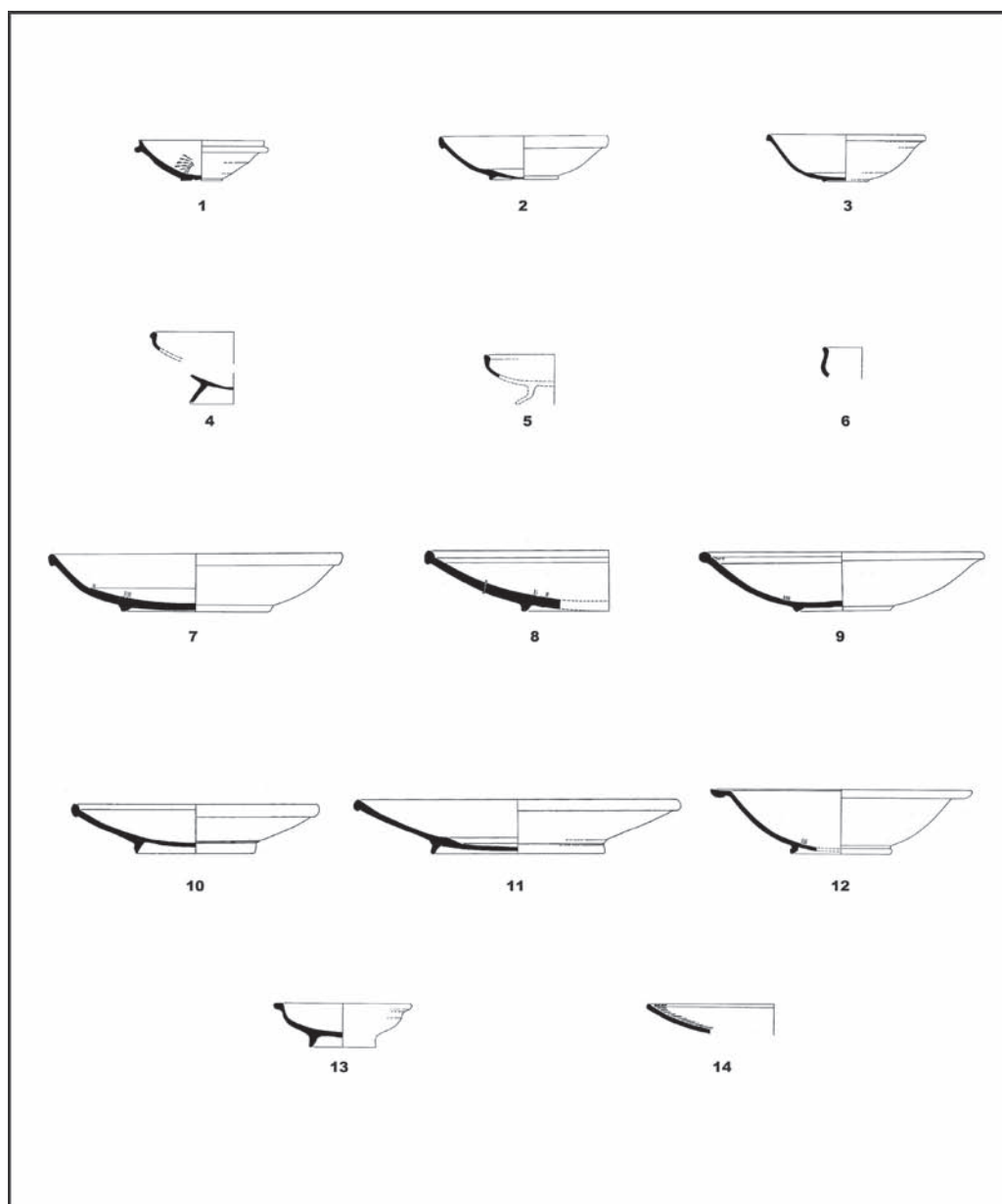


FIGURA 94: Tipos de TSA-D de registro más frecuente en la Spania bizantina (a partir de Hayes, 1972).
 (1) Hayes 91 D. (2) Hayes 99 C. (3) Hayes 80B / 99. (4) Hayes 100. (5) Hayes 101. (6) Hayes 102.
 (7) Hayes 103 B. (8) Hayes 104 A. (9) Hayes 104 C. (10) Hayes 105. (11) Hayes 106. (12) Hayes 107.
 (13) Hayes 108. (14) Hayes 109.

la penetración de la vajilla africana en el interior de la misma provincia bizantina es también débil, por la interrupción de las vías y mecanismos comerciales, o quizás, por el desplazamiento de estos núcleos fuera de las tradicionales vías de comunicación. Recientemente, también se ha propuesto que estas cerámicas no hubieron de viajar necesariamente ligadas a la comercialización de la producción olearia, sino también de la más voluminosa cerealícola⁸⁰.

Comoquiera que sea, para esta vajilla, en estos momentos de dominio bizantino, ya han cesado las producciones de los talleres del sur (categoría E de Carandini, formas 66, 68 y 70 de Hayes), y del sudoeste tunecino («other african wares» de Hayes) en tanto aquellas de los talleres del centro, tenidas como propias del lapso comprendido entre la segunda mitad del siglo V y primer cuarto del siglo VI (categoría C5 de Carandini, formas 82 a 85 de Hayes) podrían persistir en la segunda mitad del siglo VI y primera mitad del siglo VII. Así, las últimas formas que caracterizan el repertorio bizantino se manufacturan sobre todo en Túnez septentrional, no en vano, los talleres cerámicos de Túnez central ven muy mermada su actividad después de la reconquista bizantina de la provincia de Byzacena en el año 533. A este respecto, en estos talleres del Norte cabe destacar junto a El Mahrine y Sidi Khalifa, de apogeo especialmente en el siglo V con las formas Hayes 67 y 88, respectivamente; el taller de Oudna, principalmente activo en los siglos VI y VII, y de cuyas *officinae* saldrá la especialmente difundida Hayes 99. Por cuanto se refiere a su vigencia, se ha señalado que los mencionados talleres de El Mahrine, caracterizados por el empleo de punzones de corazones que encierran una cruz, operan hasta los años 640/660, sin excluir también una producción más reducida, funcional y adaptada a la exigencia regional, hasta los años 680/ 690. Al tiempo, ante la evidencia de que algunas formas típicas de este período, como las formas Hayes 105, 106 y 109, no son originarias de el Mahrine, hemos de considerar que al menos otro centro norteafricano se encuentra activo hasta el siglo VII avanzado. Dicho centro parece radicar en la región entre Oudna, Zagouhan y Thuburbo Maius⁸¹.

En los últimos años, las cronologías se han visto sometidas a revisión, de tal forma que para algunos tipos es necesario considerar períodos de circulación más dilatados, debido a una mayor perduración, o a una aparición más temprana. Ocurre así lo primero con los tipos Hayes 78 u 88, antes considerados previos, y ahora, documentados junto a tipos de cronología claramente bizantina, como las formas 99, 103 B o 104 A, formando parte de la vajilla de a bordo del pecio de La Palud, hundido en la costa francesa a mediados del siglo VI. De forma similar, también se nos plantea el problema opuesto, es decir, la presencia en contextos tempranos de formas tenidas por muy avanzadas, como vemos en Cartagena con los tipos Hayes 105, 107 o 109⁸².

Junto a la reducción del repertorio morfológico, otra de las pautas que marcan esta producción durante los siglos VI-VII, es el empobrecimiento de su decoración, que en su variante estampillada prácticamente desaparece a finales del primer siglo⁸³. Una vez ausente, tan sólo

80 BONIFAY, 2003, esp. p. 113-120; e *Idem*, 2004.

81 Acerca de todo ello, *vid.* MACKENSEN, 1998, p. 26-37; TORTORELLA, 1998, p. 47; BONIFAY, 2003a, p. 563; y AQUILUÉ, 2003, p. 12, fig. 1.

82 Para el caso francés, *vid.* LONG y VOLPE, 1996, p. 1235-1284. También *Iluro* ofrece casos de especial perduración, como ocurre con los cuencos Hayes 94 y 99 A y B, todavía importantes en las fosas de finales del siglo VI (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 360). Proponen otras cronologías, FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 74.

83 Se trata del denominado Estilo E-ii de Hayes, caracterizado por una iconografía cristiana. *Vid.* al respecto, PANELLA, 1989, p. 139; TORTORELLA, 1998, p. 43; y AQUILUÉ, 2003, p. 12-14, fig. 2-3. En el caso del depósito cerámico cartageno, de una quincena de ejemplares decorados, sólo seis han sido producidos en este momento tardío, preferentemente a inicios del siglo VI, y con una vigencia que no excede en mucho la mitad de esta centuria.

perdurará la de tipo espatulado, con motivos vegetales y geométricos, que acabarán limitándose a espirales circulares en el interior, sobre todo, del plato Hayes 109. Igualmente, a los cambios tipológicos y decorativos, se unen otros técnicos, consistentes en una producción más deficiente, cuyo resultado son engobes de mala calidad, pastas poco depuradas, etc.⁸⁴.

En *Spania*, los tipos que integran el repertorio propio de época bizantina llegan normalmente, salvo algunas formas puntuales⁸⁵. Sobresale, a este respecto, el caso de Cartagena (lám. 81), que una vez más, dada la fluidez de los intercambios y cuanto significan de vitalidad económica y estrecha unión con el norte de África, ve así respaldada su carácter de importante centro direccional⁸⁶. De este modo, la otra gran *ciuitas*, *Malaca*, a pesar de contar también con una buena situación, extensible igualmente a su entorno inmediato, caso de los núcleos de Fuengirola o Cártama, no goza de un panorama tan diverso⁸⁷. Interesa detenerse en esto último, pues, como ya señalamos, también la difusión de TSA-D muestra la diversa ocupación en el hinterland de las principales ciudades bizantinas de *Spania*. Así, si en el caso bético es posible señalar el poblamiento para una serie de núcleos que gravitarían en torno a la *ciuitas*, en el Sureste se perfila un marcado acantonamiento urbano. Precisamente por ello, el comportamiento cerámico del territorio lorquino, no excesivamente diferente del de *Carthago Spartaria*, aconsejaría también incluirlo dentro de los dominios de los *milites*⁸⁸.

Obviamente, el otro gran baluarte de la presencia bizantina, las Baleares, también cuenta con un repertorio rico y variado de TSA-D, sobre todo en *Pollentia*, Ibiza y Cabrera, no tanto ya en Menorca⁸⁹.

84 AQUILUÉ, 2003, p. 14, fig. 5.

85 Sobre la difusión, *vid.* JÁRREGA, 1991, a cuya lista añadimos toda otra serie de puntos y formas.

86 Así en la ciudad se cuenta con las formas Hayes 80B/99, 91 C, 91 D, 99, 100, 101, 103, 104 B, 104 C, 105, 106, 107, 108 y 109. *Vid.* al respecto, LAÍZ REVERTE; PÉREZ ADÁN y RUIZ VALDERAS, 1987, p. 281-285; MÉNDEZ ORTIZ, 1988, p. 31-164; LAÍZ REVERTE y BERROCAL CAPARRÓS, 1991, p. 332; ROLDÁN *et alii*, 1991, p. 311; BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 121 y 122; MARÍN BAÑO, 1996, p. 265, fig. 6.5; RAMALLO ASENSIO; RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 142-146; ROLDÁN BERNAL, *et alii*, 1996, p. 245; MARTÍN CAMINO y ROLDÁN BERNAL, 1997a, p. 46; e *Idem*, 1997c, p. 245; ORTIZ MARTÍNEZ, 1997, p. 61; MARÍN BAÑO, 1998, p. 225; RUIZ VALDERAS, 1998, p. 235; MADRID BALANZA; MURCIA MUÑOZ y SANTAELLA PASCUAL, 2000, p. 352-5; RAMALLO ASENSIO y RUIZ VALDERAS, 2000, p. 312; MARTÍNEZ ANDREU y VIDAL NIETO, 2005, p. 124-128.

87 En el caso de la *civitas*, entre los tipos más tardíos podemos citar las formas Hayes 103, 104 B y 107 (SERRANO, 1986-87, p. 209-210; PERAL BEJARANO, 2006, p. 224). En Fuengirola, el repertorio cubre las formas Hayes 80B/99, 91C, 104B, 105 o 107 (HIRALDO AGUILAR, MARTÍN RUIZ, y SÁNCHEZ BANDERA, 2001, p. 735). Para Cártama o Ronda, en cambio, el panorama es algo más pobre, pues, si en la primera destacan las formas Hayes 80B/99 o 91D, en la segunda lo hace tan sólo la 91 D (AGUAYO, CASTAÑO y PADIAL, 2001, p. 783-787). Otros lugares, como Estepona, también registran estos envases (BEJARANO FERNÁNDEZ y PEÑALOSA BEJARANO, 2001, p. 712).

88 Ya en el cerro del Castillo o en algunos de los puntos de ocupación en altura, el panorama es bastante rico, estando presentes las formas Hayes 91 C, 91 D, 103, 104 B, 105, 107, 108 y 109 (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2000, p. 201-203 y tabla 3).

89 Para la primera, encontramos así las formas Hayes 80B/99, 91 C, 91 D, 103, 104B, 104 C, 105 o 106 (GUMÀ, RIERA y TORRES, 1997, p. 251). Para el resto de la isla, *vid.* COLL CONESA, 1996, p. 396; y ULBERT y ORFILA PONS, 2002, p. 275 y RIERA, 2005, p. 197. En el caso de Ibiza, destacan los tipos Hayes 80B/99, 91 C, 91 D, 103, 104B, 104 C, 105 o 106. Sorprende el rico panorama de Cabrera, que respalda la ocupación de la isla, sobre todo en un momento avanzado (Hayes 91 D, 100, 103, 104 B, 104 C, 105, 107, 108, 109), como recoge Riera, 2005, p. 197. Sobre Menorca, en cambio, los datos son más exiguos.



LÁMINA 81: Fuente Hayes 105, cuenco Hayes 99 y copa Hayes 101 hallados en el barrio de época bizantina de Cartagena (VV.AA., 2005)

Otro tanto podemos decir respecto a *Septem*, en la que no falta prácticamente ninguna de las formas más tardías. En su ámbito, en el *fretum gaditanum*, el caso de Belo prueba igualmente la vitalidad del área⁹⁰.

Saliendo de los grandes focos, a pesar de que la ocupación en el territorio alicantino no parece ser especialmente destacada para estos momentos, la importación de *sigillata* es igualmente intensa, sobre todo en el caso de Benalúa y Monte Benacantil, pero también otros núcleos como el cerro oriolano de San Miguel o Jávea⁹¹.

Algo similar vemos en el territorio almeriense, en el que, pese a no situarse ninguna gran *civitas*, pues hasta las sedes de *Baria* o *Urci* no parecen contar con gran pulso, la presencia de la vajilla de mesa norteafricana es destacada⁹².

Para la zona visigoda, salvando los casos de *Barcino*, *Tarraco* o *Valentia*, la documentación es esporádica, limitada a alguno de los tipos más populares, pero siempre con una escasa muestra.

90 Así en *Septem*, se documentan las formas Hayes 91C, 91D, 101, 104B, 105, 107, 108 y 109 (BERNAL y PÉREZ, 2000, p. 129). En el caso de Belo, el panorama es similar (Hayes 80B/99, 91C, 103, 105, 106, 107, 109), como recoge JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 1991, p. 52.

91 En conjunto, se dan así las formas 91C, 91 D, 100, 101, 103, 104 B, 104 C, 105, 106 o 107 (REYNOLDS, 1987, fig. 92, 616; *Idem*, 1993, p. 22; GUTIÉRREZ LLORET, 1996a, p. 363 y 386; TRELIS MARTÍ y MOLINA MAS, 2003, p. 185-190; LARA *et alii*, 2007).

92 Así, los tipos 80B/99, 91C, 91 D, 100, 103, 104B, 105 y 107 (GARCÍA LÓPEZ, 1990, p. 40; OLMO ENCISO, 1992, p. 192; MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 215; CARA BARRIONUEVO, e.p.).

12.3.2. Otras cerámicas finas de mesa

Junto a los grandes fletes de aceite o vino, las bodegas de las naves onerarias también albergaban otros tipos de vasijas cerámicas, tanto para rentabilizar el viaje, como para estabilizar la carga, dotando de lastre adicional al barco. En este sentido, al compás de la comercialización de ánforas orientales, si bien en un porcentaje inferior a éstas, también llegan toda una serie de producciones de vajilla de mesa de procedencia oriental. Entre ellas, se encuentra la *Late Roman C* o Sigillata Focense, cuyo apogeo se sitúa sobre todo hasta mediados del siglo VI, momento tras el que en Occidente sólo adquiere importancia la forma 10⁹³. En *Spania*, tras la activa difusión de la forma 3 en el período previo, y, en menor medida, de la 4 o 5, la 10 se documenta en el nivel de destrucción del barrio cartagenero, en Alicante y Punta de l'Arenal de Jávea⁹⁴.

Una dinámica similar presenta la *Late Roman D* o Sigillata Chipriota, también ampliamente difundida en el siglo V, con la forma 2, y ya de forma más reducida en nuestra etapa, con los tipos Hayes 9A o B, dados en Benalúa y algún otro lugar de la costa visigoda como Valencia o Iluro⁹⁵.

La misma tónica, si bien en este caso acentuando su escasez para el siglo VI, sigue la sigillata egipcia⁹⁶.

Apenas sabemos nada de otras producciones orientales, como el *Fine Byzantine Ware*, que al parecer se movió en cantidades mínimas, casi excepcionales, de tal forma que su documentación es esporádica⁹⁷.

12.4. LAS LUCERNAS

También a partir de este tipo de materiales podemos caracterizar la zona imperial, no tan solo respecto al vecino territorio visigodo, sino incluso dentro de los contextos bizantinos de ámbito occidental. Por cuanto se refiere a este segundo aspecto, llama la atención el hecho de que aquí los ejemplares se limiten casi exclusivamente a los tipos africanos, en tanto que, por ejemplo en Italia, encontramos un vasto panorama tipológico, que incluye especialmente una amplia gama de producciones propias. Así, a pesar de que alguna de éstas, como las sicilianas

93 Para esta producción de la región de Focea, que cuenta con numerosos centros alrededor de Esmirna, *vid.* HAYES, 1980, p. LIX; y SODINI, 2000b, p. 181. Acerca de su presencia en Italia, MARTIN, 1998, p. 109-122; y PAROLI, 2003, p. 591.

94 *Vid.* respectivamente, RAMALLO ASENSIO, RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1997, p. 213; REYNOLDS, 1987, p. 112; *Idem*, 1993, p. 22; y JÁRREGA, 1991, p. 78ss.

95 *Vid.* así, REYNOLDS, 1993, p. 22; PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 86, fig. 14.3; y JÁRREGA DOMÍNGUEZ y CLARIANA ROIG, 1994, p. 333-337.

96 En el caso de Cartagena, la encontramos así en un vertedero que debe situarse en torno a finales del siglo V o primeros momentos del siglo VI (AMANTE SÁNCHEZ y PÉREZ BONET, 1995, p. 521-532). Para la zona visigoda, también se trata de una producción sobre todo ceñida al siglo V, como vemos en Mataró, JÁRREGA DOMÍNGUEZ y CLARIANA ROIG, 1994, p. 333-337; y JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 474.

97 Se ha señalado para Valencia o El Monastil, *vid.* así, respectivamente, ROSSELLÓ MESQUIDA, 1992, p. 223-226; y REYNOLDS, 1993, p. 118, pl. 36.92.

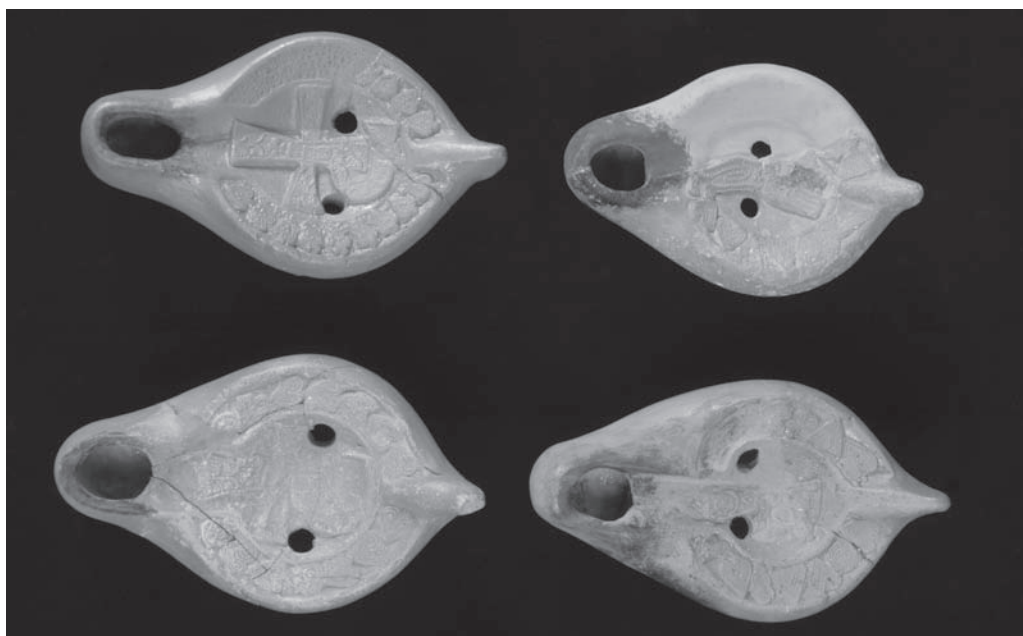


LÁMINA 82: *Lucernas norteafricanas Atlante XA1a halladas en el barrio de época bizantina de Cartagena (VV.AA., 2005)*

denominadas «de rosario», son objeto de exportación, documentándose en Cartago durante el siglo VII, no nos consta que circulen por *Spania*⁹⁸.

Otro tanto podemos decir respecto a las denominadas «lámparas vándalas», o las lucernas orientales, que se registran habitualmente en los contextos norteafricanos de época bizantina, mientras que en *Spania* sólo parecen hacerlo tenuemente antes del desembarco imperial⁹⁹.

En las posesiones bizantinas hispanas, por el momento, sólo se documentan ejemplares tunecinos, sobre todo de la forma «Africana Clásica» (Hayes II B/ Atlante X A 1 a/ Serie 6.1.1.1) (lám. 82), que se mantiene hasta el siglo VII, como muestra su presencia en contextos de Cartago o Roma¹⁰⁰. Estas lucernas se manufacturan en la *Byzacena*, quizá en la misma Cartago y en El Mahrine¹⁰¹. Su morfología es bastante uniforme, caracterizándose por presentar

98 Acerca del panorama hispano, es revelador el trabajo de MODRZEWSKA, 1988, p. 25-58, señalando la procedencia desconocida, muy probablemente foránea, de las lucernas orientales depositadas en el M.A.N. de Madrid. Contrasta el panorama con el italiano, como recoge PAROLI, 2003, p. 592. En cuanto a las lucernas «de rosario», son incluso uno de los ítems materiales característicos de la presencia bizantina en Italia, como señala ZANINI, 1998, p. 300. Para su registro en Cartago, *vid.* BONIFAY, 2003a, p. 566.

99 Sobre ambas producciones, BONIFAY, 2003a, p. 566, fig. 4.27. Para el caso hispano, se han registrado lucernas licias en Alicante (Bayley Q3339) y quizá sirio-palestinas, en un contexto de principios del siglo VI de Carteia. *Vid.* así respectivamente, REYNOLDS, 2003, p. 578, fig. 2.7; y BERNAL *et alii*, 2003, p. 174. Un ejemplar problemático es el bilichne de Cerro Muriano, quizá oriental, cuando no producción local (MODRZEWSKA, 1988, n° 52, p. 33 y 55).

100 Seguimos la sistematización de HAYES, 1972; ATLANTE 1981, p. 200 y BARBERA y PETRIAGGI, 1993. Acerca de su cronología, también es significativo su registro entre los materiales del castro ligur de San Antonino di Pertí, del siglo VII (PAVOLINI, 1998, p. 131; y BERTOLOTI, MURIALDO y PARODI, 2001, p. 458).

101 SODINI, 2000b, p. 181; y BERTOLOTI, MURIALDO, PARODI, 2001, p. 458.

depósito redondeado, con canal abierto y estrecho, pico de tendencia circular, así como asa maciza proyectada hacia atrás, unida a través de una nervadura, con el pie en anillo. En todos los casos, encontramos una profusa ornamentación, dispuesta tanto en el margo, como también en el disco, si bien tampoco la base escapa de alojar algún carácter. En cuanto a superficie y pasta, suelen ser de color anaranjado, variando en intensidad, de tal forma que, a veces, también se muestran más rojizas.

Del éxito del tipo, da cuenta el surgimiento de copias, o la intensa difusión más allá de *Spania*, cubriendo la costa visigoda, en ciudades como *Tarraco* o *Barcino*, y núcleos de menor envergadura del tipo de Puig Rom¹⁰².

Hay un amplio repertorio de motivos decorativos, que se puede dividir en seis grupos fundamentales: geométricos y estilizaciones; fitomorfos; objetos y símbolos; animales; bustos y figuras humanas; y escenas narrativas y simbólicas. Algunos de ellos son privativos de uno de los dos campos de la lucerna donde se plasma la decoración, disco y margo, si bien en otras ocasiones, existe una identidad de motivos.

En el caso del barrio de época bizantina de *Carthago Spartaria*, para el disco los objetos y símbolos de carácter cristiano son mayoritarios, registrándose cruces simples, cruces monogramáticas, mas no así crismones (fig. 95)¹⁰³.

Dentro del primer grupo, debemos destacar los bellos ejemplares de cruces ornamentadas en su interior (CP 6054-146-1, y probablemente, CP 6023-146-5), donde, junto a círculos concéntricos de diverso tamaño, y algún rombo, una serie de medallones contenidos en el brazo vertical de la cruz, desarrollan el tema del *Agnus Dei*, correspondiente al motivo Barbera-Petriaggi 212, documentado a partir de finales del siglo V, y de forma muy especial en nuestro período de estudio, habiéndose ligado su representación con una cruz de la época de Justino II (565-578)¹⁰⁴. En uno de éstos, la composición se enriquece mediante el añadido de un motivo coriforme al pie de la cruz (Barbera-Petriaggi 35), así como sendas hederas perladas (Barbera-Petriaggi 123), flanqueando el brazo vertical de ésta, en su campo superior.

Otras veces, las cruces latinas son más simples, caso de un ejemplar de brazos verticales expandidos (CP 4698-146-1), también con motivo coriforme inferior, para el que no podemos encontrar claro referente tipológico. Únicamente la presencia de aspas en sus brazos, lo asemeja al motivo 317 de Hayes, propio de los estilos E(i) y (ii), mas, como decimos, tampoco se trata de un paralelo exacto.

En el caso de las cruces monogramáticas, las piezas cartageneras repiten dos modelos. Por un lado, hallamos muy especialmente (CP 6023-146-1; 6052-146-2; 6061-146-1), el que se decora interiormente a través de tallos de vid y alguna cruz, remarcando también el significado cristiano (Barbera-Petriaggi 210 A). Se trata de un modelo extendido a partir de finales del siglo V. Por otro lado, parece ser minoritario el caso de aquellas otras cruces monogramáticas, con decoración únicamente de tipo geométrico, ya losanges perladas tipo Barbera-Petriaggi 210 E (CP 5315-146-1), ya círculos concéntricos en la línea del tipo Barbera-Petriaggi 210 C (CP 6085-146-1).

102 Sobre las copias, BERNAL CASASOLA, 1999; en cuanto a su distribución por la zona visigoda, JÁRREGA DOMÍNGUEZ, 2000, p. 474-475.

103 Para los restantes ejemplares cartageneros, *vid.* entre otros, LAÍZ y RUIZ, 1990, p. 592-593; MARTÍN y ROLDÁN, 1990, p. 594-595; y PÉREZ ADÁN, 1990, p. 596-597.

104 PAZ PERALTA, 2003, p. 48-49, citando a ENNABLI, 1976, p. 26 y 208-210, n°1054-1068; lám. LVII, 1054.

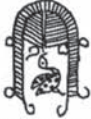
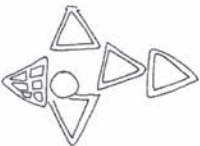
OBJETOS Y SÍMBOLOS	CRUCES SIMPLES	 CP 6054-146-1 (Barbera-Petriaggi 212)	 CP 6023-146-5 (Barbera-Petriaggi 212)	 CP 4698-146-1 Sim. Hayes 317 E(i) y (ii)	
	CRUCES MONOGRAMÁTICAS	 CP 6023-146-1 (Barbera-Petriaggi 210 A)	 CP 6052-146-2 (Barbera-Petriaggi 212)	 CP 5315-146-1 (Barbera-Petriaggi 210 E)	 CP 6085-146-1 (Barbera-Petriaggi 210 C)
ESCENAS NARRATIVAS	CINEGÉTICA	 CP 4765-146-1			
FIGURAS HUMANAS		 CP 4357-146-1 Hayes 234 d estilo E(ii)	 CP 5137-146-1 Sim. Hayes 228 estilo E(ii)		
FIGURAS ANIMALES		 CP 3671-146-1 (Barbera-Petriaggi 327 A y B)	 CP 3161-146-1	 CP 6064-146-1	 CP 5209-146-1
GEOMÉTRICA		 CP 6058-146-1 (Barbera-Petriaggi 14 A)	 CP 6064-146-3		

FIGURA 95: Motivos empleados en la decoración del disco de las lucernas documentadas en el barrio de época bizantina de Cartagena

Si en otros lugares de *Spania*, como *Ilici*, localizamos escenas narrativas y simbólicas de signo cristiano, como es el caso del sacrificio de Isaac, en Cartagena tales escenas no presentan tal carácter, reduciéndose a temáticas de índole cinegética (CP 4765-146-1)¹⁰⁵.

Ese carácter cristiano sí es posible intuirlo en otros dos grupos, el de las figuras humanas y el de las animales, que en el primer caso se dan fuera de nuestra etapa¹⁰⁶. Entre los segundos, contamos con peces (CP 3671-146-1), motivos Barbera-Petriaggi 327 A y B, caros a la iconografía cristiana en tanto aluden al nombre de Cristo y a los sacramentos de bautismo y eucaristía. Igualmente, no faltan palomas (CP 3161-146-1), leones (CP 6064-146-1), quizá alusión a Judá, hijo de Jacob, padre de las doce tribus de Israel (Gn 49, 1.8-12); u otros felinos (CP 5209-146-1). Para todos estos, su ejecución esquemática impide una clara clasificación tipológica.

Ya por último, cierra la decoración del disco, el grupo caracterizado por los motivos geométricos o vegetales. Entre los primeros, podemos destacar aquellos que forman una estrella de cuatro puntas, a partir de triángulos decorados, flanqueando el orificio central del disco. Éstos pueden ser de dos tipos, bien el usual de triángulo gemado motivo Barbera-Petriaggi 14 A (CP 6058-146-1 y 2) bien el más extraño de triángulo con división interna a través de rejilla generadora de más campos (CP 6064-146-3). Para éste último no hemos podido encontrar un claro referente. En cualquier caso, parece ser una decoración propia del tipo Atlante X tardío, en su variante estampada, que se data a partir de finales del siglo VI¹⁰⁷.

Por cuanto se refiere a los motivos fitomorfos, para esta etapa se encuentran prácticamente ausentes.

Si ya de por sí es diversa la decoración del disco, aún lo es más la que decora el margo (fig. 96). Las lucernas de Cartagena muestran tanto un solo motivo como varios de ellos, y de diferente índole.

En este registro dominan los motivos vegetales, sobre todo las rosetas cuadripétalas Barbera-Petriaggi 107 A, o las hojas de hiedra, con su variante coriforme gemada con volutas internas (Barbera-Petriaggi 123), y aquella otra no gemada, pero sí dotada de volutas en el interior (Barbera-Petriaggi 124), que a veces alternan en una misma serie.

Los restantes motivos fitomorfos se documentan sólo en muy reducido número, como la palmeta de cinco lóbulos Barbera-Petriaggi 111 (CP 6020-146-1) o la roseta hexapétala Barbera-Petriaggi 108 (CP 6085-146-2); y aún otras heptapétala (CP 6023-146-3) y octopétalas (CP 4482-146-1; 6023-146-3), para las que es difícil la adscripción, si bien en el último caso, se encuentran en la línea del motivo Hayes 59, en el estilo E(ii), acorde con la cronología de nuestras piezas.

Por cuanto se refiere a los motivos geométricos, son igualmente numerosos, a veces incluso prestándose a una combinación, como vemos en el caso de los círculos que contienen rosetas similares al motivo Barbera-Petriaggi 8 (CP 4733-146-1).

105 Sobre el ejemplar alicantino, VV.AA., 2004, p. 287. en cuanto al motivo cartageno, corresponde al estudiado por PONSICH, 1961, nº 383, citado por VILLAYERDE VEGA, 2001, fig. 12.1.

106 Es el caso de una figura de santón con báculo cruciforme, similar al motivo 234 D del estilo E (ii) de Hayes, datado en el segundo cuarto del siglo VI. Un ejemplar semejante se documenta en El Zambo (GUTIÉRREZ LLORET, 1996a, fig. 386). Otro ejemplar (CP 5137-146-1), recuperado en el relleno de un pozo moderno, muestra un soldado en la línea del motivo 228 de Hayes, estilo E (ii).

107 BONIFAY, 2004, p. 410-413, fig. 230.7 y 8, incluyéndola como lámpara tipo 69.

FITOMORFA		ROSETA HEXAPÉTALA Barb-Petr. 108 CP6085-146-2		ROSETA HEPTAPÉTALA CP6023-146-3		ROSETA OCTOPÉTALA S. Barb. 59 E(ii) CP4482-146-1		HIEDRA CORIFORME GEMADA Barbera-Petriaggi 123 (CP 6058; 5315; 6061)		HIEDRA CORIF. DE VOLUTAS Barbera-Petriaggi 124 (CP 6054; 6085; 6061)		PALMETA Barb-Petr. 111 CP6020-146-1
		CORIFORME DE VOLUTAS Barbera-Petriaggi 38 (CP 6023; 4733; 5131; 6023-2)		CORIFORME CON V. Barb-Petr. 35 (CP4845-146-1)		CORIFORME PERFILADO Barb-Petr. 37 CP 6052-146-2		CÍRCULO CON ROSETA S. Barb-Petr. 8 CP4733-146-1				
GEOMÉTRICA		CÍRCULOS CONCÉNTRICOS Barbera-Petriaggi 1 (CP 4698; 6020)		TRIÁNGULO MULTIPLE Barb-Petr. 11 CP6052-146-1		TRIÁNGULO CON CRUZ CP6064-146-1		TRIÁNGULO CON REJILLA CP4698-146-1		TRIÁNGULO MÚLTIPLE GEMADO S. Barbera-Petriaggi 14 A y 16 (CP4845; 6054; 6058)		
		LIEBRE Barbera-Petriaggi 306B y 307B		CORDERO S. Barb-Petr. 112 CP6059-146-1		PALOMA CP 3656; 3664; 4712; 5137						
Zoomorfa		CRUZ LATINA CP 4442-146-1		JARRA CON PIE Barb-Petr. 201B CP6054-146-1								
Objetos y Símbolos												

FIGURA 96: Motivos empleados en la decoración del margo de las lucernas documentadas en el barrio de época bizantina de Cartagena

Precisamente, es un motivo geométrico muy similar a otro vegetal, el coriforme, tan cercano a la hiedra, el que detenta la primacía. Éste se registra bajo muy diversas variantes, sobre todo con volutas internas, correspondiendo al motivo Barbera-Petriaggi 38 (CP 4733-146-1; 5131-146-1; 6020-146-1; 6023-146-1); y en menor medida, con su campo gemado, como el motivo Barbera-Petriaggi 36 (CP 6058-146-2), documentado también con V inscrita en la variante 35 (CP 4845-146-1; 6054-146-1); o de forma simple, mas con doble perfil, en la 37 (CP 6052-146-2).

También destacan muy especialmente los círculos concéntricos, presentes en diverso número como variantes del motivo Barbera-Petriaggi 1, que encontramos de forma frecuente (CP 4698-146-1; 6020-146-1; 6054-146-1; 6085-146-3).

Por cuanto se refiere a los triángulos, se documentan tanto los múltiples simples, similares al motivo Barbera-Petriaggi 17 (CP 4698-146-1; 6052-146-2); como también aquellos otros múltiples, pero gemados, asimilados a los tipos Barbera-Petriaggi 14 A y 16 (CP 4845-146-1; 6054-146-1; 6058-146-1). Igualmente, no faltan otros para los que es más difícil una adscripción, sea el caso de los dotados únicamente de borde (CP 6064-146-1), o aquellos otros que estructuran su cuerpo ya a través de cruz interna (CP 6064-146-1), ya a través de rayas horizontales (CP 4698-146-1).

En el apartado de representaciones zoomorfas, el repertorio tampoco es muy diversificado, limitándose a tres especies: la liebre representada a la carrera, que aquí encontramos en sus variantes Barbera-Petriaggi 306b (CP 6054-146-1) y 307b (CP 6058-146-1); el *Agnus Dei* inserto en medallón (CP 6059-146-1), o la paloma (CP 3656-146-1; 3664-146-1; 4712-146-1; 5137-146-1) sin que sea fácil adscribirlas a motivo específico alguno.

Y como no podía ser de otra manera, también ese carácter cristiano planea sobre el otro grupo decorativo, el de los objetos y símbolos, que son tanto cruces latinas de brazos expandidos (CP 4442-146-1), como jarras sobre pie motivo Barbera-Petriaggi 201 B (CP 6054-146-1), quizá alusivas al agua o el vino tan presentes en la liturgia cristiana.

Comoquiera que sea, se ha señalado la conexión entre la decoración estampillada propia de los servicios de mesa realizados en *Terra sigillata* Africana, y estos motivos en relieve presentes en las lucernas. De hecho, se admite que ambos hubieron de ser producidos en las mismas *officinae*, en tanto la mayoría de los centros de producción de *sigillata D*, ha restituido tanto cerámicas finas, como lucernas y sus correspondientes moldes.

En otro orden de cosas, debemos destacar la documentación en *Carteia* de un molde para la ejecución de lucernas *bilychnes* que, dotado de caracteres griegos, se considera perteneciente a esta etapa. Por lo demás, tampoco falta alguna pieza singular, de datación amplia, sea el caso del *polycandelon* hallado en *Ilici*, y datado entre los siglos V-VI¹⁰⁸.

12.5. LOS LATE ROMAN UNGUENTARIA

Dentro de la denominación de *late Roman unguentaria*, se agrupan distintas producciones datadas entre los siglos V y VII que, a pesar de contar con características comunes como su morfología ahusada y su procedencia oriental, resultan ciertamente diversas. Es por ello por lo que la investigación reciente ha individualizado tres tipos distintos: la *early Byzantine ampulla*, que correspondería a la variante tradicional reconocida por J.W. Hayes; la *Ephesian early*

108 Respectivamente, BERNAL CASASOLA, 2003a, p. 48; y VV.AA., 2004, p. 287.

Byzantine ampulla, que recoge el *late Roman unguentarium type B* de J.A. Riley, caracterizado por su pasta altamente micácea; y el *Ephesian early Byzantine amphoriskos*, correspondiente al *Unguentarium M 369* de la tipología de H. Robinson¹⁰⁹.

Si para las restantes categorías cerámicas, su exhaustivo conocimiento nos ha llevado a ser escuetos en su tratamiento, en el caso de estos ungüentarios, consideramos pertinente una mayor profundización. No en vano, como veremos, dentro del patrón cerámico se convierten en uno de los más claros ítems de la presencia bizantina en suelo hispano¹¹⁰.

En España conocemos bien el primer tipo, y muy poco el último. Así, sobre éste sólo nos consta la aparición de un ejemplar (CP 6062-178-1), en el barrio de época bizantina de Cartagena, asociado a las formas de vajilla norteafricana Hayes 80B/99, 100 y 109, así como a las ánforas Keay XXXII, XXVI, LRA 1 / Keay LIII y LRA 5 / Keay LXV.

Uno de sus principales rasgos diferenciadores radica en el pivote, ya que en si en la *Early Byzantine ampulla* éste suele presentar forma ahusada, con una terminación mayoritariamente apuntada, o a lo sumo con una pequeña base que permite una precaria estabilidad, aquí se configura como pie de cierto desarrollo (c.10 cm), que permite la sustentación (lám. 83). Dicho pie, frente al resto del recipiente, ha sido trabajado a mano, circunstancia que se advierte en el achatamiento de dos de sus lados, conducente a la ejecución de la base, de morfología final acorazonada, así como plano recto y no inclinado como suele ocurrir en los otros tipos de ungüentarios. El estado de conservación de la pieza nos priva, en cambio, de constatar algunos de los otros atributos morfológicos que le son propios a este tipo, sea el caso del hombro pronunciado, o el cuello estrecho y largo. En cualquier caso, otra diferencia respecto al tipo más extendido viene dada también por el fuerte torneado de la pieza, no sólo marcado en el interior como ocurre en aquel, sino igualmente de forma llamativa en la superficie externa. Por lo demás, ambos tipos comparten una fabricación que no tiene en cuenta la estética final, de tal forma que también aquí son frecuentes las irregularidades, especialmente en la forma de rugosidades o depresiones digitadas.

Respecto a la arcilla empleada, a diferencia de aquella en la que está fabricada el tipo de *Early Byzantine ampulla*, se muestra menos depurada, con una serie de rasgos que la asimilan a la utilizada en la manufactura del tipo anfórico LRA 3 / Keay LIV bis, también de torneado similar¹¹¹. En efecto, se trata de una arcilla de coloración marronácea, altamente micácea, con inclusiones de pequeño tamaño pero frecuencia alta, acompañadas de ocasionales partículas de moscovita o calcáreas, también de tamaño moderado. Cabe destacar, igualmente, la presencia de vacuolas tanto en superficie como en pasta, que dejan entrever desaparecidos desgrasantes de naturaleza orgánica. Otras características que asemejan esta producción al mencionado tipo

109 Sobre los trabajos originales, respectivamente, HAYES, 1971; RILEY, 1975, p. 37; y ROBINSON, 1959, p. 118, pl.34. Acerca de la nueva propuesta, LOCHNER *et alii*, 2005.

110 En este sentido, remitimos a un trabajo reciente (VIZCAÍNO y PÉREZ, 2008), del que aquí extraemos algunas ideas, para un estudio más detallado, incluyendo el catálogo de piezas con su correspondiente análisis cerámico y, en el caso de los ejemplares sellados, también paleográfico. A este respecto, queremos agradecer a la Dra. Inmaculada Pérez Martín, investigadora científica del ILC, CCHS, CSIC, su encomiable participación en el estudio de estas piezas.

111 Es la forma 3 de FULFORD y PEACOCK (1984, p. 22): «*This ware is highly distinctive as it is usually thin and deep red-brown (5YR 5/4 or 2.5YR 5/4) with a distinct lamination imparted by an abundance of mica. Thin sectioning reveals a groundmass of anisotropic red-brown clay with scatter of fine quartz grains (0,05 mm across). In it are set abundant larger (0,1 mm) quartz grains, fragments of metamorphic quartzite and rarer quartz-muscovite-schist. Flecks of muscovite and biotite mica are scattered liberally throughout*».



LÁMINA 83: *Ephesian early Byzantine amphoriskos* hallado en la habitación nº 30 del barrio de época bizantina de Cartagena

anfórico, residen tanto en el aspecto ligeramente oleaginoso de la superficie, como en la fractura laminada de su pasta. Respecto a la primera, como parece ser propio de los *Ephesian Early Byzantine amphoriskoi*, no hay resto alguno de engobe, a diferencia de cuanto ocurre con la *Early Byzantine ampulla*, donde éste es omnipresente en al menos el tercio superior de su cuerpo. De la misma forma, las diferencias vuelven a afirmarse en lo relativo a la pasta, aquí no sólo laminada frente al aspecto diluido de las mencionadas ampollas protobizantinas, sino igualmente monócroma de coloración marronácea fruto de una cocción oxidante, y no así alterna o mixta como suele ocurrir en aquellas.

Dimensionalmente, la pieza cartagenera puede adscribirse al tipo estándar de anforisco protobizantino producido en Éfeso. En este sentido, a pesar de que conservamos únicamente la parte inferior de éste, se puede estimar una altura de c. 20 cm, con una capacidad de circa 150 ml., que le encuadran en la variante más abundante de empleo doméstico, y no así, a la más grande utilizada al parecer sólo para transporte¹¹².

112 LOCHNER, SAUER y LINKE, 2005, p. 650; y METAXAS, 2005, KatNr. 228, taf.3.9.

La difusión limitada de estos envases, así como su reducida capacidad, dejan ver la contención de una mercancía preciada. A este respecto, los análisis de los residuos que conservaban algunos de estos ungüentarios, muestran la presencia de una resina de pino, la colofonia, que podría haber impermeabilizado el envase, para conservar así, aceites y esencias¹¹³.

El tipo se produciría quizá ya desde el siglo V, pero muy especialmente en la siguiente centuria y comienzos del siglo VII, fechas acordes con las del contexto en el que apareció la pieza cartagenera.

Con el hallazgo de esta pieza hispana, se amplía el mapa de difusión de este tipo de recipientes, hasta el momento documentados, además de en su centro productor, en contados puntos del Mediterráneo Oriental y regiones adyacentes, y aún en más escasos yacimientos del occidental, caso de Constantinopla (Kalendarhane, Saraçhane), Pafos, Atenas, Kenchreai, Rávena, Roma, Sicilia, Dobroudja-Gebiet, Crimea / Quersoneso y *Archaiopolis* en Georgia¹¹⁴.

En cualquier caso, la *early Byzantine ampulla* parece ser la producción mayoritaria en *Spania*. Ésta reúne la mayoría de los rasgos tradicionales atribuidos a este tipo de ungüentarios (fig. 97, lám. 84). Así, de forma homogénea, se trata de una producción caracterizada por una arcilla muy depurada, de matriz uniforme, bien calibrada, en la que los agregados, cuando son visibles, presentan un tamaño homogéneo.

Encontramos una variada coloración en función de la cocción, que va desde las tonalidades rojizas a las grisáceas o incluso negras, con frecuencia alternas en pastas mixtas. De hecho, las opciones de cocción oxidante y reductora ofrecen también una amplia gama de resultados para las superficies externas. Del mismo modo, los recipientes, de forma ahusada, se encuentran irregularmente engobados por inmersión, por lo general uniforme sólo hasta la mitad de su cuerpo, cayendo a partir de ésta toda una serie de goterones que pueden alcanzar la base. Suelen ser características las marcas del proceso de fabricación, consistentes en huellas fusiformes de entre 1 y 3 cm de largo, probablemente resultado de ese mismo proceso de cocción, cuando los recipientes permanecen uno contra el otro en el horno; o de las improntas dejadas por el soporte usado durante el proceso de secado de las piezas, después de que éstas hayan permanecido inmersas en el mencionado engobe¹¹⁵. Lo cierto es que no dejan de ser muestras de una ejecución descuidada, poco atenta al aspecto final, un rasgo que se manifiesta también en la frecuente presencia de huellas digitales.

Por lo que respecta al pivote, distintas son las soluciones. En el territorio hispano no parece documentarse el puntal de base ligeramente cóncava que sí encontramos en otros lugares orientales, del tipo de Hierápolis o Iasos, solución quizá asociada a una variante tardía¹¹⁶. Predomina, en cambio, el pivote apuntado que no garantiza la sustentación y que unas veces es sólo terminación de la tendencia ahusada del cuerpo, mientras que en otras insinúa un pequeño pie, al modo del que desarrollará de forma más efectiva el tipo visto del *Ephesian early Byzantine amphoriskos*.

113 LINKE y STANEK, 2005, p. 137-142, quienes traen a colación las citas de fuentes como Dioscórides (*De materia medica*, 1, 71), Plinio, o Teofrasto (*Hist. Plantarum*, 9, 3).

114 METAXAS, 2005.

115 Se trata de las propuestas, respectivamente, de LOCHNER *et alii*, 2005, p. 648 y COTTICA, 2000, p. 1002.

116 Recogen las piezas de los yacimientos citados, COTTICA, 2000, fig. 1, nn. 15-17; y BALDONI y FRANCO, 1995, fig. 4, ejemplari f y g. Esta cronología tardía vendría apoyada por su registro en contextos tardíos de los yacimientos de Saraçhane (s. VIII-X) y la misma Iasos (s. X), como señalan BALDONI y FRANCO, 1995, n. 2.

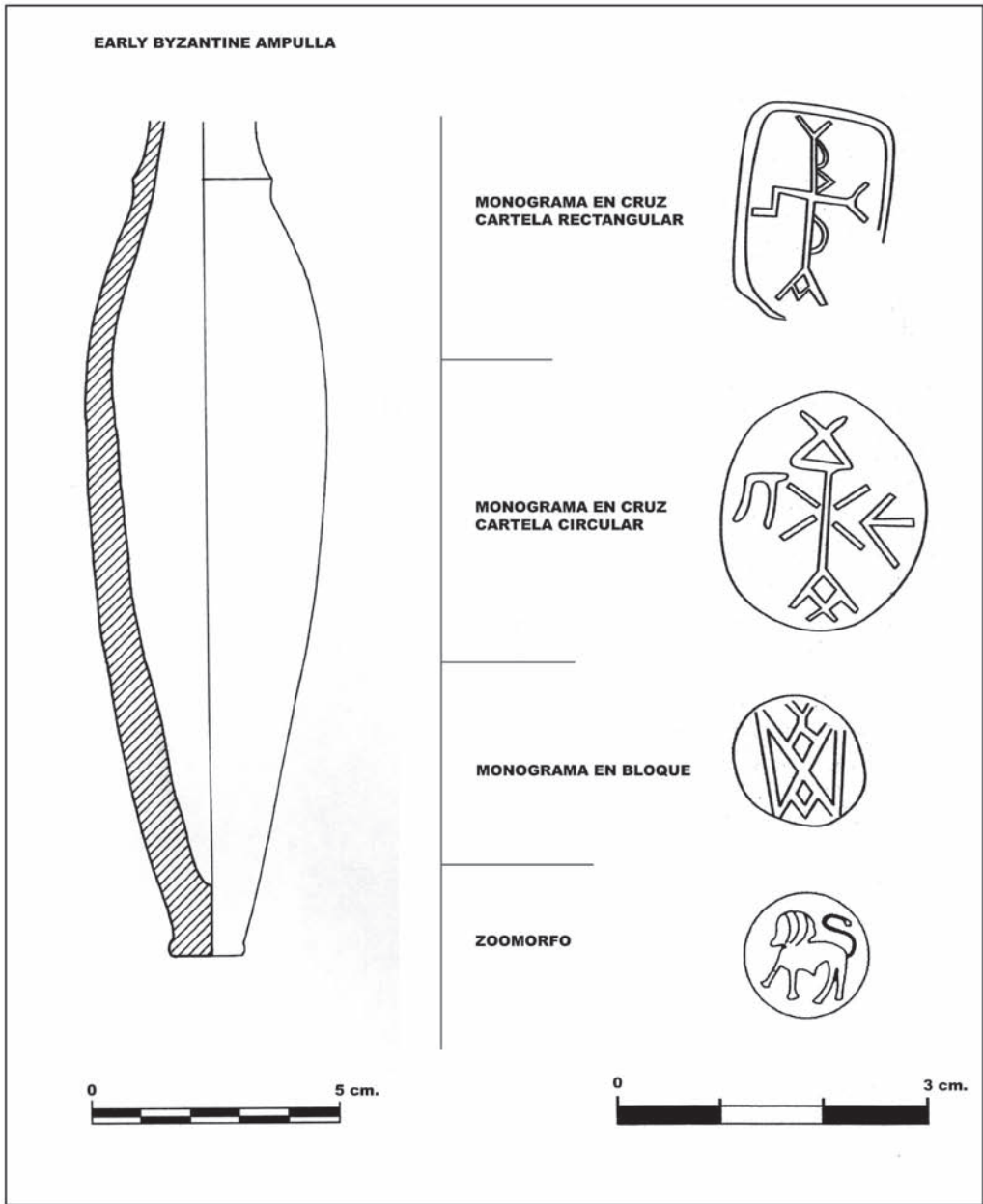


FIGURA 97: *Early Byzantine ampulla y tipos de sello asociados documentados en Hispania (Dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado)*



LÁMINA 84: *Diversos ejemplares de early Byzantine ampulla hallados en Carthago Spartaria (VV.AA., 2005)*

También este tipo de unguentarios se caracteriza por presentar un cuello tubular, cuidadosamente ejecutado y delimitado por una fina moldura, que algunos autores consideran destinada a servir de tope a un tapón de cierre en material perecedero¹¹⁷. Todas presentan borde redondeado y no apuntado, variante que conocemos en otras piezas y que normalmente limita su diámetro a los 2,4-3 cm.

Por otro lado, contrasta la delicadeza de esta parte superior del vaso con el menor detalle con el que se elabora el resto del cuerpo, que con frecuencia presenta un eje desviado, lo que a veces repercute en algunos pliegues para el pivote. Por su parte, el cuerpo está marcado internamente por un fuerte torneado, en ocasiones también insinuado al exterior, donde resulta habitual la presencia de grumos de arcilla.

En la misma línea, a las diferencias técnicas entre las diversas partes del cuerpo, corresponden igualmente otras dimensionales, de tal forma que, mientras que el grosor del borde es homogéneamente de 3-5 mm, el de la base puede llegar a los 10-12 mm, haciéndolo particularmente apto para garantizar la seguridad de contenido durante el transporte.

Por lo demás, aun cuando se trata de una producción heterogénea en lo que respecta a sus dimensiones o al grosor de sus paredes, su altura suele situarse entre los 18 y 22 cm, de tal forma que los recipientes más grandes tienen una capacidad de entre 120 y 140 ml, en tanto que los más pequeños, de entre 80 y 100 ml¹¹⁸.

117 HAYES, 1971, p. 243.

118 LOCHNER *et alii*, 2005, p. 648.

En lo referente a la composición de la pasta, podemos señalar algunos datos a partir de nuestro análisis directo de las piezas cartageneras. De este modo, a partir de una observación macroscópica, se pueden establecer dos grupos que significativamente se corresponden con las dos variantes morfológicas diferenciadas para la terminación del pivote. Así, si bien ambos grupos presentan arcillas de matriz uniforme sin apenas inclusiones significativas —dado que las altas temperaturas de cocción conllevan una vitrificación que dificulta la identificación—, cabe diferenciar entre una mayoritaria serie de piezas donde encontramos partículas blanquecinas de tamaño pequeño y medio con frecuencia baja, que se asocian a pastas de coloración mixta y pivote algo insinuado, y otro grupo más minoritario, donde se encuentran ausentes aquellas partículas, con pastas de coloración uniforme y pivote escasamente desarrollado, una terminación apenas del cuerpo ahusado.

En uno y otro grupo se encuadran también algunos ejemplares con componentes algo más diversos: en el caso de la primera serie, se trata de aquellos en los que se puede rastrear la presencia de rocas metamórficas o ígneas básicas; en la segunda, de otros donde existen vacuolas, testimonio de inclusiones orgánicas, si no simplemente del proceso de cocción y la generación de burbujas, totalmente ausentes en las restantes piezas, aunque tampoco excesivamente raras para estos ungüentarios, donde en ocasiones, como ocurre con algunos de los ejemplares de Hierápolis de Frigia, se detecta la presencia de foraminíferos¹¹⁹.

En ambas variantes de este mismo tipo de *early Byzantine ampulla* encontramos piezas selladas, cuyas marcas pueden aparecer también en la *Ephesian early Byzantine ampulla*.

Al parecer, no son muchos los ejemplares hispanos que disponen de sello, dentro lo que parece ser común, habida cuenta de que, por ejemplo, en Saraçhane, de 380 piezas del «depósito 30» del siglo VII, sólo 34 lo presentan. Sólo tenemos constancia segura de su presencia, en algunos ejemplares cartageneros, en los cuatro de la Punta de l'Illa de Cullera, uno de Algeciras, otro de Tarragona y aún otra pieza de Vigo, mientras que por el contrario, en Málaga, donde resultan tan numerosos los ungüentarios, no se dan por ahora. En el caso de Cartagena, su presencia, entre el más de medio centenar de ejemplares recuperados, parece ser minoritaria (6), muy especialmente en el caso del teatro romano, dato que en principio se puede poner en conexión con la cronología con la que se da la presencia bizantina en el marco hispano, y la correspondencia de este momento con el estadio de evolución de los recipientes, en el que éstos están comenzando a perder dichas marcas. Así, por ejemplo, entre los ejemplares que hemos tenido ocasión de analizar, ninguno de los sellados, se da en los niveles de destrucción, sino que de forma mayoritaria aparecen en niveles posteriores, claramente descontextualizados, y así sin posibilidad de extraer conclusiones cronológicas válidas.

En el caso hispano prevalecen las cartelas circulares, seguidas de lejos, por las más escasas rectangulares y cuadradas. Faltan así las cartelas de tipo triangular, trapezoidal o en U, que esporádicamente han sido registradas en Hierápolis para los dos primeros casos y en Seleucia Sidera para el último¹²⁰.

Diversas son las dimensiones, que, en el caso de las circulares puede oscilar entre el 1,1 cm de diámetro que presenta la pieza de Algeciras, a los 2 cm de algunos ejemplares cartageneros;

119 Para los correspondientes análisis mineralógicos remitimos a COTTICA, 2000, pp. 1005-1007, quien registra los últimos casos esporádicos en sus pastas U5 (anfíbolitas y serpentina), U6 (basalto y piroxeno), y U7 (epídoto y foraminíferos). Acerca de la presencia de otros componentes, cf. LOCHNER *et alii*, 2005, p. 648.

120 COTTICA, 2000, fig. 1.6 y 1.2, y LAFLI, 2005, Abb. 4.e.

medida esta última en torno a la que oscila la altura de las cartelas rectangulares. Común a todas, no obstante, es el cierto descuido con el que son ejecutadas, lo que hace que esas formas sean con frecuencia irregulares. Con todo, también algún ejemplar se libra de tal proceder, sea el caso de algunos constantinopolitanos, en donde también se perfila una orla, que no parece ser muy común, y que, de hecho, por ahora, no se documenta en marco hispano¹²¹.

Cada pieza, de estar sellada, presenta una única estampilla, mas disponemos de un ejemplar cartagenero en el que encontramos dos (lám. 85), algo que creemos que se explica por un error en la fabricación, habida cuenta que se trata de una situación anómala.

Respecto al carácter de dichos sellos, se pueden establecer varios grupos (fig. 97)¹²². Por un lado, predominan, al igual que en otros soportes, los monogramas cruciformes, un tipo cuya aparición se ha fechado en un momento posterior a 518. En este caso, son mayoría en Cartagena y se registran también en Tarragona o Vigo¹²³. En el caso de la *ciuitas* bizantina, cabe destacar la presencia de dos ejemplares que parecen aludir a la figura del eparco (CP 4567-178-1 y B-03/1001-178-1). De forma sugerente, en otros es posible leer los nombres Gabriel (CP 4203-178-1), Michaelius (CP 4868-178-1), Philippus (CP 9265-178-1), y quizá, si bien más dudosamente, Juan (M-90-3-IIb) o Teofilacto (CP 3416-178-1), que corresponden a eparcos y algún otro funcionario imperial de los siglos VI-VII¹²⁴.

Son menos abundantes los monogramas en caja o de bloque, en los que una letra —normalmente Π, Μ, Ν o Η— hace la función de marco o base, cuyos trazos comparten las restantes letras. En España se dan en Cartagena o Punta de l'Illa de Cullera. En el primer caso, uno podría aludir a Martino/Martiniano, (CP 5234-178-1), nombre de un eparco del siglo VI.

Más escasos son los sellos zoomorfos, que en el territorio hispano incluyen únicamente la representación del león, como vemos en piezas de Cartagena y Algeciras¹²⁵. Su aspecto es similar, con larga cola levantada, abundante pelaje y cabeza erguida, si bien no rampante ni con las garras levantadas. Se trata de un motivo de cierta fortuna, de tal forma que lo encontramos tanto en ámbito constantinopolitano, así por ejemplo en Sarāḫane, donde se documenta en un contexto del siglo VII, como también en Hierápolis¹²⁶. Existen dos variantes, una primera más estilizada, dada en Constantinopla, y otra segunda, localizada en Hierápolis, en la que tenemos que encuadrar los ejemplares hispanos. Si la primera se caracteriza por la presencia de una doble orla, resuelta incluso a través de punteado, que contiene un león estilizado que vuelve la cabeza; la segunda comprende sello de contorno simple, donde el animal no gira la cabeza.

Un último tipo de sello documentado en territorio hispano es el de roseta, que muestran una pieza localizada en el complejo episcopal de Barcelona, y quizá otra peor conservada de Cartagena, algo diversa¹²⁷. En este caso no se trata de un sello circular que contenga dicho mo-

121 HARRISON, 1986, fig. 2.2, 2.48 y 2.50

122 La primera valoración conjunta de los sellos de ungüentarios es de GRÜNBART y LOCHNER-METAXAS, 2004, p. 180-183; cf. la clasificación de METAXAS, 2005.

123 La precisión cronológica se debe a BARDILL, 2004, p. 47-48. El tipo se documenta en la vajilla de plata, ponderales o los abundantes sellos plúmbeos, CRUISHANK DODD, 1961, Tab. I-III; PERASSI, 2002; y MARAZZI, 2001, entre otros.

124 VIZCAÍNO y PÉREZ, 2008.

125 BERROCAL, 1997, p. 121, y BERNAL, 2003, p. 34.

126 Respectivamente, HAYES, 1992, plate 17, n. 37 (depósito 30), HARRISON, 1986, plate 17.50; y COTTICA, 1998, fig. 6, n. 12 y fig. 8, n. 59; y 2000, fig. 1.9 y 2.35, quien presenta tres piezas de este tipo en la ciudad frigia.

127 BELTRÁN DE HEREDIA, 2001, n° 295, p. 229; y BERROCAL CAPARRÓS, 1996, lám. 1.10, p. 120.



LÁMINA 85: *Ejemplar de early Byzantine ampulla con doble estampilla de motivo zoomorfo* (VV.AA., 2005)

tivo, sino que es éste mismo el que configura la forma circular, sus mismos pétalos apuntados, quedando únicamente sin estampar el núcleo de la roseta.

En otros territorios se documentan otros tipos de sello, que van desde aquellos que se caracterizan por sus ligaduras o se componen mediante iniciales, como algunos de los hallados en Hierápolis, a aquellos otros que bien presentan una o varias letras, se distribuyen de forma tripartita o combinan su fórmula epigráfica con animales o símbolos. Los ejemplares constantinopolitanos de Saraçhane, otros atenienses, microasiáticos, en el caso de Antioquía de Pisidia y Seleucia Sidera, o palestinos, como los de Gerasa, entre otros, dan cuenta de estas distintas soluciones¹²⁸. De un modo u otro, lo cierto es que su lectura resulta bastante compleja y no está libre de equívocos, razón por la que se impone la prudencia¹²⁹.

Por otra parte, si antes se apostaba por situar su foco productor en la región palestina, hoy diversos argumentos llevan a manejar otras alternativas. No en vano, estos envases no parecen contar con un registro significativo en Siria. En este sentido, el hecho de que su mayor concentración se de en Asia Menor, o que entre los componentes mineralógicos de su arcilla se encuentre la serpentina, ha llevado a proponer su producción en los talleres de Asia Menor suroccidental, Cilicia, Norte de Siria o Chipre, siendo quizás entre todas Cilicia, región muy

128 *Vid.* por orden de cita, COTTICA, 2000, figg. 1-2; HARRISON, 1986, p. 9, fig. 2; LAFLI, 2005, Abb. 4-5; y USCATESCU, 1996, p. 347, fig. 77.

129 Para la lectura de este tipo de monogramas, FINK, 1981. Alerta sobre los excesos en la lectura de estos sellos, BALDONI, 1999.

activa en el panorama productivo y comercial de época protobizantina, y además, al igual que la región suroccidental de Asia Menor, frecuente área de peregrinación, el más probable centro productor de este tipo de envases. En cualquier caso, lo cierto es que la técnica de elaboración, que conlleva el aplique de engobe por inmersión y una cocción prolongada a altas temperaturas, en principio no encuentra paralelos en las coetáneas producciones microasiáticas, y sí por el contrario en clases cerámicas palestinas y jordanas, todo lo que deja abierta la cuestión¹³⁰.

En el marco de la difusión capilar de estos recipientes por todo el Mediterráneo, salvando su ausencia o presencia escasa en los Balcanes o Egipto, también España cuenta con ellos¹³¹. De hecho, si en un principio se conocían únicamente algunas piezas de Cartagena o Punta de l'Illa de Cullera, las excavaciones recientes han añadido nuevos ejemplares, aunque lamentablemente no han incidido en su diferenciación¹³². Así, del mismo modo que se ha incrementado el lote cartagenero, también se han documentado nuevos ungüentarios en la costa bética (Málaga, Algeciras), levantina (Benalúa, Valencia, València la Vella), noreste (Tarragona, Barcelona), interior del Sureste (Tolmo de Minateda) o incluso noroeste hispano, sea el caso de una pieza hallada en Vigo¹³³.

De este modo, el mapa de distribución se ciñe esencialmente al ámbito de soberanía e influencia bizantina, explicándose quizá el registro en los puntos más excéntricos como Tarragona o Barcelona, como ocurre también en Marsella o Luni, por su carácter de área bisagra entre la *Spania* e Italia imperiales¹³⁴. De la misma forma, también podemos ver que dicho mapa de distribución es sobre todo costero, con mínimas excepciones, y en general, poco alejadas de la costa, como ocurre con el Tolmo de Minateda o València la Vella. Por lo demás, la presencia es desigual en estos puntos, de tal forma que, como cabe esperar en este contexto, dada su importancia y mayor demanda, las concentraciones más significativas se dan en dos de los principales centros de la *Spania* bizantina: Málaga y, sobre todo, Cartagena, que dispone casi de un centenar.

Sorprende, sin embargo, teniendo en cuenta estas pautas, que otro importante núcleo de la *Spania* bizantina, *Septem*, no reciba, al parecer, este tipo de ungüentarios, algo que consideramos tan sólo un problema de registro, habida cuenta que sí se dan, y hasta con cierta frecuencia, en el norte de África¹³⁵.

130 Acerca de esta problemática, apostando por una u otra zona, *vid.* USCATESCU, 1996, p. 89; SAGUÌ, 1998, p. 311; BALDONI, 1999, p. 132; HAYES, 2001; y LOCHNER *et al.* (2005), p. 648.

131 REYNOLDS, 1993, fig. 121; BALDONI, 1999, fig. 2; METAXAS, 2005, p. 77, Abb. 7.

132 Sobre los mencionados yacimientos, *vid.* BERROCAL, 1997; y GARCÍA y ROSELLÓ, 1993.

133 En el caso de Cartagena, destacan sobre todo las nuevas piezas recuperadas en el barrio de época bizantina (VIZCAÍNO y PÉREZ, 2008). Igualmente, se están documentando en el área oriental de la ciudad, o en el poblado de Escombreras (Murcia, 2000, p. 374-375, lám. 3.5). Para cada uno de los yacimientos, *vid.* en orden de cita, (Málaga), TIA, 2000, p. 274, lám. 7; TIA, 2001; y ACIÉN *et alii*, 2003, p. 414, fig. 3. 29-30, (Algeciras), NAVARRO *et alii*, 2000, p. 226, lám. 3; y BERNAL, 2003, p. 34; (Benalúa), REYNOLDS, 1993, p. 144; e *Idem*, 2003, fig. 5.7; (Valencia), ROSELLÓ *et alii*, 2003, p. 92; (València la Vella), PASCUAL *et alii*, 1997, p. 183; y ROSELLÓ, 2005, fig. 11; (Tarragona), SERRA, 1929, p. 89, lám. LXXI,13; REMOLÀ, 2000, p. 101, n. 179; y BÁDENAS DE LA PEÑA, 2003a, n.º 87, p. 146; (Barcelona), BELTRÁN DE HEREDIA, 2001, n.º 295; (T. Minateda), GUTIÉRREZ *et alii*, 2003, p. 138, fig. 22.6; y (Vigo), NOVOA, 2003, p. 209.

134 MURIALDO, 2001.

135 LOCHNER *et alii*, 2005, p. 649; REYNOLDS, 1993, p. 144; y RILEY, 1979, p. 363.

Otro tanto ocurre con el otro gran baluarte de la presencia bizantina en el marco hispano, las Baleares, donde dicho recipiente por el momento no parece significativo, si bien su registro en toda la zona circundante hace suponer un panorama similar¹³⁶.

Respecto a la cronología, también últimamente se va perfilando un panorama mucho más complejo del inicialmente establecido, de tal forma que, si en un principio se pensó circunscrita a los siglos VI-VII —sin duda alguna el período de circulación más intenso—, hoy parece extenderse tanto en su límite inferior como en el superior, cuestión especialmente interesante para el marco hispano, pues, a pesar de la evidente filiación oriental de los ungüentarios, se hace patente que no necesariamente hubieron de comercializarse durante el período de dominación bizantina en el Mediodía peninsular.

Así, por cuanto se refiere al inicio de su producción, lo cierto es que parece arrancar ya del siglo V, como demuestran los ejemplares recuperados en la basílica del lado norte del ágora civil de Éfeso¹³⁷. En lo relativo a su cese, habría que datarlo incluso a principios del siglo VIII, pues, si ya su presencia en depósitos del siglo VII avanzado como la *Crypta Balbi* en Roma era garante de una circulación activa aún en ese período, la constatación de ejemplares en niveles posteriores, como es el caso de los recuperados en Iasos, confirma una perduración bastante tardía¹³⁸. De confirmarse esta data avanzada, lo cierto es que también podría utilizarse como argumento en la polémica acerca de la procedencia de este tipo de recipientes, ya que la tradicionalmente señalada, Tierra Santa, chocaría con el obstáculo de encontrarse en dicho momento en manos árabes, situación que abriría un abanico de posibilidades: el definitivo descarte de esta procedencia, como parecen apuntar los análisis mineralógicos referidos; la existencia de otro territorio productor que continuara el suministro en Anatolia occidental¹³⁹, suspendido el de esta área; o simplemente, una continuidad de la producción bajo los nuevos dominadores, como parece ocurrir con otros productos¹⁴⁰.

Dentro de esta problemática cronológica, los ejemplares hispanos también pueden aportar algo, pues, aunque no hay constancia del contexto de todos, como ocurre con el caso de las piezas de València la Vella, recogidas en prospecciones superficiales, en otros casos es posible establecer unos márgenes cronológicos concretos. A este respecto, si bien en algunos casos sólo hay certidumbre de un contexto genéricamente tardío, como ocurre con la pieza tarraconense, hallada en la necrópolis paleocristiana de la ciudad, prácticamente todos los ungüentarios se datan en el período de circulación más intenso, es decir, a partir de época justiniana y, al parecer, no más allá del primer cuarto del siglo VII. De esta forma, si la impresión preliminar fuera confirmándose con nuevos hallazgos, este tipo de ungüentarios habrían llegado a España, salvo alguna excepción, únicamente tras la conquista bizantina del Mediodía hispano, a diferencia de otras mercancías orientales presentes previamente en cierta cantidad.

136 Así, en la islas se conoce únicamente un ejemplar problemático recuperado en el valle de Sóller (COLL, 1996, lám. II.134). Con todo, como decimos, la presencia en el Sureste y Levante hispano, Mediodía francés (CLARC y D'Agnel, 1904, p. 82, VIII, 1; y LUSUARDI y MURIALDO, 1991, tav. 1, nn. 1-3), o Italia (HAYES, 1971, p. 248; BALDONI y FRANCO, 1995, n. 7; SAGUI, 1998, p. 311, fig. 4.6; PAGANELLI, 2001, p. 193, I.4.72), lleva a suponer una distribución semejante.

137 MITSOPOULOS-LEON, 1991, p. 150, Taf. 220.

138 BALDONI y FRANCO, 1995, p. 124.

139 COTTICA, 1998; e *Idem*, 2000; SAUER y LADSTÄTTER, 2005.

140 A este respecto, HAYES, 1971, p. 245, señalaba el cese de la comercialización *circa* 650 a partir de la conquista islámica de la zona.

En relación a la datación, también se han intentado establecer algunas seriaciones y así la presencia o no de sello se ha considerado indicio cronológico, por más que, sin embargo, no haya total consenso, de tal forma que, mientras que la mayoría de autores consideran que los ejemplares sellados son los más antiguos, desapareciendo en el siglo VII¹⁴¹; otros, en cambio, parecen sostener lo contrario¹⁴².

De confirmarse las propuestas de lectura para éstos, la cita del eparco mostraría la implicación de la administración imperial en su comercialización, garantizando, al igual que en los objetos de plata la pureza del metal, la calidad o contenido de estos envases¹⁴³. Sobre este último es difícil pronunciarse, si bien más que agua bendita, como se ha propuesto, cabe suponer la contención de algún tipo de bálsamo o ungüento, como probaría el hallazgo de ejemplares en cuyo interior se ha aplicado una especie de pez¹⁴⁴. No en vano, una fuente posterior, el *Libro del Eparco*, que presenta la forma de un edicto imperial atribuido a León VI, nos informa que entre las atribuciones de este *praefectus Urbi* se encontraba la regulación de la venta de ungüentos (X, *De unguentariis*, 1-6)¹⁴⁵. Sin embargo, estos recipientes, como hemos visto, parecen ser microasiáticos, escapando a la jurisdicción del eparco constantinopolitano, que así, quizá participó dada la importancia del producto y su parejo interés fiscal¹⁴⁶.

Sea como fuere, la presencia de estos «monogramas secundarios» de funcionarios imperiales y, en concreto, del eparco, pero también (hipotéticamente) de un *hypatos* o cónsul, no es incompatible con la existencia de ungüentarios sellados por miembros de la administración eclesiástica. Así, en Rodas o *Iasos* se han documentado piezas que aluden a obispos, o en Éfeso existe otra que menciona algún otro miembro del clero, como el *anagnostes*¹⁴⁷. Con ello, los nombres propios que mencionan estos sellos habrían de asociarse a funcionarios imperiales o eclesiásticos.

Algunas contribuciones proponen vincular la producción de LRU a la distribución de óleo santificado por San Nicolás de Mira o Santa Tecla en Seleucia, cuyo culto disfrutaba de una compleja organización altamente ventajosa para la economía de sus respectivas comarcas. No obstante, el hecho de que en estas mismas regiones se manufacturen ampollas de peregrino que quizá monopolicen estos usos, cuestiona esas propuestas¹⁴⁸.

141 SAGUI, 1998, p. 311.

142 Ocurre así con LOCHNER *et alii*, 2005, quienes, en su interesante trabajo sostienen esta opinión, por más que, sin embargo, la fundamentan en los hallazgos de *Crypta Balbi*, para los que, precisamente en el mismo texto al que remiten, se apuesta por lo contrario.

143 Para las piezas metálicas, *vid.* CRUISHANK DODD, 1961, p. 4; y MUNDELL MANGO, 1992. Por otra parte, en alguna otro tipo de recipiente cerámico ha sido posible documentar la cita del eparco, sea el caso de un ánfora oriental del siglo VII (SZTETYLLO y BORKOWSKI, 1985). Por lo demás, acerca de las funciones del eparco, *vid.* FEISSEL, 1986 y 1991.

144 Es el caso así de piezas de Siracusa (PACE, 1949, p. 444; y BALDONI y FRANCO, 1995, p. 121). Sobre la problemática, *vid.* LINKE y STANEK, 2005.

145 KODER, 1991; y DANIELE, 2006.

146 En apoyo de esta hipótesis viene la existencia y uso en Egipto de pesos de vidrio que se utilizaban para pesar monedas en el s. VI y que llevan el nombre del emperador o del eparco de Constantinopla; véase SCHLUMBERGER, 1895, p. 58-62.

147 *Vid.* así, respectivamente, GRÜNBART-LOCHNER-METAXAS, 2004, p. 182 y Abb. 2; BALDONI y FRANCO, 1995, p. 121 y 126, n.º 29; y LOCHNER *et alii*, 2005, p. 649, n.º 36.

148 Sobre S. NICOLÁS DE MIRA, SODINI, 2001; cf. KOENIG, 1982, p. 109. En cuanto al significado de la feria de Santa Tecla, DAGRON, 1978; y WHITTOW, 1990, p. 21-23. Acerca de estas *ampullae*, ARIAS SÁNCHEZ y NOVOA PORTELA, 1999; y 2003.

En la misma dirección, contra la vinculación exclusiva al culto de estos envases se impone el dato de que, a diferencia de las referidas *ampullae*, no se conocen ungüentarios marcados con las invocaciones tan comunes a la Virgen o Jesucristo ni con los símbolos cristianos más difundidos: la cruz (con una excepción), el crismón (XP) o la imagen de un cordero; por el contrario, sí encontramos otros animales, como el león o el escorpión, en este caso en un contexto de motivos gnósticos¹⁴⁹. Si, por lo tanto, la única prueba de la implicación de la Iglesia en la producción de ungüentarios es la presencia de sellos de obispos, deducir de ello la vinculación de su contenido con el culto cristiano o las prácticas religiosas es muy arriesgado. Supone olvidar que uno de los rasgos definitorios de la Antigüedad tardía es la transferencia de poder del Estado a la Iglesia y la asunción por parte de los obispos de responsabilidades políticas y económicas como cabezas de su comunidad y defensores de su grey¹⁵⁰.

Por otra parte, tampoco prueba un uso religioso de los ungüentarios su localización en recintos monásticos como los de Saraçhane, *Crypta Balbi* o el «Palacio de los Gigantes» del ágora de Atenas¹⁵¹ o, en *Hispania*, en Punta de L'Illa de Cullera¹⁵², así como en las zonas episcopales ya aludidas de Valencia o Barcelona. Los monasterios y las sedes de la administración eclesiástica no eran solamente lugares donde se practicaba el culto cristiano, eran también centros económicos, en ocasiones extremadamente activos, y servían de residencia a una élite socioeconómica para la que el contenido de los LRU debía de ser en el s. VI un producto de uso común. Del mismo modo, la presencia de ungüentarios en lugares sin función religiosa alguna, como Hierápolis, Algeciras, Málaga o Cartagena, no impide un uso religioso privado.

Así las cosas, si la presencia de sellos de la administración imperial no impide que su contenido tenga algún uso cultural, tampoco la presencia de sellos obispaes es óbice para que el contenido no tenga que ver con la religión. No es descartable, así, que los LRU sirviesen simplemente para la comercialización de productos de lujo, como aceites perfumados o ungüentos¹⁵³. De la misma forma, también se ha señalado la posibilidad de que contuvieran salsas especiales o vinos preciados, entre otras opciones¹⁵⁴, hipótesis que chocan contra su abultado registro en contextos domésticos como el de *Carthago Spartaria*, sin duda desahogados, pero tampoco privilegiados. Con ello, como también se propuso en un principio, quizá hemos de pensar únicamente en óleos bendecidos usados con fines medicinales¹⁵⁵.

149 Sobre este repertorio, *vid.* HAYES, 1992, p. 9, n.º 51. Discute el mencionado valor religioso, METAXAS, 2005, p. 87, n.º 42.

150 PÉREZ MARTÍN, 2003, p. 242-243. La vinculación de los obispos en la comercialización de los envases es un fenómeno extendido que encontramos en el caso del vino producido en el área del Estrecho de Mesina, transportado en las ánforas tipo Keay LII (SAGUÌ, 2001c, p. 289), en las ánforas egipcias LRA 7 —donde es frecuente encontrar *tituli picti* o estampillas que, entre otras posibilidades, hacen referencia a dominios eclesiásticos— o en la popular LRA 1 / Keay LIII (estampillado con cruz patada) como el ánfora de Aqaba, en la que también se registra alguna pieza con *titulus pictus* de monograma similar al de nuestros ungüentarios, junto a cruces, evidencias todas que llevan a preguntarse acerca de la existencia de talleres eclesiásticos. Véase PIERI, 2007, fig. 3.

151 FRANTZ, 1988, p. 91, Tab. 73b.

152 GARCÍA y ROSSELLÓ, 1993, p. 299.

153 SAGUÌ, 1998, p. 311. No en vano Isidoro de Sevilla señala el papel tradicional de Oriente en la comercialización de estos productos; cf. *Etym.* XIV,3,10: «*En esta región [sc. Asiria], por primera vez, se descubrió el uso de la púrpura, y de ella vinieron los ungüentos y perfumes para los cabellos y el cuerpo, con los que más tarde nació la vana suntuosidad de romanos y griegos*».

154 LUSUARDI y MURIALDO, 1991, p. 123. Señalando contenidos alternativos, cf. también KOENIG, 1982, p. 45.

155 HAYES, 1971, p. 247, n. 19.

12.6. AMPULLAE DE SAN MENAS

Con seguridad, tan sólo dos piezas españolas habrían sido importadas en estos momentos, en tanto otras conservadas en distintas colecciones, tienen procedencias diversas.

Se trata de ampollas con forma de cantimplora, cuerpo circular carente de pie, y cuello troncocónico, a veces dotado de moldura (lám. 86). Son así similares a las *eulogia* traídas desde las tumbas de mártires como San Mamas en Capadocia o también San Juan Evangelista en Éfeso; e igualmente a las *ampullae* metálicas procedentes de los *Loca Sancta*. Al igual que éstas, habrían de contener agua o aceite del santuario del mártir Menas en Karm Abu-Mina, en las cercanías de Alejandría, al que se atribuía propiedades curativas y protectoras¹⁵⁶. El santo había sido militar romano, convertido en eremita y martirizado en Alejandría en 296 por orden de Diocleciano. La leyenda tejida en torno a su figura, le atribuye ya un nacimiento milagroso, gracias a la intercesión de la Virgen, que permite la encarnación de una madre estéril y de avanzada edad, siendo el nombre del santo, resultado del anagrama de amén, respuesta de la Virgen a la petición de la piadosa madre. Sea como fuere, muy pronto se extendió una corriente devocional en torno a su figura, especialmente entre comerciantes y viajeros del desierto, de los que es patrón, lo que llevó a la construcción del santuario, ya conocido en época constantiniana¹⁵⁷.

Por lo demás, son piezas de características técnicas bastante homogéneas, y así, se encuentran realizadas a molde y secadas al sol, predominando el color amarillo claro, en ocasiones sustituido por una tonalidad anaranjada o rojiza.

Por cuanto se refiere a la ornamentación, en el caso del borde existen cuatro motivos fundamentales: listón (línea o doble línea), perla (tanto motivos circulares como lineales en forma de rayo), corona e inscripción circular¹⁵⁸.

Como representación arquetípica en el campo, encontramos a San Menas con uniforme militar y entre dos camellos, el denominado *Haupttypus*, existiendo variantes que atañen a detalles tales como la clámide (presente/ausente, hacia la derecha/ hacia la izquierda, etc), el nimbo, o las cruces flanqueando la figura del santo. La presencia de los camellos también guarda relación con la misma leyenda del santo, ya que éste había expresado antes de morir el deseo de ser enterrado en el lugar donde se detuviera el camello que portara sus restos¹⁵⁹. Comoquiera que sea, en conjunto, se trata de un tema plasmado en otro tipo de soportes también vinculados a la veneración del santo, tales como placas de mármol, u objetos de marfil¹⁶⁰.

También existe otro tipo iconográfico, constituido por la representación de una figura masculina, especialmente, una cabeza de perfil, que algunos autores, no sin contestación, consideran también perteneciente al santo, habiéndose señalado a este respecto, que, mientras que entre las ampollas con cabeza masculina predominan los diámetros medios (entre 6 y 7,5 cm), la iconografía de otros santos parece plasmarse en grandes formatos (así 9 o más cm). Cabe destacar así la aparición de otra serie de personajes, como los santos Tecla, Conon, etc., quizás

156 Sobre estas piezas egipcias, LECLERCQ, 1907, col. 1722-1747; LAMBERT y PEDEMONTE DEMEGLIO, 1994, p. 205-231.

157 RÉAU, 1957; SPEAKE, 1994, p. 99; y ARIAS SÁNCHEZ y NOVOA PORTELA, 2003, ficha nº 126, p. 232.

158 GILLI, 2002b, p. 463.

159 ARIAS SÁNCHEZ y NOVOA PORTELA, 2003, ficha nº 126, p. 232.

160 Vid. así, con bibliografía, MERAMBELIOTAKI, 2003, ficha nº 18, p. 63.



LÁMINA 86: *Ampulla de San Menas* (VV.AA., 2003a)

no tanto por una veneración local en Abu Mina, sino por el intento del santuario de consolidar su influencia, incluyendo santos venerados en zonas adyacentes. Cierran estas representaciones, las cruces, bastante frecuentes, así como otros motivos más minoritarios como barcas, aves, motivos geométricos, etc.¹⁶¹.

La primera fase de producción se extendería desde el reinado de Zenón, hasta la época de Justiniano (c.560), caracterizándose por la representación de la figura del santo envuelto por una corona de laurel, o bien por colocar en lugar de éste, un texto en sentido circular. De la veneración que se le profesa en este momento, tenemos constancia a través de Procopio, (*Aed.* I, IX), que refiere la existencia de un santuario en Constantinopla, atribuido a Justiniano, donde se le rinde culto junto al otro mártir Meneo.

La siguiente etapa se encuadraría entre los reinados de Justiniano y Heraclio (c.560-610), diversificándose las representaciones, para mostrar en el anverso al santo flanqueado por camellos y con una orla perlada, doble cordón, sogueado, laurel o sin orla; y en el reverso, una inscripción, una corona de laurel y una cruz.

Finalmente, el último período englobaría hasta la llegada de los musulmanes (610-650), apareciendo en este caso el santo dispuesto como orante y flanqueado por cruces y camellos, así como exteriormente, por una orla perlada, a veces incluso plasmándose dicho motivo por ambas caras.

La evolución implicaría, igualmente, una progresiva esquematización de los motivos representados, si bien no por ello, se deja de aceptar la contemporaneidad de estilos diversos¹⁶².

A partir de la colección del Museo de Berlín, se ha señalado la existencia de dos grandes grupos, considerando las medidas de las *ampullae*, en especial de sus diámetros, que se sitúan entre 6 y 7,5 cm, y 10 y 11,5 cm, o quizá más bien, 10 y 11 cm¹⁶³. Otros estudios han puesto de manifiesto la abrumadora preponderancia del primero de los grupos.

Por cuanto se refiere a su presencia en territorio hispano, si bien existe una nómina no despreciable de ejemplares, éstos están lejos de alcanzar la cantidad y difusión de otro tipo de recipientes que se supone en su línea, los *late roman unguentaria*.

La mayoría de piezas forma parte de colecciones, y rara vez existe constancia firme acerca de su lugar de procedencia o contexto¹⁶⁴.

El mayor número de ejemplares se encuentra en Madrid, depositado en el MAN (40 piezas) y el Museo Cerralbo (3 piezas)¹⁶⁵.

161 GILLI, 2002b, p. 464-465. Por lo de más respecto a la secuencia decorativa que señalamos a continuación, KISS, 1989, 1.fase: núm. 1-14; 2a fase: núm. 15-42 y fig. 22-66; y 3a fase: núm. 43-141, fig. 67-221.

162 KISS, 1989, p. 15 e *Idem*, 1990, p. 197.

163 Como puntualiza en su reseña al catálogo del museo alemán, frente a la propuesta anterior de WITT, 2000, GILLI, 2002b, p. 462. *Vid.* igualmente, GILLI, 2002a.

164 En este sentido, resulta erróneo el inventario recogido por LAMBERT y PEDEMONTE DEMEGLIO, 1994, p. 222, que, además de confundir el número de piezas de algún museo, como el de Girona, donde recoge dos, pese a que tan sólo existe una, también limita las piezas del M.A.N, y aún no se hace eco de otras, como la depositada en el Museo de Barcelona.

165 ARIAS NAVARRO y NOVOA PORTELA, 1999, p. 141-174, incluye apéndice de las piezas del Museo Cerralbo.

Nos interesa más la *ampulla* conservada en el Museo Arqueológico de *Pollentia*, al parecer hallada en la isla. De confirmarse, sería la única pieza de este tipo documentada en la *Spania* bizantina¹⁶⁶.

Por lo demás, de la fachada mediterránea tan sólo conocemos la presencia de estas piezas en Cataluña, concretamente un ejemplar en el Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, otros en el Museu Diocesà i Episcopal de Vic, y una última en el Museu d'Arqueologia de Catalunya-Barcelona. De éstas, procediendo la última probablemente de Arlés, y al menos una del Museo de Vic, del mismo Egipto, donde fue adquirida, tan sólo la primera fue documentada en territorio hispánico, concretamente en Empúries¹⁶⁷.

Como vemos, la zona bizantina hispana queda privada, por ahora, de este tipo de hallazgos, y aún la visigoda, los registra en muy escaso número. No creemos que en este caso se trate de un indicador de las relaciones entre *Hispania* y Egipto, tampoco muy estrechas, pero al menos sí existentes, como hemos podido ver a partir de la difusión de otra serie de materiales. Antes bien, la razón estribaría en la misma capacidad de distribución de estas *ampullae*, pues, también faltan en algunos de los contextos protobizantinos occidentales más importantes, como *Crypta Balbi*, carencia especialmente significativa, por cuanto se trata de un yacimiento vinculado a una instalación monástica.

De forma genérica, no son muchos los centros del Mediterráneo Occidental donde se documentan estos envases. Podríamos citar el caso de Arlés, en el Midi francés, donde al parecer, pese a que su museo conserva un único ejemplar, este tipo de piezas era bastante frecuente¹⁶⁸.

Dado el estado de cosas, es bastante difícil concretar algo más acerca de los contextos de aparición; tan sólo habría que reseñar que no les es ajeno el mundo funerario, como muestra el registro de pomos similares en enterramientos¹⁶⁹.

12.7. CERÁMICAS COMUNES

Afortunadamente, en los últimos años la investigación ha prestado bastante atención a esta categoría cerámica, que siempre había sido postergada frente a las vajillas finas de mesa o las ánforas. Con ello, superando los prejuicios que frecuentemente las han considerado indicativas de regionalización, inmovilismo y aislamiento cultural, hoy día se perfila un panorama complejo, en el que se han individualizado distintas producciones de entidad diversa¹⁷⁰. Obviamente, excede las posibilidades de este estudio analizar con detalle o aún someramente cada una de ellas, de tal forma que únicamente consignamos una serie de rasgos que ayuden a completar nuestra visión acerca del comportamiento cerámico de *Spania*, de cara a definir también su patrón arqueológico.

166 Hemos tenido constancia de la pieza únicamente a través de material gráfico, no habiendo recibido la información solicitada al citado Museo. Antes de iniciarse la remodelación del mismo, el ejemplar se encontraba expuesto junto al ánfora Keay LXXIX con el grafito *Saturinus*. Respecto a su hallazgo en la ciudad, si bien no detallando circunstancias o contexto, recientemente AMENGUAL I BATLE y ORFILA PONS, 2007, p. 228.

167 Respecto a éstas, *vid.* PALOL, 1967a, p. 366, n. 58; *Idem*, 1992, p. 91-95; ALMAGRO, 1952, p. 58, núm. 52; MANCHO SÚAREZ, 2000, p. 499-505.

168 CHARRON, 1997, p. 263, ficha nº 297.

169 BRECCIA, 1938, E., p. 306; y CAMPBELL, 1988, p. 545.

170 MACIAS SOLÉ, 2003, p. 24.

En este sentido, el aspecto tosco de los mayoritarios envases culinarios ha de ser contemplado como resultado de una clara adaptación tecnológica al uso del recipiente, en tanto sus arcillas poco depuradas o el modelado que éstas condicionan, buscan la resistencia al shock térmico, y la mejora de la conductividad de las paredes. Igualmente, determinados tratamientos superficiales, tales como el espatulado o los bruñidos, tendrían su razón de ser en el hecho de que favorecen la redistribución interna de las partículas de la arcilla, mejorando la impermeabilidad del vaso y minimizando el desgaste y la erosión de las paredes, así como también, simplemente, evitando que la comida se adhiera al recipiente. Semejantes apreciaciones tecnológicas se pueden realizar respecto a la elección de unas concretas características morfológicas. Todas estas consideraciones muestran que los requisitos prácticos se acaban imponiendo sobre los estéticos, siendo pautas comunes tanto para toda una serie de producciones locales o regionales que en buena medida abastecen al mercado propio, como para otras importadas, procedentes de otras áreas¹⁷¹.

Por cuanto se refiere a las dinámicas generales, se ha señalado que el hecho de que aún en momentos tan tardíos como el siglo VII, las formas a mano no sean las mayoritarias, sino que coexistan con las realizadas a torno, en ocasiones incluso importadas, muestra que pese a la creciente tendencia al autoabastecimiento y la regionalización de las producciones, todavía se mantiene, al menos por cuanto se refiere a los ambientes urbanos, cierta estructura de mercado¹⁷².

En efecto, al tiempo que podemos hablar de una progresiva autosuficiencia, también continúa una activa importación, que canaliza los envases del norte de África y, sobre todo, de las cuencas central y oriental del Mediterráneo, que suplen en parte la progresiva reducción de los primeros. Con todo, bien es cierto que estos últimos no alcanzan los índices de producción y distribución geográfica de aquellos, por manufacturarse en zonas sin una tradición y productividad artesanal y agrícola paragonable a la tunecina, que, además, radican en puntos diferentes a los de distribución comercial a gran escala¹⁷³.

A este respecto, la explicación al comercio a medio y larga distancia de estas producciones quizá se encuentra en su diversidad morfológica, completando los repertorios locales, cuando no en su calidad superior, costes reducidos o la existencia de ciertas modas o preferencias culturales¹⁷⁴.

Al igual que con otros materiales, también en este caso la zona bizantina y las urbes del territorio visigodo mediterráneo parecen compartir un comportamiento similar, marcado por la coexistencia de productos importados y locales, estos últimos con mayor peso en otras zonas¹⁷⁵.

De forma semejante a cuanto ocurría con la vajilla fina de mesa, tampoco en *Spania* tienen especial éxito las cerámicas comunes orientales, que sólo se registran de forma sólida en

171 MACIAS SOLÉ, 1999, p. 346.

172 Así lo señalan refiriéndose a los contextos del Tolmo de Minateda, GUTIÉRREZ; GAMO y AMORÓS, 2003, p. 161.

173 MACIAS SOLÉ, 1999, p. 346-347.

174 Seguimos el planteamiento realizado por MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 214-215. En el caso de Tarragona, el hecho de que las importaciones de origen oriental durante el siglo VII se registren en la zona portuaria y no en otro ámbito, se interpreta como resultado de la presencia en dicha área de una comunidad oriental cuyo nivel adquisitivo y contexto cultural les llevaría a tales usos (MACIAS SOLÉ, 2003, p. 23).

175 Lo vemos por ejemplo en el caso de *Iluro*, donde las producciones de cerámica de cocina importada se limitan a dos formas de cazuela, en concreto la producción de Cerdeña/Lípari y la producción de mica plateada de origen incierto, ambas con un aumento de presencia precisamente a finales del siglo VI (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 377).

contextos visigodos del siglo VII, como vemos en Tarragona, una vez eliminada la soberanía imperial del mediodía hispano.

Precisamente en ese momento final, la nueva *facies* visigoda viene dada en las antiguas posesiones bizantinas por la difusión de dos producciones modeladas a mano (HW11 y 12), así como la expansión de la gama de formas de la HW10, y la probable introducción de decoración incisa ondulada y estampada en el caso de esta última¹⁷⁶.

Por cuanto se refiere al repertorio morfológico, se ha destacado un relativo empobrecimiento en la variedad de las formas cerámicas de uso común. De esta forma, a pesar de que se siguen manufacturando jofainas (*conchae* o *pelves*), platos (*catilli*, *lances* o *patenae*), ollas (*aulae*, *ollae*), o cazuelas (*caccabi*); formas como los morteros (*mortaria*), jarras (*urcei*, *nasiternae*), botellas (*olpai*, *lagonae*) o copas (*acetabula*, *paropses*), se dan en mucho menor número; en tanto otras, caso de las sartenes (*patenae* o *patellae*), incluso desaparecen¹⁷⁷.

En el caso concreto de los morteros, su drástica reducción a partir de mediados del siglo VI, puede interpretarse como un indicio de la simplificación del proceso de transformación de los alimentos, así como de un menor protagonismo de los condimentos de origen agrícola. En el mismo sentido, la disminución de jarras y recipientes de conserva o manipulación, también puede ser el reflejo de una transformación relacionada con la variedad de los alimentos, así como con los procesos de almacenaje. En el lado opuesto, resultado de ello, será el predominio creciente de los recipientes de cocción, caracterizados por bocas abiertas, útiles para la introducción de productos cárnicos. Por lo demás, en el servicio de mesa, la proliferación de recipientes de cerámica común de base plana (cazuelas bajas) también se ha relacionado con las funciones que habían sido características de la vajilla de importación, y en consecuencia, se presentan como resultado de la disminución de la TSA-D¹⁷⁸.

En *Spania*, la importante actividad comercial que parece transcurrir en sus urbes costeras, también nos lleva a destacar alguna otra pieza concreta, como los embudos, que podemos encontrar en contextos de almacenamiento como el de Málaga, caracterizados por su forma cónica¹⁷⁹.

Aquí, las principales producciones radican en los focos más importantes de la presencia imperial, las Baleares, Cartagena o Málaga.

En el caso de la primera, hablamos de una producción sobre todo ebusitana que, ya con orígenes previos, se caracteriza por ser una cerámica común oxidada, con una pasta dura cocida a

176 REYNOLDS, 1996, p. 231.

177 LAVAZZA y VITALI, 1994, p. 32 y 35. Sobre la terminología, podemos destacar el testimonio de Isidoro de Sevilla, *Etym.* XX, 8, 2-6: «A la olla se la llama así porque en ella bulle el agua al someterla al fuego, de manera que deja escapar hacia arriba el vapor...3. El caccabus y la cucuma deben su denominación al sonido del agua al hervir...4. Las lebetae (cacerolas), denominación de cuño griego, son de cobre: son ollas pequeñas que sirven para cocinar...5. La sartén debe su nombre al estrépito que produce cuando en ella se fríe el aceite. Las trébedes (tripedes) se llaman así porque se sostienen sobre tres pies...6. El mortero (mola) debe su nombre a su redondez...»

178 MACIAS SOLÉ, 2003, p. 37.

179 BERNAL CASASOLA, 2003b, n° 84, p. 142-143. El ejemplar se documenta en niveles del siglo VII, *vid.* NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 83, fig. 58. Una pieza similar encontramos en el yacimiento menorquín de Sanitja, que permanece activo al menos hasta principios del siglo VI (RITA, 1994, p. 325).

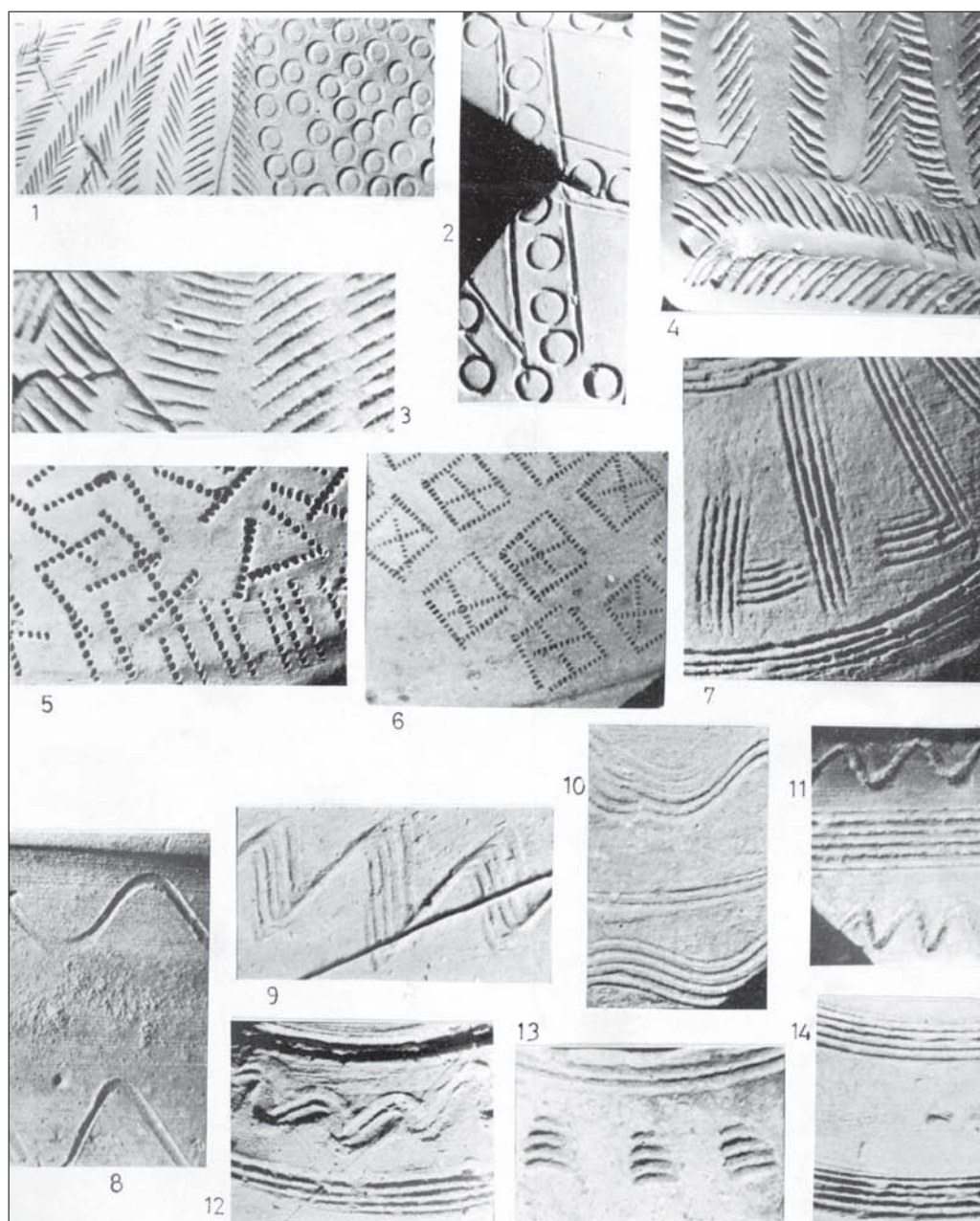


FIGURA 98: Técnicas y motivos decorativos empleados en la cerámica ibicenca (Ramon, 1986)

alta temperatura, depurada, sólo con ocasionales partículas de mica plateada, y unas coloraciones beige que pueden derivar a tonos anaranjados en una misma pieza¹⁸⁰.

Para esta etapa, la producción emplea la decoración incisa polilineal, realizada a través de punzón con varias púas alineadas, que sustituye a la previa monolineal. Sus motivos principales son franjas de líneas horizontales continuas, meandros, puntillados o palmetas, utilizados con mayor sobriedad en el siglo VII (fig. 98).

En cuanto a los tipos, se constata una amplia variedad morfológica, que incluye desde las ánforas ya vistas, a especialmente jarros y jarras, cuencos, morteros, o recipientes de almacenaje. En cualquier caso, dicha variedad tampoco copa todas las necesidades de consumo, de tal forma que la cerámica de cocina responde a otras procedencias¹⁸¹.

El papel de Ibiza como escala fundamental de aprovisionamiento en las rutas comerciales que unen los distintos puntos del Mediterráneo con la costa peninsular, le aseguraron la distribución de sus producciones¹⁸². Así, en virtud también de una estrecha unión que comprende otros aspectos, éstas se registran en Cartagena ya desde el siglo V, si bien disminuyen para el siglo VII. En esta ciudad, las formas más representadas están relacionadas con la preparación de alimentos y el servicio y conservación de líquidos (cuencos, jarros y jarras), apareciendo en menor medida algunos recipientes de usos múltiples¹⁸³.

La costa levantina bajo soberanía bizantina también recibe fluidamente estos envases, como muestran los casos de Benalúa, Punta de l'Arenal (Jávea) o Banys de la Reina (Calpe).

Y de nuevo, las fronteras políticas no son obstáculos para el movimiento comercial, como prueba el registro de los recipientes ebusitanos tanto en otros puntos del interior del Sureste, como el yacimiento murciano de Los Villares, como otra serie de lugares de la costa visigoda mediterránea, sea el caso del Grau Vell de Sagunto, Valencia, Tarragona, Barcelona o Mataró. Precisamente, el incremento porcentual o del repertorio morfológico que se experimenta en este último núcleo a partir de finales del siglo VI, parece indicar que la presencia bizantina en las islas estimuló la producción ebusitana, aumentando su radio de comercialización¹⁸⁴.

A pesar de una envergadura menor, la producción de *Carthago Spartaria* adquirió también cierta importancia. Al igual que la ibicenca, también arranca de fechas precedentes, en concreto, con solidez, desde al menos el siglo V, con lo que, de nuevo, la presencia de los *milites* se traduce en una sustancial continuidad. La ausencia de paralelos claros en otras producciones

180 Acerca de esta producción, *vid.* RAMÓN, 1986, p. 18 y 30-33, fig. 7.9, 11, 12, lám. IV; *Idem*, 1995; RAMÓN y CAU, 1997, p. 269-311; y RAMON, 2005, p. 491. Por otro lado, no hay que perder de vista, como se ha señalado recientemente, que algunas de las cerámicas pudieron ser manufacturadas también en Mallorca (BUXEDA *et alii*, 2005, p. 231).

181 BUXEDA *et alii*, 2005, p. 231.

182 Así, destaca la conexión con Cartago ya desde la etapa colonial (RUIZ DE ARBULO, 1990, p. 80-115), que se mantiene durante la Antigüedad Tardía (VILELLA MASANA, 1990, p. 57-62; y AQUILUÉ, 1992b, p. 25-33).

183 Sobre su registro más temprano, *vid.* RAMALLO ASENSIO; RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1996, p. 154, señalando su documentación en los niveles constructivos del mercado levantado sobre el teatro, la fase 8.2. Respecto a los recipientes, entre los primeros hemos de destacar los tipos RE-0902, 0901d o 0817, en tanto para las jarras, los tipos RE-0206 o 0207. Para los jarros, la representación corresponde al tipo RE-0314b, correspondiente al contenedor anfórico Keay LXXIX, que ya hemos tratado. *Vid.* MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 176-178.

184 Acerca de los distintos yacimientos, *vid.* BOLUFER I MARQUÉS, 1994, p. 380-381; GARCÍA BLÁNQUEZ y BELLÓN AGUILERA, 2005, p. 360; PASCUAL, RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 75; y CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 361 y 375-376, lám. 168.



LÁMINA 87: Ollas de producción local del área de Cartagena (VV.AA. 2005)

bien definidas, la morfología de las piezas y, sobre todo, la abundante presencia de filitas y cuarcitas, utilizadas como desgrasantes, permiten señalar el carácter local de esta manufactura, quizá salida de talleres emplazados en la zona oriental del municipio, en el área volcánica del Mar Menor, donde se registran cuarzo-andesitas y andesitas piroxénicas¹⁸⁵.

Tales desgrasantes afloran en superficie, confiriéndole un aspecto rudimentario, por lo que también se conocen como cerámicas toscas. No obstante, dicha apariencia responde a una estrategia productiva destinada a obtener cerámicas resistentes al fuego aun con arcillas poco adecuadas. De hecho, se trata de producciones de alta calidad, realizadas mayoritariamente a torno. A este respecto, el predominio de estas formas torneadas, frente a un panorama caracterizado por la progresiva extensión de las cerámicas realizadas a mano o torno lento, con lo que supone de retorno a fórmulas de producción domésticas y artesanales, muestra que el área bizantina hispana parece mantener una tradición de elaboración y de demanda de consumo, inmersas todavía en una estructura de mercado compleja. No en vano, esta misma producción es objeto de

185 Para esta producción destaca el trabajo pionero de LAÍZ REVERTE y RUIZ VALDERAS (1988), al que han seguido otros que han precisado la secuencia de los recipientes (RAMALLO ASENSIO, RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1996 y 1997), han ampliado su repertorio formal (MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 170-176), o han analizado sus componentes petrológicos (MILÁ OTERO, ARANA CASTILLO y ALÍAS LINARES, 2005, p. 119-124). En este sentido, en la actualidad esta última cuestión está siendo desarrollada por Dña. Sonia Milá Otero en el marco de su proyecto de tesis doctoral. En cualquier caso, creemos pertinente no excluir la posibilidad de *figlinae* urbanas, dada la evidente mutación del espacio ciudadano, como podemos ver en los ejemplos de Nabeul o *Leptiminus* (BONIFAY, 2003, p. 125).

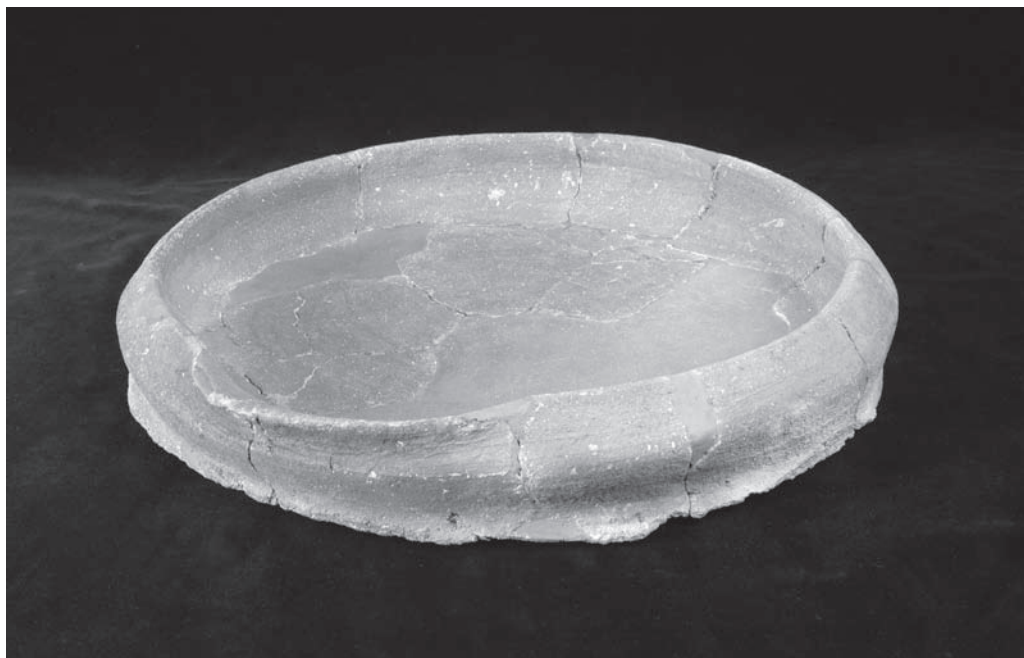


LÁMINA 88: *Cazuela de producción local del área de Cartagena (VV.AA. 2005)*

comercialización, probablemente en un radio regional, y aún suprarregional, como muestra su registro en las Islas Baleares, donde se ha contrastado mediante análisis petrológicos¹⁸⁶. En este sentido, ha sido posible determinar su presencia tanto en distintos puntos de Mallorca (*Pollen-tia*, Sa Mesquida, Castelló y Balitx de Dalt), como igualmente de Ibiza (Can Sorá) o Menorca (Sanitja). Salvo la evidencia de Son Peretó, el resto de ejemplares documentados pertenecen al mismo tipo, la olla tipo 1, similar a la forma 4 de Reynolds de su ware 2.

El repertorio morfológico es algo variado, de tal forma que junto a un mayoritario grupo de cocina (ollas, cuencos, cazuelas y tapaderas), caracterizado por sus paredes ahumadas, encontramos también recipientes para la preparación de alimentos (morteros), almacenaje (grandes contenedores y ollas), usos múltiples (soportes y contrapesos), e incluso mesa (botellas). En cualquier caso, no deja de apreciarse la reducción de formas que también afecta a otras categorías cerámicas, que quizá hemos de relacionar, entre otros factores, con los hábitos alimenticios

186 A este respecto, a su presencia en el sector meridional de la comarca del Campo de Cartagena (MURCIA MUÑOZ, 2000, p. 372-379), hemos de unir la documentación de algunos recipientes con un repertorio morfológico similar al cartagenero, en distintos puntos del Sureste, pudiendo sospechar en algún caso la identidad de su producción. Ocurre así en Lorca (MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2000, p. 199ss), o en el yacimiento murciano de Los Villares, donde los responsables de la excavación señalan el hallazgo del tipo 1.1 (GARCÍA BLÁNQUEZ y BELLÓN AGUILERA, 2005, p. 360). Aunque no hemos tenido ocasión de analizar directamente los materiales, el equipo de excavación nos informa del hallazgo igualmente del tipo 4.1, estando caracterizados, en cualquier caso, y a falta aún de un análisis detallado, por una menor presencia de esquistos, que en las producciones consideradas como cartageneras. Respecto al caso baleárico, CAU ONTIVEROS, 1996, p. 101-106; e *Idem*, 1999, p. 203-206; y BUXEDA *et alii*, 2005, p. 227.

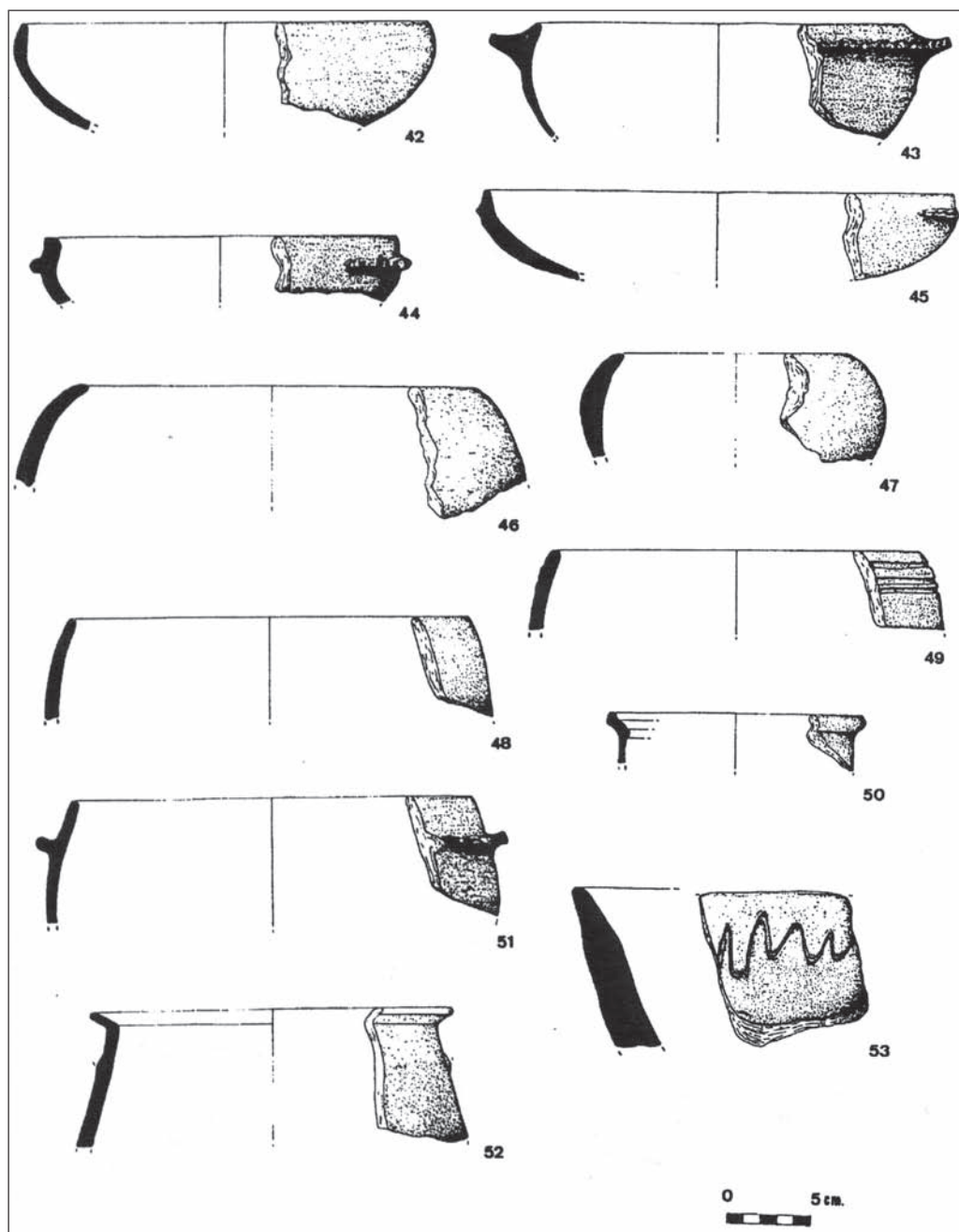


FIGURA 99: *Cerámicas comunes del área malacitana (Acién et alii, 2004)*

del período, como el incremento del consumo colectivo en un único recipiente, sobre todo de la *puls* y alimentos cocidos¹⁸⁷.

Por cuanto se refiere a las ollas, suelen presentar cuerpos globulares y cuello marcado, con fondos planos o ligeramente umbilicados. Sus diferencias recaen en el borde, que puede ser bien engrosado (tipo 1), vuelto (tipo 2), con visera (3), o entrante (tipo 4), registrando además subtipos.

En cuanto a los cuencos, también se diferencian en sus bordes, igualmente engrosados (tipo 5), con rebordes verticales (tipo 6), entrantes (tipo 7), horizontales (tipo 8), o con bisel (tipo 9).

Similar diversidad tipológica presentan las cazuelas, fuentes para cocinar de gran tamaño, con paredes poco profundas, normalmente recurvadas, y bases planas. Con diámetros que oscilan entre los 31 y 40 cm, en este caso se diferencia entre las de perfil cóncavo-convexo (tipo 10), pared media engrosada (tipo 11), paredes redondeadas (tipo 12) o paredes rectas y borde entrante (tipo 13). Estos recipientes se han asociado a la cocción del pan, y en esta dirección, no faltan testimonios de la época, como el de Isidoro de Sevilla, que hace mención de un tipo de pan, el *clibanicus*, cocido en recipiente de barro. Con todo, el trabajo del borde para conseguir un punto de vertido, hace necesario contemplar también otros usos alternativos, como la misma cocción de guisos, los *pulmenta* referidos por el mismo Isidoro, que, al parecer, estaban tan en boga en la alimentación del momento¹⁸⁸.

Las tapaderas, en función de sus diámetros, que se sitúan entre los 12 y 16 cm, y los 29-30 cm, pudieron servir tanto para ollas, como igualmente para cuencos y cazuelas. En este caso, se diferencian en función de si presentan el borde alzado, redondeado, o tienen escalón interior.

Las formas pertenecientes al resto de categorías tienen su máximo desarrollo durante el siglo VI, reduciéndose su presencia para el primer cuarto del siglo VII. Entre ellas, hemos de situar los morteros, con los que, por seguir con los datos proporcionados por el obispo hispalense, habríamos de relacionar, entre otros usos, la elaboración de alimentos como el *martisium*¹⁸⁹. Por lo demás, apenas se recurre a la decoración de los recipientes, y cuando se hace, es de forma sobria mediante las modalidades incisa, aplicada o impresa¹⁹⁰.

Resulta muy inferior cuantitativamente, la producción hecha a mano, que se limita a formas de cocina, sin puntos de conexión con el repertorio torneado, y otras de almacenaje, sobre todo grandes contenedores, ya en reducción desde finales del siglo VI¹⁹¹.

187 MONTANARI, 1979; y MUFFATTI MUSSELLI, 1988. En el caso de Cartagena, también el estudio del material óseo y malacológico ha podido ir ilustrando sobre la dieta de la etapa bizantina, básicamente integrada por el consumo de ovicápridos, bóvidos, y suidos, así como en menor medida, aves, peces y moluscos (PORTÍ DURÁN, 1991, p. 341-352). Los datos están en la línea de lo que tuvo que ser común a todas las áreas, como muestra el análisis de los restos faunísticos de algún otro yacimiento tardío como Benalúa, donde el porcentaje de suidos es muy inferior al de ovicápridos y bóvidos (PUIGSERVER HURTADO, 1994, p. 163-180) o Vilaclara de Castellfollit, donde la primera especie se incrementa, ante la práctica desaparición de la última (ENRICH, ENRICH y PEDRAZA, 1993-1994, p. 100). Existen también estudios de este tipo para otra serie de enclaves bizantinos, como el castro ligur de San Antonino, en el que, en este caso, los suidos ocupan un papel fundamental en la alimentación, representando el 57% del material (GIOVINAZZO, 2001, p. 639-656).

188 Acerca del citado pan y de los guisos, *vid.* Isidoro, *Etym.*, XX,2,15; y XX,2,7. Propone su asociación al pan, GUTIÉRREZ LLORET, 1996a, Forma M8.1.

189 *Etym.*, XX, 2, 29: «*El martisium se hace majando el pescado en un mortero*».

190 Sobre estos tipos y su incidencia en la fase bizantina, *vid.* MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 170-176.

191 MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 176.

Por otra parte, a pesar de que también contó con cierta importancia, parece que la producción del tercer foco hispano, el malacitano, se encontraba menos articulada¹⁹². Para ésta, en los niveles del siglo VI, destacan las cazuelas locales que imitan las formas más comunes a torno lento, así como las ollas, tapaderas, cuencos-tapadera y orzas de almacenamiento (fig. 99). Con unos porcentajes muy altos para la etapa bizantina, dentro de esta producción a torno lento hay que destacar como tipo más frecuente, la cazuela de paredes carenadas, con variantes en sus mamelones de suspensión.

Tampoco deja ver mayores pretensiones la cerámica producida en el área gaditana, realizada con unas arcillas de baja calidad, con desgrasantes abundantes y gruesos, normalmente calcáreos, también vegetales, y fragmentos de cerámica y cuarzos que, sometidas a cocción oxidante, son trabajadas a mano¹⁹³.

Como dijimos, junto a las iniciativas locales/regionales, los contextos hispanos, y dentro de ellos los bizantinos, también dejan un hueco a las producciones importadas. Entre éstas cabe destacar las norteafricanas, que experimentan una reducción porcentual y tipológica. A este respecto, en dicha pauta radica uno de los factores de diferenciación de *Spania*, en tanto aquí la soberanía imperial garantiza que la misma no se torne en la práctica desaparición que afecta a otros núcleos.

En cualquier caso, para ambos, la reducción es sobre todo drástica en el caso de los envases culinarios, que en ciudades como Cartagena quedan limitados a una presencia testimonial¹⁹⁴.

Entre estas escasas formas de cocina, debemos destacar sobre todo las ollas/tapaderas de pátina cenicienta, que en el caso de la mencionada ciudad surestina, siguen dándose hasta el primer cuarto del siglo VII, correspondiente al nivel de destrucción del barrio de época bizantina¹⁹⁵.

Igualmente, no falta alguna cazuela, especialmente del tipo FCW 12. 1, de perfil hemisférico, base convexa, o borde almendrado reentrante, que, dada en Cartago entre los años 530 y 575, se documenta también en otros contextos bizantinos como *Crypta Balbi*. Con todo, a tenor de los datos extraídos de Cartagena, Málaga, Benalúa o zona almeriense, su distribución por el mediodía hispano no debió ser importante, todo lo contrario a cuanto ocurre en la costa visigoda mediterránea, como se desprende de su registro en València la Vella, Punta de l'Illa y, sobre todo, Valencia, donde, acompañada de las cazuelas FCW 13 y 15, se convierte en uno de los fósiles guía¹⁹⁶.

Mayor fortuna tienen, en cambio, los morteros de los grupos 2 y 3 de Fulford, especialmente el último, caracterizado por su visera corta y pátina cenicienta en el borde, que en Cartago se da entre el 575 y el 625/650¹⁹⁷.

También del área tunecina procederían otra serie de cazuelas hechas a mano, con superficies alisadas, y en ocasiones un engobe amarillo, que probablemente, pertenecerían a la denominada fábrica 1.4 (*Fossiliferus Limestone Ware*) de Cartago. En el caso de Cartagena, donde se presentan

192 NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82, fig. 31-37 y 41-45.

193 GUTIÉRREZ LÓPEZ y GILES PACHECO, 1995, p. 88.

194 MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 191.

195 RAMALLO ASENSIO, RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1997, p. 207, destacando formas como la olla asimilable a la forma Atlante I, 108, 4, que ofrece la cronología más tardía para las importaciones de cocina africana a las costas peninsulares.

196 *Vid.* respectivamente, REYNOLDS, 1993, p. 143 y 53; NAVARRO LUENGO *et alii*, 1997; MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 215; y PASCUAL; RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 96-98.

197 RAMALLO ASENSIO *et alii*, 1996, p. 154.

con borde entrante, labio redondeado y fondo plano, se registran desde mediados del siglo VI hasta el mismo contexto de destrucción del barrio enclavado sobre el teatro¹⁹⁸.

Junto a algunos barreños como el tipo Reynolds 5, la zona bizantina sí parece contar con un mayor porcentaje de cerámicas de mesa norteafricanas, sobre todo botellas y jarras, y en menor medida cuencos, como los tipos Reynolds 11 y 12¹⁹⁹. En esta categoría, debemos recordar también la existencia de las jarras funerarias africanas que podemos documentar en Ibiza, y muy especialmente en Cartagena, como hemos tenido ocasión de ver. Para esta última, además, parece tratarse de *ampullae* concebidas expresamente para su uso funerario.

La reducción de la cerámica norteafricana motivó la circulación de otra serie de producciones, salidas de puntos que podían constituir escalas de aprovisionamiento o de redistribución comercial en los flujos comerciales ya existentes, que tenían su epicentro en Cartago. Es así como a partir de estos momentos, y dependiendo de las zonas, también durante nuestro período se distribuyen los recipientes de Ibiza, Lípári, Pantelleria o Próximo Oriente. En cualquier caso, dado el empleo de unos mismos canales de distribución comercial, la suerte de los envases africanos acaba repercutiendo también en la de estas producciones, de tal forma que el receso que éstos experimentan a mediados del siglo VI, se traduce igualmente en la disminución de los recipientes de Lípári o Ibiza, y con ello, en el correspondiente impulso de las producciones locales. En último término, en ello también estriba el progresivo afianzamiento de las producciones orientales hacia el siglo VII, como dejan ver contextos como el tarraconense²⁰⁰.

Del área centromediterránea, circularán las producciones culinarias de Pantelleria, Lípári o Sur de Italia. La primera parece ser minoritaria y, sobre todo, circunscrita al siglo V, registrándose aisladamente en la Cartagena o Málaga bizantinas²⁰¹. Se trata de una producción de cocina realizada a mano y a veces a torno lento, que se ha relacionado con la fábrica 1.1 (sodic microcline) de Cartago, el grupo 1 o HMW 1 de Reynolds, o la fábrica 3.4 de Can Sorá (Ibiza)²⁰².

En el caso de la cerámica de Lípári, realizada a mano y caracterizada por el espatulado, aparece por primera vez en la Cartagena bizantina en los rellenos constructivos de mediados del siglo VI, continuando su documentación hasta los niveles de destrucción del primer cuarto

198 FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 158, fig. 56, forma 5.1; y MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 181, fig. 6, 48-50, señalando como únicos paralelos en Cartago, la forma HMW 18.1, datada entre el 575 y el 625.

199 Vid. así para Cartagena, Málaga, y Benalúa, respectivamente, RAMALLO ASENSIO, RUIZ VALDERAS y BERROCAL CAPARRÓS, 1997, p. 207; MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 181-182; NAVARRO LUENGO; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y SUÁREZ PADILLA, 1997, p. 82, fig. 38-40; y REYNOLDS, 1993, plate 58, 671.W11c73. Por lo demás, acerca de su reducción desde la primera mitad del siglo VI en *Tarraco*, MACIAS SOLÉ, 2003, p. 27-28.

200 Acerca de todo ello, vid. MACIAS SOLÉ, 2003, p. 26-28.

201 Sobre la producción, MACIAS SOLÉ, 1999, p. 352, e *Idem*, 2003, p. 30; acerca de su registro en las dos ciudades hispanas, vid. MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 180-181; y TIA, 2001, p. 688.

202 FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 8-10; y REYNOLDS, 1993, p. 147. Por lo demás, se ha señalado que se caracteriza por unas arcillas que muestran la acción hidrotérmica sobre las rocas volcánicas, componiéndose de lava trácica y riolítica, así como de ignimbrita verde. En general parecen proceder de los campos de fumarolas activos o inactivos, comprendiendo arcillas rojo-amarillentas de Contrada Serraglio, arcillas blanquecinas del borde interno del cráter de Monte Gibele y Fossa del Russo y materiales marronáceos de Favara Grande, cercana a fumarolas grandes y activas, así como arenas de las laderas de Monte Gibele (MONTANA; ILIOPOULOS y GIARRUSSO, 2005, p. 425-436; y MONTANA; ILIOPOULOS y TANTILLO, 2005, p. 437-450).

del siglo VII. Entre las formas más frecuentes debemos destacar las cazuelas de la forma 8 de Cartago (2.1 de Reynolds), de paredes bajas de borde entrante y labio engrosado al interior²⁰³.

Más escasas parecen ser las cerámicas del sur de Italia, también elaboradas a mano y reconocibles por la presencia de pequeñas partículas brillantes de color negro, indicativas de su manufactura en zonas volcánicas. A este respecto, en Cartagena sólo la encontramos en la fase fundacional del barrio de época bizantina, mas no así después, lo que lleva a considerar una mayoritaria residualidad en los ambientes hispanos ocupados por los *milites*²⁰⁴.

Por otra parte, de la misma forma que a nuestras costas llegan ánforas orientales, también lo hacen en menor medida, cerámicas comunes de esta procedencia, torneadas y sobre todo de función culinaria. Con todo, para nuestra etapa, momento en el que se distribuyen las producciones egeas y palestinas, son minoritarias, registrando un incremento con posterioridad, especialmente para la segunda mitad del siglo VII, con la comercialización de los productos constantinopolitanos englobados en la *Late roman and Byzantine cooking ware 3* o *Grey gritty ware*²⁰⁵. No en vano, esa es la fecha a la que remiten algunas otras piezas de la misma procedencia, como los hervidores con tapadera articulada (UWW1 spouted jugs), que se localizan en yacimientos visigodos como Recópolis o el Tolmo de Minateda²⁰⁶.

En el caso de los recipientes egeos, manufacturados en las Cícladas o costa anatólica al sur de Esmirna, se documentan en la Cartagena bizantina con ollas de borde exvasado y labio redondeado, así como alguna cazuela²⁰⁷.

Tampoco sabemos mucho más acerca de las cerámicas siriopalestinas, con superficies exteriores alisadas y acanaladuras poco marcadas, así como cierta relación morfológica con las ánforas LR 5/6²⁰⁸.

Y en fin, no faltan otros envases de procedencia oriental para los que no se puede precisar un área concreta de producción, si bien, por cuanto aquí nos interesa, su distribución en *Spania* no es sólida²⁰⁹.

203 Se relacionan con el *Late Roman Cooking Wares 2* (LRCW II), grupo 1.2 de Fulford (FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 10,159), o grupo 2 de REYNOLDS (1993, p. 148). Acerca de su registro, *vid.* (Cartagena), MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 178, fig. 6,41-43; (*Pollentia*), ORFILA *et alii*, 2000, p. 233; (Punta de l'Arenal, Jávea), BOLUFER I MARQUÉS, 1994, p. 380; (costa levantina), REYNOLDS, 1985, p. 245-267; (Tarragona), MACIAS, 1999, lám. 17; o *Iluro* (CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 378).

204 Equivalen a fábrica 1.9 de Cartago (Quartz/ Volcanic Ware), FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 13; y REYNOLDS, 1993, p. 150-151. Acerca de su registro en Cartagena, MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 178-180, y 191, fig. 6.45

205 HAYES, 1978, p. 43 e *Idem*, 1992, p. 54. Recogiendo su registro en Tarragona, MACIAS SOLÉ y REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 490, fig. 4.1; y MACIAS SOLÉ, 2003, p. 23 y 30. Para ámbito occidental, de hecho, pocos yacimientos permiten un registro significativo, destacando *Crypta Balbi* (SAGUI; RICCI y ROMEI, 1997, p. 38, fig. 4.14).

206 BONIFAY y BERNAL CASASOLA, 2008, p. 105, fig. 5.

207 Equivale a la fábrica 3.9 de Cartago (*coarse ware with metamorphic inclusions*) (FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 25); o al grupo W7 de Reynolds (1993, p. 134). Sobre la producción, *vid.* también CATHMA 1989, p. 35; en tanto que para su registro en la ciudad hispana, MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 182; y REYNOLDS, 2003, fig. 24.

208 Su registro en Cartagena, fuera de contexto, no nos permite señalar nada más (MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 182-184, fig. 8.69). También para Jávea, *vid.* BOLUFER I MARQUÉS, 1994, p. 381 y 389.

209 Así, podemos citar el caso de una olla documentada en un vertedero cartagenero, junto a la forma Hayes 109, que, torneada y con perfil globular, presenta una cubierta vítrea melada al interior, que cae al exterior en goterones cubriendo parte del engobe color marrón. Se ha señalado que la misma remite a prototipos orientales (MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 184, fig. 8.70).

Dentro de las cerámicas comunes de procedencia indeterminada, si las caracterizadas por abundantes partículas doradas se pueden considerar en su mayoría residuales para nuestra etapa²¹⁰, otro es el caso de las que presentan mica plateada. En efecto, estos recipientes, sobre todo cazuelas de superficie bruñida y alisado horizontal interno, se documentan en Cartagena a partir de mediados del siglo VI, en consonancia con los datos de *Iluro*, y no tanto así con los de Tarragona, donde se señala una circulación más temprana²¹¹.

Tampoco sabemos mucho sobre la cerámica vidriada, que, dado su incremento en la posterior fase islámica, con frecuencia ha sido considerada intrusiva en los niveles tardoantiguos. En la zona bizantina apenas podemos consignar su presencia más que en *Ilici*, donde se recuperó un ejemplar de vedrío monócromo castaño, en un contexto de amortización de las termas occidentales, datado en el siglo VII. Precisamente, a la misma centuria, y en algunos casos, a un momento avanzado dentro de ésta, remiten los ejemplares hallados en el Tolmo de Minateda, Valencia, Tarragona o Barcelona²¹². De hecho, los datos coinciden con los de otros contextos mediterráneos, como muestran los casos de Constantinopla y, sobre todo, Cartago, Midi francés, o Italia, zona esta última, donde a la producción de la región septentrional suceden otras que radican en la meridional. Con ello, este tipo de cerámica, cuyo repertorio morfológico habitual comprende ollas, cuencos o cazuelas, no puede ser tenida como integrante del patrón arqueológico imperial, en tanto se difunde coincidiendo con la expulsión de los *milites* del suelo hispano²¹³.

210 En efecto, se registran sobre todo hasta mediados del siglo VI, siendo recipientes de cocina elaborados a mano, caracterizados por la abundante presencia de partículas de mica dorada, biotita o flogopita. En este sentido, Reynolds recoge en el grupo 4 de las producciones locales o regionales de la provincia de Alicante, una serie de formas de características técnicas y morfológicas muy similares, situando su posible lugar de producción en un área localizada al oeste de Jumilla. Esta misma producción se inserta también dentro de su grupo HW8 (REYNOLDS, 1993, p. 152-153). Acerca de su registro en Cartagena, Alicante, Baleares o Tarragona, *vid.* respectivamente, MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 184 y 186; REYNOLDS, 1993, p. 153; CAU 1993; *Idem*, 1997; RAMÓN y CAU, 1997; así como MACIAS SOLÉ, 2003, p. 350.

211 Sobre el registro de esta producción relacionada con la fábrica 1.6 (*micaceus ware*) de Cartago (FULFORD y PEACOCK, 1984, p. 12-13), *vid.* MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 186, fig. 9.76-80; CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 378-379; y MACIAS SOLÉ, 2003, p. 30.

212 Respectivamente, *vid.* ABAD CASAL; MORATALLA JÁVEGA y TENDERO PORRAS, 2000, p. 142, fig. 8.1 y p. 144; GUTIÉRREZ LLORET; GAMO PARRAS y AMORÓS RUIZ, 2003, p. 134, fig. 10.6 y 5; BLASCO *et alii*, 1994, p. 197-198 y PASCUAL; RIBERA y ROSSELLÓ, 2003, p. 99, fig. 22; MACÍAS SOLÉ, 1999, p. 277 y MACIAS SOLÉ, 2003, p. 30; y BELTRÁN DE HEREDIA, 2005, p. 140. También se señala su registro en *Begastri*, si bien a falta de referencia estratigráfica segura (GUTIÉRREZ LLORET, 1996a, p. 67).

213 Acerca de los territorios, *vid.* MACIAS SOLÉ, 1999, p. 353; BONIFAY, 2003a, p. 563 e *Idem*, 2003b, p. 585-590; y PAROLI, 2003, p. 591.